

Javier Marías

Travesía del horizonte



Travesía del horizonte

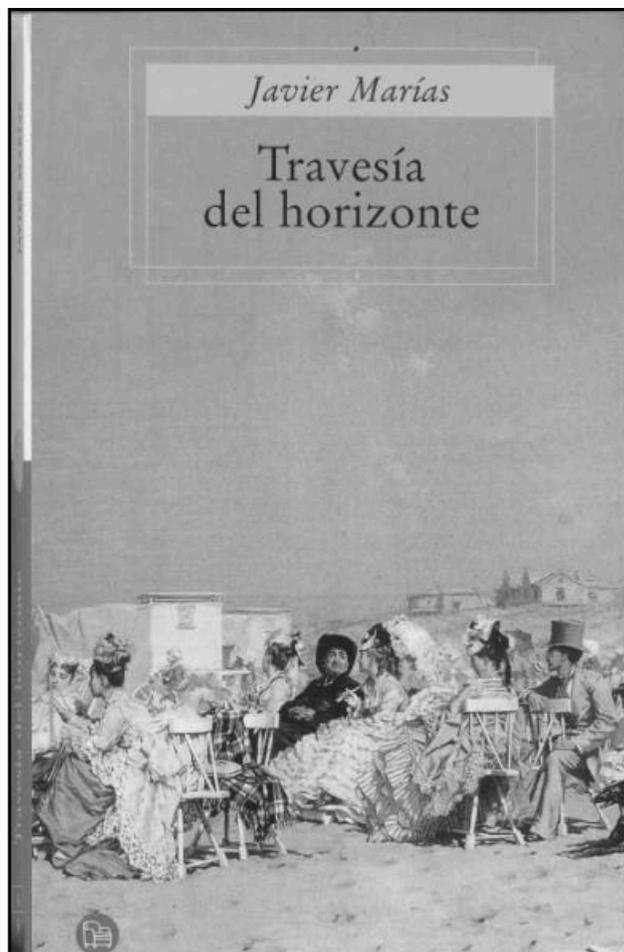
Sobrecubierta

None

Tags: General Interest

Javier Marías

Travesía
del horizonte



Javier Marías
Travesía del horizonte

LIBRO PRIMERO

Aún no sé si sus intenciones eran, como él manifestaba con demasiada reiteración, puramente románticas, o si bien todo aquel artificio respondía a un postrer esfuerzo por restablecer su menguada reputación de intrépido aventurero; o bien, incluso -y aunque no creo que así fuera-, si se debía a las vulgares ofertas de alguna institución científica. Bien es verdad que los que nos vimos envueltos en ello nos dejamos convencer con excesiva facilidad por su entusiasmo, y hasta me atrevería a decir, aunque me cueste confesarlo a la vista de los resultados, que cuando surgieron los primeros inconvenientes, todavía en tierra, y se habló de abandonar lo que aún no era más que un proyecto, fuimos nosotros, y no los oportunistas hombres de ciencia que amparados por las autoridades ya se nos habían agregado, quienes más empeño pusimos en superarlos y más insistimos en que, a pesar de las adversidades y aun en las peores condiciones, debíamos zarpar.

Tal vez no sea muy honesto y lo más probable es que trate de consolarme mediante erróneas suposiciones, pero pienso que en otras circunstancias, en París, por ejemplo, las cosas se habrían desarrollado de muy distinta manera. Si nuestro primer encuentro hubiera tenido lugar en los Italianos, una mañana primaveral, o en la ópera, durante el transcurso de un sabroso entreacto en el palco de Mme D' Almeida, en vez de haberse producido de forma abrupta en medio de la inmensidad de nauseabundas aguas que día tras día nos cercaban, es muy posible que ahora mis quejas, al menos, estuvieran revestidas de cierta elegancia y privadas de tanto rencor.

En Alejandría el clima es inconstante desde diciembre hasta marzo, pero predominan los días fríos y soleados y de vez en cuando hay fuertes precipitaciones de lluvia y granizo acompañadas de vientos tormentosos. Agosto es el mes más cálido, y aunque en esta época del año la brisa del mar modera las temperaturas, la humedad es notable y sumamente perjudicial para la salud. La ciudad, Al Iskandariyah para sus habitantes, se encuentra sobre una faja de terreno que separa al Mediterráneo del lago Mareotis y sobre un promontorio en forma de T que da pie a la existencia de puertos al este y al oeste. La vertical de la T era, antiguamente, una mole que llegaba hasta la isla de Faros, en cuya parte oriental Ptolomeo II mandó construir su faro por el elevado precio de 800 talentos. Tal vez la zona más bella de la urbe sea la del puerto; o quizá no, en tal caso lo sería la Grand Square (antes Place des Consuls), con la iglesia anglicana de St Mark al norte, edificada sobre un terreno regalado por Mohammed Ali el Grande a la comunidad británica en 1839, la zona más europea de la ciudad.

La sensación de hacer el ridículo, de perder una oportunidad largo tiempo ansiada, de comportarse de manera innoble, de desbaratar unos planes para siempre, de no estar a la altura de las circunstancias, de carecer de tacto y de mesura, de resultar impertinente y poco sutil, de perder las simpatías de otra persona, y, en resumen, de ser un patán, es quizá la más dolorosa y humillante que un caballero puede experimentar.

Sin embargo, una reconsideración de los hechos, unas horas más tarde, tranquila y despejada mi mente gracias a la brisa nocturna, logró aliviar mis pesares y devolverme la serenidad: para aquellas personas que, como yo, tienden a ser dóciles y fáciles de contentar, no es problema hallar argumentos que, una vez desechado un proyecto o perdida una ilusión, nos convenzan de su banalidad e incluso consigan que nos regocijemos y nos sintamos liberados ante dicha privación. A la mañana siguiente todo -o casi todo- había sido olvidado.

LIBRO SEGUNDO

Al ser mencionada cierta persona que, según uno de los asistentes, había muerto en bancarrota a causa de su desmedido amor por la pintura después de haber gozado durante muchos años de una posición de privilegio, un caballero, cuyo nombre no había podido captar dos horas antes, cuando me había sido presentado, comentó con pesadumbre el reciente fin en parecidas circunstancias de un buen amigo suyo que había dedicado su vida y su fortuna a tratar de averiguar los motivos que habían impulsado a Victor Arledge, en su primera madurez, a abandonar la literatura y refugiarse en la mansión de un lejano pariente escocés, donde había fallecido tres años más tarde, a la edad de treinta y ocho. Interrogado por una de las señoras, que, de acuerdo con la información que se me dio con posterioridad, había realizado una tesis sobre la figura del famoso autor y desconocía la existencia -y por tanto las investigaciones- del amigo del señor Holden Branshaw -o Hordern Bragshaw- éste manifestó que, sin embargo su amigo aunque no había llegado a establecer en su totalidad las causas que nos habían hecho perder prematuramente a tan firme valor literario había descubierto datos suficientes para trabar una historia tan ambigua y atractiva acerca de personaje en cuestión que durante el último año de su vida se había dedicado a verterla en forma de novela, obra que, con el título de *La travesía del horizonte*, se encontraba ahora en su poder y que, en su opinión, representaría una vez publicada la triste consagración de su amigo como uno de los mejores novelistas de los últimos tiempos, y que por ello, si bien, como antes había señalado, éste había perdido su vida y su dinero, se podría decir, desde un punto de vista no demasiado exigente, que no había perdido su tiempo.

Las categóricas afirmaciones del señor Branshaw no suscitaron ninguna reacción entre los presentes y, puesto que la noche avanzaba y la reunión había ido languideciendo desde hacía media hora, los invitados se levantaron con una unanimidad que demostraba que constituían un verdadero grupo, se despidieron de mí no sin antes haberme dado las gracias por tan agradable velada, y partieron. Cuando regresé al salón tuve ocasión de comprobar que, sin embargo, ni el señor Branshaw ni la dama que había realizado su tesis sobre Victor Arledge se habían movido de sus asientos y que charlaban con reservada amistosidad. Me serví una copa de oporto y, haciendo el menor ruido posible para no interrumpirles, me senté en un sillón. La damita, menuda y de edad indefinida, tanto como lo eran el color de su sencillo vestido y las causas de su presencia en mi salón, seguía interrogando, si bien con cortesía también con cierta avidez mal disimulada, al señor Branshaw acerca de la novela de su amigo. Después de un velado forcejeo en el que la señora llevaba la peor parte -las respuestas de Branshaw eran más que lacónicas y era evidente que tenía prisa- ella se decidió a pedirle que le prestara la novela durante unos días, ya que su publicación, al depender todavía del permiso que habrían de otorgar los parientes de Arledge para la revelación de secretos de la vida del autor, no era definitiva. Ante mi relativo asombro -tal vez fueron las prisas mencionadas y el visible afán de Branshaw por zafarse de momento de las preguntas de la damita lo que le impulsó a hacer aquella proposición- concertaron una cita para el día siguiente por la mañana con la perspectiva de una lectura en voz alta que evitaría al señor Holden Branshaw tener que desprenderse, aunque solo fuera por unos días, del original de la obra. No se si por deferencia o por temor a encontrarse totalmente a solas con la señora, Branshaw me rogó que, si el asunto me interesaba o despertaba mi curiosidad, no dejara de acudir a su casa al día siguiente, a lo que yo, sin duda por deferencia contesté que no faltaría y que le agradecía mucho su gentileza. Holden Branshaw y la damita, ella con el rostro encendido de satisfacción, se despidieron y partieron por diferentes caminos.

Cuando me desperté a la mañana siguiente, más tarde de lo que acostumbro, sin acordarme para nada del señor Branshaw, algo aletargado tal vez por la última copa de oporto, una sirvienta

estaba poco menos que aporreando mi puerta y me anunciaba con insistencia que la señorita Bunnage me aguardaba en el salón desde hacía diez minutos. Me pregunté durante unos segundos quién podría ser la señorita Bunnage y acto seguido me levanté, ordené a la criada que preparara desayuno para dos y que le comunicara a la señorita la Bunnage que bajaría en cinco minutos, y me apresuré a lavarme y vestirme sin volver a preguntarme por la posible identidad de aquella dama que, de hecho, ¿por qué no decirlo?, había tenido el descaro de presentarse en mi casa sin previo aviso a las nueve y media de la mañana. De no muy buen talante bajé por fin y, antes de que atravesara la puerta del salón, la damita de la noche anterior salió a recibirme, llena de excitación.

–Perdone mi atrevimiento -dijo-. Iba ya hacia la casa del señor Branshaw y al pasar por aquí pensé que podría recogerlo. Tengo un coche esperando fuera y ya llegamos tarde a la cita. No recordaba a qué hora habíamos quedado con el señor Branshaw y por ello, con escaso éxito de todas formas, sólo me atreví a insinuar la conveniencia de tomar algo antes de encerrarnos en una casa para escuchar una novela de quién sabía qué longitud. Pero la señorita Bunnage era intransigente y no quiso ni oír hablar de ello. Me cogió de un brazo mientras repetía una y otra vez que el coche estaba esperando y me vi obligado a seguirla. Una vez puestos en marcha pareció calmarse y pude observar que llevaba una carpeta llena de hojas en blanco.

–¿Cree usted que el señor Branshaw me dará algo de comer si se lo pido? – dije.

La señorita Bunnage sonrió y contestó: -No se preocupe, se lo pediré yo. – Y añadió:- ¿Sabe? Esta cita es muy importante para mí. Si todo resulta como yo espero, podré evitar una injusticia.

–Creí que simplemente le interesaba Víctor Arledge -comenté yo.

–Y así es.

–Ah.

Callé, entre divertido y molesto. El señor Branshaw nos acogió con más simpatía de la que había demostrado la noche anterior en mi casa durante aquella velada cuyas consecuencias, por el momento, empezaban a resultarme intolerables. Nos introdujo en una espaciosa biblioteca de estanterías blancas, y mientras preparaba algo de desayuno para mí a instancias del censurable desparpajo de la señorita Bunnage -que en más de una ocasión me haría sonrojar-, pude inspeccionarlas y comprobar que el señor Branshaw sólo leía filosofía y poesía, y muy poca novela. Sobre la chimenea, en lugar de la obligada escena de caza de mal gusto o copia de un Constable, había un gran tablero de madera en el que se podía leer, inscrito:

“’Tis to yourself I speak; you cannot know
Him whom I call in speaking Duch a one,
For you beneath the Herat lie buried low,
Which he alone as living walks upon:
You may at times have heard him speak to you,
And often wished perchance that you were he;
And I must ever wish that it were tare,
For then you could hold fellowship with me:
But now you hear us talk as strangers, met
Above the room where in you lie a bed;
A word perhaps loud spoken you may get,
Or hear our feet when heavily they tread;
But he who speaks, or him who’s spoken to,
Must both remain as strangers still to you”

La señorita Bunnage, acomodaba sin duda en el mejor sillón de la habitación, había abierto su carpeta, extraído de ella sus immaculados folios y, pluma en mano, esperaba con impaciencia a que Branshaw reapareciera con una bandeja y después a que yo, desasosegada y precipitadamente, acabara de tomar mi café y mis tostadas con mermelada de frambuesa. Cuando lo hube hecho Branshaw retiró la bandeja y salió de la biblioteca para reaparecer unos minutos más tarde con el deseado manuscrito encuadernado en azul marino. Agitó el libro levemente y lo puso sobre las rodillas de la señorita Bunnage, que se conformó con mirar la cubierta y me lo dio a mí (*La travesía del horizonte*, sin el nombre del autor: abrirlo me pareció descortés). Branshaw, entonces, volvió a cogerlo de mis manos, tomó asiento, lo abrió por la primera página y dijo:

-*La travesía del horizonte*: libro primero. «'Tis to yourself I speak.» -y leyó la cita entera.

-¿De quién es el poema? – pregunté yo mirando hacia el tablero que colgaba sobre la chimenea.

Branshaw iba a contestar cuando la señorita Bunnage se le anticipó:

-De Jones Very -dijo, y añadió-: Continúe, por favor, y de ahora en adelante les rogaría que guardasen silencio absoluto.

El señor Branshaw volvió a leer la cita de Very con delectación, hizo una breve pausa, nos miró, y por fin dio comienzo a su lectura:

«Acababa de regresar la partida capitaneada por el veterano médico de la Expedición Ballenera de Dundee William Speirs Bruce, y Jean Charcot, desde el *Français*, enviaba noticias que apasionaban a la alta sociedad parisina cuando Kerrigan concibió la idea de organizar una expedición cuyos componentes fueran hombres y mujeres de letras, es decir, aquellas personas que diariamente devoraban las informaciones procedentes de la península de Palmer y se reunían en los cafés para comentar una y otra vez la audacia de aquellos pioneros y expresar sus fervientes deseos de embarcarse, aunque sólo fuera en calidad de lavaplatos, en alguno de aquellos navíos nórdicos o británicos, en pos de aventuras plagadas de riesgos o e incomodidades, pero también de insospechadas experiencias cuya narración podría hacer las delicias de sus amistades o lectores.

El plan de Kerrigan, hombre encantador pero dominado por una inconsciencia más digna sin duda de un adolescente que de un hombre de su edad, era desde el principio tan descabellado como atractivo, y fue a todas luces esta falta de rigor y la jovialidad que rodeó a todo el asunto lo que hizo que una mañana, mientras el escritor Victor Arledge desayunaba en su terraza y hacía trabajar a su imaginación en busca de alguna excusa tan veraz y extravagante a un mismo tiempo que le permitiera dejar de asistir al estreno de la adaptación teatral de su última obra sin que la expectación del público decayera a falta de su presencia, fue esto y no otra cosa, repito, lo que hizo que la prudencia y la serenidad que por lo general precedían a sus decisiones desaparecieran sin oposición ante los sugerentes argumentos de Kerrigan. Era aquella idea tan insólita, tan ingenua la excitación de Kerrigan, que al principio Arledge no pudo por menos de sonreír; pero a medida que la locuacidad de su amigo le iba proporcionando imágenes llenas de exotismo e inverosimilitud, y sobre todo cuando éste, morosamente, sacó de su cartera un papel con la lista de personas que ya habían aceptado su ofrecimiento y se la mostró no si cierta ostentación, sus ya muy debilitadas defensas se vinieron abajo de manera definitiva y no tuvo el menor reparo en estampar su firma en una tarjeta de embarque que ya llevaba impresos su nombre, dirección y nacionalidad.

Pocos días después la noticia se hizo pública, y los futuros pasajeros del *Tallahassee* se vieron asediados por periodistas de toda Europa; los preparativos, fines y carácter del viaje

fueron objeto de concienzudos análisis e informaciones hasta el punto de que los expedicionarios llegaron a saber, por medio de la prensa, algo que habían ignorado (y quizá habían tratado de ignorar) hasta entonces: cuáles eran sus intenciones. Los titulares de las primeras páginas, por lo general, rezaban así: "Proyecto literario más allá de toda ambición. Un numeroso grupo de ilustres escritores y artistas ingleses y franceses realizará un viaje a la Antártida con el fin de hacer, a su regreso, una obra literaria conjunta y un gran espectáculo musical basados en sus experiencias en el polo".

Pasaron diez semanas entre el día en que lo Victor Arledge recibió la visita de Kerrigan y el de la partida, y durante aquella temporada, por otra parte impregnada de un encanto poco común, aquél se vio obligado a alterar su pausado modo de vida y ello le produjo algunos trastornos. No es que se sintiera nervioso ante la perspectiva de un largo viaje de cuya suerte ya empezaba a dudar, pero la agitación y el desbarajuste que por todas partes le agobiaban; las reuniones, de todo punto innecesarias, que los expedicionarios franceses convocaban insistentemente en un obstinado afán por agotar el tema y prever las sorpresas y a las que se vio obligado a asistir; los insaciables reporteros que solicitaban entrevistas (justo es reconocerlo: también él las concedía); y, sobre todo, el gran malestar que le producían sus ardientes, obsesivos e impotentes deseos de borrar de la lista de pasajeros a Léonide Meffre, hicieron que, muy a su pesar, la desazón y el caos reinaran en su diminuto piso de la rue Buffault. Esperaba con ansiedad la fecha señalada para zarpar, no sólo por el viaje en sí, que por capricho de los pasajeros (que al fin y al cabo costeaban la expedición casi en su totalidad) incluía un breve crucero por el Mediterráneo desde Marsella hasta Esmirna, con escalas en Italia y Grecia, para regresar, bordeando la costas del norte de África, hasta Gibraltar: entonces adentrarse en un océano escandalosamente vasto, sino también por la satisfacción -que le depararía el día de la marcha- de encontrarse con sus buenos amigos Esmond y Clara Handl, los dos comediógrafos más brillantes e ingeniosos que Inglaterra había dado hasta el momento. Conversadores deliciosos e infatigables, sus libretos de canciones eran conocidos por toda Europa y parte de América, y su presencia a bordo, tan dichosa para Arledge que ya la saboreaba de antemano, daba a la travesía un toque de amenidad y agudeza que la hacía aún más prometedor. Confiaba Arledge, además, en que una vez puestos los pies en el barco, podría instalarse confortablemente en un camarote, recobrar su natural y pacífico ritmo de vida y dedicarse a pasear por cubierta con sus mejores galas siempre y cuando el cielo y el vaivén del velero lo aconsejaran. Todo esto hizo que su paciencia, inquebrantable y duradera por lo general, empezara a agotarse. Durante la espera se vio forzado a mantener contacto con personas que no eran de su agrado, a contestar numerosas cartas de editores alemanes, polacos, españoles e italianos que al saber de su participación en la aventura le escribían con el fin de contratar los derechos de traducción sobre la novela que, como era de esperar, escribiría a su regreso; tuvo que hacer un enojoso recorrido en tren para despedirse de sus padres, y otro, en un pequeño buque de vapor, para hacer lo propio con su hermana; y durante cinco días no pudo salir de su casa, ocupado en ordenar y archivar sus papeles, esparcidos sin concierto por mesas, cajones, carpetas y secretares.

Huelga decir que Arledge no tuvo nada que a ver con los preparativos y la organización del viaje: para eso estaban los expertos y Arledge se limitó a escuchar, de vez en cuando, las quejas de Kerrigan, que se desahogaba con él cuando las dificultades que iban sucediéndose parecían insuperables. Gracias a él supo que el gobierno inglés, a través de una empresa privada, había aportado una considerable cantidad de dinero, y que casas de tejidos, pieles, jabones, calzados, patines, bujías, raquetas, alimentos, fósforos, bebidas alcohólicas y un sinnúmero de artículos más

habían ofrecido sus productos completamente gratis, con lo cual los gastos de los expedicionarios se reducían sensiblemente. Supo también que Kerrigan había tenido grandes problemas para encontrar tres docenas de poneys de Manchuria, bestias que se le antojaron, en el momento, un tanto inadecuadas para sus propósitos; y durante aquellos días estaba tan harto de preámbulos y tan deseoso de emprender la marcha que se abstuvo de preguntar cuál era su finalidad. Recibió la desagradable visita de un sastre, petulante y ambicioso, encargado de confeccionar los fuertes ropajes que habrían de utilizar al llegar a las zonas frías, y la de un zapatero, cordial en exceso, que le calzó con gran destreza y sin previo aviso, sin que Arledge pudiera impedirlo, varios pares de botas casi informes por su extremada sencillez y su desmedido grosor, tras de lo cual, sin ningún motivo aparente que lo justificara, pues todas ellas, a pesar (o quizá por ello) de los defectos reseñados, eran igualmente cómodas y cálidas, apartó dos pares de color hueso y decidió adjudicárselos. Desfilaron por su casa, asimismo, un médico, que lo sometió a un severo reconocimiento; diversos funcionarios del gobierno que trataron de cobrarle impuestos especiales sin resultado alguno a pesar del admirable despliegue que de términos burocráticos y amenazas hicieron; un empleado de Franchard cuyo objetivo era lograr un seguro de vida de elevado presupuesto; su banquero; su notario, que, alarmado por su partida, insinuó la conveniencia de dejar hecho testamento antes de que se embarcara en tan arriesgada aventura, y un largo etcétera de personajes más, como Arledge los llamaba: viles estafadores y advenedizos protegidos por las leyes, a los que primero escuchó con indiferencia y más tarde despachó sin contemplaciones y con no muy buenos modales.

Pero no todo fue malestar: durante aquellos dos meses y medio Arledge gozó de la compañía de Kerrigan con más frecuencia de la acostumbrada. Poco sabía de él, pero su conversación, y más aún los relatos con que le obsequiaba, expuestos siempre de la manera más abstracta que pueda concebirse y sin localizar nunca ni en el tiempo ni en el espacio, representaban para Arledge un libro interminable de aventuras y peligros que hacía revivir con toda intensidad las emociones suscitadas por sus lecturas de infancia; y la imaginación de Arledge, a falta de datos concretos que le permitieran situar sus andanzas en algún punto determinado del globo, le presentaba la audaz figura de Kerrigan en los más variados escenarios o atuendos; tan pronto lo veía con una gorra blanca de capitán surcando los mares de China como vistiendo un uniforme gris en Vicksburg, burlando a los aduaneros de Liverpool o junto a los anarquistas de la Mano Negra, en medio de los desiertos árabes o vagando por los muelles de cualquier ciudad portuaria del mundo, cicerone en Florencia en compañía de bellas damas, como único superviviente de la voladura del *Maine* o con Gordon Bajá en el Sudán. De él sólo sabía cuatro cosas seguras: que era americano, que en su primera juventud había trabajado como piloto de un barco de vapor en el río Mississippi, que en una ocasión había sido protagonista de una apasionada historia de amor - aunque por desgracia desconocía los pormenores, trágicos sin duda-, y que había descubierto una isla en el Pacífico de cuya existencia sólo Kerrigan sabía y que guardaba algo muy querido para él, motivo de extraños viajes y largas ausencias. Aquello era todo lo que las disimuladas y corteses indagaciones de Arledge habían podido averiguar: su familia, su pasado, sus ocupaciones, y por encima de todo, el origen de su fortuna, necesariamente inmensa, que le permitía vivir con holgura sin tener que hacer nada en absoluto, todo ello era un misterio por desvelar. Su inglés, muy maleado seguramente por los constantes viajes, conservaba aún, sin embargo, un acento que delataba su elevada procedencia social, y su conversación, siempre ágil e ingeniosa, revelaba unos conocimientos difíciles de adquirir entre océanos, desiertos, batallas y conspiraciones. Aunque el blanco y el amarillo se confundían en su cabello y en su frondoso

bigote, no debía de rebasar los cincuenta años, y su figura, todavía esbelta y erguida, hacía pensar en menos. Su manera de vestir, llamativa en exceso, denotaba cierta falta de buen gusto y sus incondicionales botas altas hacían demasiado ruido al andar, pero lo que a ademanes y a costumbres se refiere era un perfecto caballero sin tacha. Su popularidad en París, ciudad en la que residía desde 1899, era enorme, y su presencia, requerida en las grandes ocasiones, hacía las delicias de insoportables damas entradas en años que, como Mme D' Almeida, alimentaban sin tregua su vanidad y ponían en peligro su vida, merced a sus indiscretos comentarios, con más frecuencia de la deseada.

Kerrigan, sin embargo, no se llevaba muy bien con la mayoría de los ilustres expedicionarios franceses; él gozaba de sus simpatías pero ellos no de la suya. Solía tratarlos con una reservada tolerancia que a veces rayaba en un soterrado desprecio que se manifestaba mediante un repentino laconismo que los demás tomaban por excentricidad, cuando más bien respondía -eso al menos intuía Arledge- a un estado de tremenda desilusión y tristeza. En tales momentos nada podía hacerle recuperar su amplia sonrisa; buscaba un sillón y permanecía allí durante largo rato, casi acurrucado, meditativo; su mirada despedía insatisfacción por todo lo que había a su alrededor. Estos mutismos, que por lo general iban seguidos de una de sus súbitas partidas hacia tierras bañadas por el mar, eran escasos, pero en los meses que precedieron a su visita matinal a la rue Buffault se habían hecho más frecuentes, suceso tal vez motivado por un artículo sobre los americanos instalados en Europa que había aparecido poco antes, bajo pseudónimo, en una revista británica y en el que le eran dedicadas unas frases descorteses («...envejecido hombre de acción, intenta que la atención recaiga sobre su persona mediante la explotación de pequeñas incógnitas que rodean a su vida, cuando su imagen, tras cinco años de sosegada y comfortable estancia en París, se ha convertido en la de un potentado en conservador de la sociedad de medianoche, falto de ambiciones y enemigo del riesgo...»), y por ello, dejando de lado la natural excitación que su plan, una vez aceptado, despertó en Arledge, éste no pudo dejar de sentir una inmensa alegría al contemplarle de nuevo lleno de vitalidad y entusiasmo, derrochando energías, los ojos brillantes. Este desdén por el resto de los viajeros llevó a Kerrigan a confiar al escritor inglés afinado en Francia los problemas con que se iba topando a medida que el tiempo avanzaba y la fecha señalada se aproximaba; y aunque Arledge no podía ayudarle a resolverlos, le ofrecía la oportunidad de retroceder en el pasado y de regresar a los paisajes en que había transcurrido su juventud, con lo que su momentáneos abatimientos encontraban un rápido fin. La distante amistad de Arledge y Kerrigan se intensificó y se hizo más cordial durante aquella temporada, sin que ello significara que los extremos siempre molestos que invitan a la confianza fueran alcanzados.

A esta serie de inconvenientes e incentivos (todos ellos de idéntica consecuencia: avivar el deseo de partir) se añadió, entre los segundos, uno que, enriquecido por una mala costumbre, llegó a arrebatarse el sueño a Arledge más de una noche. La curiosidad, pues de ella se trataba, fue en Victor Arledge, desde niño, más que una característica, un método, y entre sus futuros compañeros de viaje había un personaje que llamaba su atención en este sentido con más fuerza de lo normal. Era un expedicionario inglés, residente en Londres, llamado Hugh Everett Bayham, pianista joven y prometedor, hijo de un acomodado terrateniente, asiduo de la vida nocturna londinense, casado con la conocida actriz Margaret Holloway. Pero no eran estos datos, vulgares y carentes de atractivo, los que hacían que los oídos de Arledge se agudizaran cada vez que aquel nombre era mencionado en su presencia. Poco antes de que Kerrigan concibiera la realización de aquella travesía, Arledge había recibido una larga carta de Esmond Handl -solían escribirse aproximadamente cada dos meses- en la que le hablaba de Bayham y de un extraño suceso que

había tenido lugar en torno a él. Cuando Arledge tuvo noticia de ello sintió impulsos de trasladarse a Londres y, por medio de Handl, ponerse en contacto con Bayham, tal era el misterio que rodeaba a su persona; pero la pereza, tan arraigada en él como la curiosidad si no más, le disuadió, y aquel asunto cayó en el olvido; mas no por mucho tiempo: una semana después de haber firmado la tarjeta que decidía su participación en la aventura del *Tallahassee* Kerrigan le anunció que cuatro músicos ingleses habían dado su conformidad para ser parte integrante de la expedición. Y uno de ellos era Hugh Everett Bayham. Desde entonces, espoleado por la perspectiva de un encuentro con él, el interés de Arledge no sólo volvió a aparecer sino que se fue incrementando a medida que los días se sucedían. La carta de Handl fue rescatada de entre sus gigantescas pilas de correspondencia, ocupó un lugar privilegiado en su mesa de trabajo y fue releída con regularidad.

"Mi querido amigo:

Por una vez voy a poder omitir las noticias consabidas y monocordes con que acerca de nuestras actividades y progresos te suelo atosigar. En esta ocasión tengo algo mucho más interesante que contar y estoy seguro de que el relato que voy a ofrecerte será de tu agrado; ello permite que por adelantado goce de tu agradecimiento. Sin embargo, antes de nada, y para que esta carta no resulte demasiado extraña a tus ojos, te diré que Clara se encuentra en perfecto estado de salud después de una ligera afección pulmonar que la retuvo en cama: durante diez días y que todo marcha muy bien entre nosotros, que *Adiós, querida Bárbara* cosecha éxitos diarios de público y de crítica, que, Margaret Holloway ha accedido a pasarse por una vez a la comedia e interpretar el papel principal de nuestra próxima obra al lado de Roger Gaylord, y que te deseo gloria y vítores en el teatro Antoine. Y una vez demostrado que soy yo y no un impostor el que escribe, pasaré a narrarte las inauditas jornadas de Hugh Everett Bayham, buen amigo -si bien reciente-, músico de indudable talento, hombre de gran imaginación -aunque no desmesurada-, figura continental del momento, de quien, como recordarás, ya te hablé en mi última carta con motivo de nuestra presentación.

Pues bien; Bayham gusta de dar largos paseos nocturnos, a solas, por las calles de nuestra ciudad; y esta afición se convierte en hábito cuando su velada ha consistido en una de sus algo teatrales, un tanto aparatosas y sin duda agotadoras actuaciones. Hace un par de semanas, después de un apoteósico concierto (Brahms y Clementi) y de los naturales agasajos que lo sucedieron, Bayham, como ya va siendo costumbre, se despidió de todos a las puertas del salón de conciertos, montó en un coche con su esposa y, tras dejarla en casa, se dispuso a dar su obligado paseo. Poco podíamos imaginar entonces que durante los cuatro días siguientes habríamos de emplear todas nuestras fuerzas (dignas de otra clase de actividades, menos inquietantes y más reposadas) en hallar su paradero. En efecto, Margaret Holloway se despertó sola en el lecho aquella mañana, y desde aquel instante ninguno de sus conocidos pudimos vivir tranquilos. Margaret nos obligó a dar una batida por calles, establecimientos públicos y hogares privados (omitiré mis pesquisas, llenas de infortunios y de embarazosas situaciones en las que una persona como yo nunca debería encontrarse), y al segundo se avisó a la policía, la cual, con más experiencia en esta clase de asuntos y con mejores medios que nosotros, obtuvo idéntico resultado.

Finalizaba el cuarto día con Margaret presa de un lamentable ataque de histeria cuando Bayham se presentó en mi casa (allí se encontraba su esposa, sollozando) limpio, fresco e impecablemente vestido. Sonrió cuando yo le abrí la puerta, estrechó mi mano mientras me preguntaba a qué se debía el cansancio que denotaba mi rostro, pasó al salón, abrazó con cariño pero sin calor a Margaret y, una vez que todos nos hubimos sentado ante sus ruegos y mientras él

saboreaba un cigarro que había sacado de su chaqueta, empezó a hablar de la siguiente manera:

'Supongo, mis queridos amigos, a juzgar por el cuadro que acabo de contemplar al entrar en esta casa, que tendré que dar una explicación detallada de lo sucedido; y dado que mi figura, si no popular, sí es conocida, me alegro de que esta primera versión de los hechos que naturalmente le dedico a mi esposa, tenga también otros oyentes. Quizá, de esta forma, me ahorre más de una repetición del relato, el cual, no me cabe la menor duda, interesará vivamente a nuestras amistades, que tanto se han preocupado por mí durante mi ausencia y que por ello mismo, me temo, exigirán una relativa satisfacción; por este motivo, y sin que esté en mi ánimo causarles la menor molestia, les guardaré eterno agradecimiento si nos eximen a Margaret y a mí, todavía excitados y nerviosos por los acontecimientos, de esta obligación que, pese a su indiscutible encanto, puede llegar a resultar, al cabo del tiempo, sumamente aburrida.'

—Por favor, Hugh, basta de preámbulos -dijo Margaret.

Hugh la miró con frialdad y contestó: -Ya has visto otras veces, querida, a lo que nos ha llevado tu mal carácter. Déjame seguir como yo lo juzgue conveniente -y, como si el incidente no hubiera existido, prosiguió:

'No es sencillo hacer una exposición clara y completa de lo sucedido durante estos cuatro días puesto que ni yo mismo lo sé con certeza; sin embargo, con las oportunas reservas (que no atañen a la historia en sí, sino al vocabulario empleado por uno de los comparsas y a algunos pasajes que me veré obligado a suavizar en atención a las señoras), lo intentaré.

Todo empezó cuando aún no había dado quinientos pasos desde la puerta de mi casa y el aire aún no había tenido tiempo de disipar, el olor a tabaco de mi traje. Yo no me había dado cuenta de que un coche tirado por dos caballos me seguía a unos metros por la calzada hasta que, al pararme para mirar un escaparate, oí que se detenía a mi lado, que una portezuela se abría y una voz dijo: -¿El señor Hugh Everett Bayham, por favor?

No es del todo infrecuente que algún entusiasta de la música me reconozca por la calle y me salude, por lo que me volví en absoluto sorprendido, esperando encontrarme con uno de ellos o bien con algún conocido, pero la pésima iluminación de la calle y el color oscuro de la tapicería del carruaje sólo me permitieron adivinar un elegante traje de caballero y unos rasgos finos y correctos.

—En efecto -respondí-. ¿Con quién tengo el placer de hablar?

—Señor Bayham -contestó el caballero-, como tal vez habrá notado, vengo siguiéndole desde hace un rato sin atreverme a abordarle, tan...

—Vamos, vamos -le interrumpí-. No había advertido nada. ¿Qué se le ofrece?

—Verá, señor Bayham, no son éstos momentos ni lugar para presentaciones. La urgencia y la gravedad del asunto que me obliga a dirigirme a usted de manera tan poco ortodoxa lo impiden. Le ruego, no obstante, que suba a mi coche sin perder un segundo, donde estaremos más cómodos y más dispuestos a entablar conversación. Por favor.

En menos de quince segundos todo un proceso de comparación pasó por mi mente; si subía al coche corría el riesgo de arrepentirme más tarde; si no lo hacía, tal riesgo no existía: me arrepentiría sin duda. Me dispuse a entrar. El caballero me ofreció su mano como apoyo, y al tocarla, a pesar del guante que la cubría, tuve la impresión de estrujar algo blando y frío que se dispersaba entre mis dedos como gelatina. El contacto de las manos fue breve y anecdótico y no le di mayor importancia. Me acomodé junto al caballero, cuyo rostro ahora podía discernir con claridad (el pelo canoso, la frente despejada, los ojos grises, las cejas arqueadas, la nariz recta) y dije:

–¿Y bien?

Pero no obtuve respuesta. En aquel momento el caballero dio una rápida orden al cochero, éste se la transmitió a los caballos por medio del látigo, y las dos bestias se pusieron en marcha, a galope tendido. Entonces me fijé en que no eran animales de tiro ni los percherones que estamos acostumbrados a ver por la ciudad, sino verdaderos caballos de carreras. Iban a gran velocidad por las calles ya desiertas, y el traqueteo me arrojaba una y otra vez contra el caballero, asimismo zarandeado por el movimiento, y contra las paredes del carruaje, impidiéndome proferir queja o protesta alguna, tan ocupado estaba en no perder definitivamente el equilibrio. La carrera duró unos diez minutos y por fin noté que los caballos aminoraban su marcha y pude ver que nos acercábamos a Victoria Station. El coche se detuvo y entonces, sin que tuviera tiempo para reponerme del ajetreado viaje ni para mostrar mi indignación ante tales procedimientos, dos hombres me sacaron de él y me llevaron prácticamente en volandas hasta un andén. Un tren estaba ya en marcha. Corrieron junto a él y me empujaron a su interior; pude ver cómo el caballero corría detrás de nosotros y subía también, con grandes dificultades. Me arrastraron con idéntica precipitación hasta un compartimento vacío que cerraron con pestillo y me arrojaron de mala manera contra uno de los asientos. El caballero (quizá ya no deba llamarle así) se sentó frente a mí y los dos hombres me flanquearon. Uno de ellos, entonces, empezó a insultarme con un cerrado acento escocés que difícilmente me permitía comprender sus palabras, y a acusarme de oportunista. Su lenguaje era intolerable y su voz, que más tarde me perseguiría como una pesadilla que se repite durante varias noches seguidas, chillona y graznadora. Pareció calmarse al cabo de cuatro o cinco minutos y calló. Por primera vez el silencio reinó en el compartimento y yo, dicha sea toda la verdad, no me atreví a aprovecharlo. No me habían amenazado con armas ni me habían coaccionado con palabras, pero el eficaz salvajismo con que el secuestro (creo que puedo llamarlo así, a pesar de todo) se había llevado a cabo, la gran seguridad de no equivocarse y de tener razón en sus afirmaciones de la que todos hacían gala y la evidente violencia de sus actitudes me aterraban hasta límites insospechados. Sólo cuando hubieron transcurrido más de diez minutos, y en vista de que ninguno de los tres hombres parecía dispuesto a darme una explicación, o por lo menos a darme instrucciones, me atreví a hablar, tímidamente:

–¿Qué significa esto, señores? Debe de haber algún error...

–¡Silencio! – gritó el caballero, al mismo tiempo que el hombre que me había insultado me golpeaba en un costado con un objeto duro y punzante que no pude ver.

–Pero díganme al menos por qué -volví a intentarlo.

Esta vez fue el caballero quien me dio una bofetada. Como podrán imaginar, dado que conocen de sobra mi carácter indolente, amigo de la sutileza, cualquier tipo de violencia me causa pavor, y más aún el daño físico. Ello hizo que mi muy teórico y quebrantado valor acabara de esfumarse a la vista de tal incidente. Opté, pues, por no volver a hablar a menos que se me preguntara y por esperar al desarrollo de los acontecimientos. El haber tomado una decisión proporcionó cierto desahogo a mi maltratado cuerpo y algún descanso, ya que no lucidez, a mi confundida mente. Quizá les parezca extraño que el sueño pudiera vencerme en una situación tan apurada como la mía en aquellos momentos, pero así fue; tengan en cuenta que sólo dos horas antes había estado interpretando a Brahms y que el cansancio, a veces, está más allá de los temores y las tensiones. No pensé, siquiera, en la posibilidad de salvación que suponía un cobrador o un inspector que tarde o temprano tendría que aparecer. Y tampoco medité sobre las diversas clases de secuestros conocidas. Mis asaltantes habían bajado la cortina de la ventanilla y no tenía ni el consuelo de distraerme mirando el paisaje nocturno. Cuando mis ojos se cerraron ya había aceptado los

hechos; no los comprendía ni los aprobaba, pero sí los aceptaba, e incluso me atrevería a decir que aún no me arrepentía de haber subido al coche. Creo que ahora tampoco me arrepiento. Todas estas ideas eran muy vagas y fugaces: desfilaban por mi cabeza sin hacer alto y yo tampoco hacía esfuerzos por retenerlas.

Cuando me desperté ya era de mañana y había un fuerte olor a brezos. Miré por la ventanilla, descubierta, y vi un paisaje rural, verde y gris, puede que escocés. Recobré, dentro de lo que cabe, mi sentido del humor, y dije a mis acompañantes:

–Buenos días, caballeros.

Ninguno de ellos, que ya estaban -o quizá todavía seguían- despiertos, me contestó, así que me dediqué a observarlos con detenimiento: el caballero, cuyo rostro ya había podido escrutar levemente antes del engaño, parecía un hombre educado, y su mirada, aunque muy fría y un poco repugnante, era inteligente. Los otros dos, que llevaban gorras caladas y gabardinas blancas, eran tan vulgares que lo más probable es que no los reconociera si los volviera a ver.

Transcurrió más de una hora sin que el tren hiciera paradas y empecé a temer que aquel viaje resultase interminable. La fila de vagones bordeaba una costa desconocida para mí cuando de repente se detuvo ante una estación de pueblo, modesta y anodina, carente de letreros que indicaran en qué lugar nos encontrábamos. La parada duró unos minutos y cuando el tren se puso de nuevo en marcha los tres hombres se levantaron, me cogieron por los brazos y apresuradamente -cómo no- descendimos de un salto. Mientras el tren ya se alejaba atravesamos aquella destartada estación con la misma rapidez que habíamos empleado en Victoria Station y nos instalamos en una desvencijada diligencia que nos aguardaba fuera (el caballero, el hombre que me había insultado y yo en el interior; el otro en el pescante, junto al cochero). Fue entonces cuando me pusieron una venda negra sobre los ojos, a pesar de mis reiteradas protestas, ya que si algo valía la pena de aquella aventura, ello era el paisaje, muy hermoso en verdad. Noté que pasábamos por una aldea muy breve para luego seguir por caminos pedregosos y estrechos; más tarde, las ruedas de la diligencia se deslizaron por arena de playa, y el mar, sin duda, estaba muy cerca, tan cerca que el barro sustituyó a la arena y la marcha se hizo dificultosa. Aquí terminó mi viaje. Me hicieron descender y, siempre empujado por los dos esbirros del caballero, entré en una casa precedida por dos escalones y un porche. Dentro había un exquisito olor a perfume floral y yo pisaba sobre alfombra. Aquellas fueron mis dos últimas sensaciones claras y totalmente reales. De pronto sentí que me golpeaban en la nuca y supongo que perdí el conocimiento. Y aquí, querida Margaret, queridos amigos, comienza una parte del relato cuyo contenido, prácticamente, ignoro por completo. No puedo dar detalles acerca de lo que sigue, pues desde el instante en que desperté perdí todo sentido del tiempo y no lo he vuelto a recobrar hasta que, hace una hora, compré un periódico y comprobé que sólo habían transcurrido cuatro días desde que acepté la invitación del caballero del coche. Los tres últimos han sido excesivamente confusos como para dar una explicación coherente y cronológicamente ordenada de lo que sucedió. Sólo puedo hablarles de las sensaciones que me invadieron, de las escenas que se repetían y de la mujer que me sedujo.

Vivía yo en un salón lleno de libros y de anticuados muebles rurales dispuestos con excelente gusto, en un segundo piso de una casa de campo cuya fachada nunca pude ver y que, efectivamente, estaba junto al mar. Aunque pasé largas horas allí, no podría describirlo con exactitud, ni tampoco- a pesar de que recuerdo que leía de vez en cuando- citar las obras que se apiñaban en las estanterías. Creo que dormía con frecuencia, lo cual explica en parte mi creencia de que permanecí encerrado durante meses en aquel amplio y espacioso cuarto. A veces entraba el

hombre que me había insultado en el tren portando una bandeja con leche o cerveza, pan y carne, sopa o verduras, que depositaba sobre una mesa, y aprovechaba su visita para darme puñetazos en los brazos y ejercer su irrepetible lenguaje en una jerga, para mi desgracia, no del todo incomprensible. En más de una ocasión escuché voces femeninas que, alegres o divertidas, bromeaban entre sí. Sin duda, la casa estaba habitada por tres o cuatro mujeres además del caballero, y todas, menos una tal vez, eran muy jóvenes. Aunque nunca pude captar las palabras que pronunciaban -siempre procedentes del piso inferior- sé, por el tono de las voces, por los agradables murmullos que llegaban hasta mí y por la cadencia de los diálogos, que se trataba de una madre y varias hijas, dos o tres, no lo sé con certeza. Una de ellas tocaba el piano casi constantemente, y tanto su repertorio como su estilo eran impecables y magistrales. La música penetraba en mi habitación a través del suelo y las ventanas, y aunque yo me asomé muchas veces para tratar de ver algo del cuarto que había bajo mi salón, nunca pude discernir más que -arriesgándome no sólo a caer sino también a que uno de los dos hombres del tren, que vigilaba permanentemente mis ventanas desde el exterior de la mansión, me descubriera-la parte derecha de un teclado -el piano, necesariamente, tenía que estar pegado a la pared- y, de vez en cuando, la mano derecha de la joven que lo tocaba desplazándose con suavidad hasta aquellas teclas, las más agudas. También pasaba largos ratos con el oído sobre el entarimado, tratando de descifrar las palabras de las mujeres, con escaso éxito. Sólo cuando la joven intérprete empezaba a tocar una nueva pieza, yo, al re conocerla, comprendía que una de las palabras que previamente había escuchado respondía al nombre del autor de dicha pieza. El ambiente que de manera difusa envolvía a aquellos breves conciertos era el de una lección familiar de piano. Quiero decir que la joven era seguramente una estudiante de música muy aventajada, quizá demasiado, y que el resto de la familia -la madre, las hermanas, raramente el padre, cuya voz yo identificaba con la del caballero- gustaba de asistir, embelesada, a las prácticas virtuosas de aquélla. Yo me distraía ejercitando mis dedos sobre una mesa con las obras que ella interpretaba, y en más de una ocasión deseé fervientemente poder salir de aquel salón, bajar y sustituir mi mesa por el piano de la joven, o más aún, poder tocar aquellas piezas de su elección en su compañía, a cuatro manos. Ahora ya no recuerdo cuáles eran exactamente, pero sí que eran muy conocidas en su mayoría. Sólo tengo presente una ocasión, en la que todo fue distinto. Mi guardián subió a mi habitación y cerró las contraventanas de manera que yo, desde dentro, no pudiera abrirlas. Yo estaba tendido sobre el lecho y le dejé hacer, débil como estaba, preguntándome a qué se debería la novedad. Poco después empezaron a llegar hasta mis oídos murmullos más numerosos de lo habitual, como si abajo hubiera una concurrencia expectante. De pronto se hizo el silencio y sonaron las primeras notas de la sonata en re menor para piano y violín de Schumann. Todo ello delataba un recital. Creo que esto sucedió el segundo día de mi encierro, pero, debo insistir en ello, no podría asegurarlo. El violín, pensé, debía de ser tocado por alguno de los invitados -cuya llegada, ahora era evidente, se me había prohibido ver- o por el caballero, que tal vez sólo practicaba en las grandes conmemoraciones. Cuando acabaron hubo una pausa y pude oír el tintineo de vasos y las toses características de los entreactos y, poco después, el piano de la joven y el violín de su padre interpretando la sonata a Kreutzer. Mi asombro fue mayúsculo, sobre todo al comprobar que aquellos aficionados se podían codear con los más prestigiosos profesionales, y no tuve más remedio que admirarlos. Fue entonces cuando me pregunté si mi secuestro no se debería a los celos de la competencia o al excesivo entusiasmo de algún amante de la música que más tarde -puesto que estoy aquí- habría de arrepentirse de su bárbara acción. Me temo que jamás llegaré a saberlo. Todos estos recuerdos son borrosos y alucinantes, lo cual me lleva a suponer que me

hacían ingerir algún narcótico o droga con la leche, o, quién sabe, tal vez me la inyectaban mientras dormía. A pesar de todo, mi estancia allí, desde luego, fue monótona; nadie más que aquel hombre que me golpeaba me visitó, hasta el último día, es decir, ayer, por la mañana -o al menos esa es la impresión que tengo, ya que, aparte de las sonatas para violín y piano, es lo único que viene a mi memoria con nitidez y proximidad-. Creo que estaba leyendo una aburrida novela de Thackeray y escuchando una bonita pieza para piano que sin duda era composición de la joven cuando la puerta se abrió y una muchacha de unos quince años entró y se acercó a mí. Sus ojos azules despedían dulzura e inteligencia, su largo cabello negro caía por sus hombros desnudos y enmarcaba un pálido rostro de pómulos pronunciados y delicados rasgos. No recuerdo que dijera nada, ni tampoco lo que sucedió después de que acariciara mis labios con los suyos por primera vez. Es fácil imaginarlo, sin embargo, y perdonen, señoras, la crudeza de la narración. No es mi intención ofender, y no creo que, de hecho, lo esté haciendo, pues es evidente que mi estado no tenía nada que ver conmigo ni con mis verdaderos sentimientos, dando por descontado (y tal vez no debería hacerlo) que lo que relato fue real y no un producto de mis fantasías. He de confesar, no obstante, que, fuera en un sueño o en una casa junto al mar de Escocia, yo no opuse ninguna resistencia. La joven partió y yo dormí largo tiempo, acompañado por las hermosas notas del piano que tocaba su hermana.

Esta mañana me desperté en Maidstone, sobre la hierba de un parque, con dinero suficiente para regresar a Londres. Pueden creerme o no, sé que mi historia es hartamente inverosímil y no muy digna de atención, pero les doy mi palabra de honor de que es así como la recuerdo. Aquí está mi billete desde Maidstone, y mis ropas se encuentran en mi casa, sin lavar, desgastadas y llenas de guijarros y de arena de playa; mis hombros están amoratados y mi nuca presenta un ligero abultamiento; mañana iré a hacerme un reconocimiento médico a fin de comprobar si en efecto he sido drogado, y ya he avisado a la policía para que efectúe las indagaciones pertinentes. Por lo demás me encuentro perfectamente y presumo que todo ha sido un error de mis secuestradores, quienes, al advertir su equivocación, me dejaron en libertad. Todo ha pasado y desearía que no se volviera a hablar de ello en mi presencia. Seamos serios y yo trataré de que, por mi parte, los hechos acaecidos durante estos cuatro días sólo permanezcan, imborrables pero inofensivos, en mi memoria. Gracias por escucharme, queridos Esmond y Clara.'

Al día siguiente un médico comprobó las suposiciones de Hugh Everett Bayham. La policía continúa investigando sin ningún resultado positivo, y todo el mundo, salvando el episodio de la hermosa adolescente, cree en la veracidad de la aventura y la comenta con entusiasmo. Y con ellos -es bien patente-, yo, que me honro en tener la exclusiva de la versión directa. Sólo he visto a Margaret y a Bayham en una ocasión desde entonces, a la salida de un teatro, y si bien estaban un poco más graves o menos joviales que de costumbre, parecían haber olvidado lo ocurrido.

Y bien, eso es todo por hoy, querido Víctor. Espero tus noticias, y desde luego, si hay alguna novedad referente a este asunto, te lo comunicaré inmediatamente, Saludos de Clara y los mejores deseos de tu amigo

Esmond Handl"

No hubo novedades. También Arledge, como Handl y sus amigos, pensaba que parte de aquella fantástica historia era mentira, pero no se sentía inclinado, como ellos, a dudar de la existencia de la joven. Las palabras que Handl ponía en boca de Bayham eran, con toda seguridad, exactas, pues Esmond era un hombre capaz de recitar de memoria, con haberlo oído tan sólo una vez, el papel de uno de los personajes de cualquier obra de teatro. Y era precisamente el tono empleado por el pianista lo que llamaba la atención de Arledge; su impertinente desenfado del

comienzo, su repentino alto en la narración para anunciar la nebulosidad que envolvía a lo que iba a seguir, su súbita seriedad al contar la aparición de la muchacha, sus denodados esfuerzos por mostrar pruebas que garantizaran la autenticidad de los hechos, y aquel trato hosco y frío que había dispensado a su mujer tras cuatro días de angustiosa separación, todo ello le hacía pensar que la media semana que Hugh Everett Bayham había pasado fuera de Londres le había afectado - en uno u otro sentido- más de lo que a primera vista parecía, y fomentaba sus ya de por sí muy lógicos deseos de conocerle, que, unidos a otros más ocultos y animosos, convertían su viaje en una verdadera obsesión.

Arledge no había querido saber cuánto iba a durar la travesía con exactitud, temeroso de que a la respuesta a esta pregunta pudiera disuadirle de participar en la aventurada empresa en el último instante, pero llegó un momento, aproximadamente diez días antes de iniciar la marcha, en que tuvo la ocasión de comprobar que las bellas imágenes con que Kerrigan le había tentado y convencido aquella mañana en la rue Buffault habían pasado a segundo término, e incluso era posible que hubieran desaparecido de su mente. Bajo ninguna circunstancia pensaba en el *Tallahassee* como un barco que iba a ser su lugar de residencia durante mucho tiempo, ni en la expedición como lo que -dejando de lado el impropio crucero previo- en realidad era: un vanidoso intento de adentrarse en la Antártida más de lo que lo habían hecho Bruce, Larsen, Scott y Nordenskjöld; y mientras el resto de los expedicionarios dedicaba la mayor parte de su tiempo a informarse acerca de los anteriores viajes realizados al polo sur y a aprender cosas tan útiles como qué hay que hacer si el suelo se resquebraja y alguien queda a merced del agua helada, Arledge no se preocupó por estas cuestiones más de lo que lo hizo -desde que supo que habría de conocer a Hugh Everett Bayham en Marsella- por borrar de la lista de pasajeros a Léonide Meffre. Y así, cuando diez días antes recibió la visita de un Kerrigan apesadumbrado en demasía por la noticia de que uno de los más populares expedicionarios ingleses había anulado su tarjeta de embarque, tuvo la ocasión de comprobar, mientras preguntaba intentando guardar la calma de quién se trataba, que el único motivo que le impulsaba ya a tomar parte en la aventura era el frenético deseo de saber qué le había sucedido realmente a Hugh Everett Bayham en Escocia. La respuesta de Kerrigan, sin embargo, no sólo le tranquilizó a este respecto sino que le proporcionó una información que venía a confirmar el turbio carácter que el secuestro del pianista inglés tenía: Margaret Holloway se había separado de su marido y, por tanto, renunciaba a la travesía.

El día que zarpó el *Tallahassee* -velero con casco metálico, tres mástiles y máquina de vapor, clasificado por el Lloyd's Register of Shipping como buque mixto, propiedad de la Cunard White Star, construido por Newport News Shipbuilding and Dry Dock Company (Estados Unidos), cuya matrícula fue cambiada en Liverpool al ser comprado y abanderado por Gran Bretaña en 1896 (aunque conservándose como identificación el nombre de la ciudad que lo bautizó), con una velocidad de 11,5 nudos, con capacidad para setenta pasajeros, y al mando del capitán de navío Eustace Seebohm, inglés, y del primer oficial J D Kerrigan, americano- hubo un gran alboroto en el puerto de Marsella. Globos, confetti y serpentinas invadieron el navío y sembraron de color las aguas cercanas. Todos los expedicionarios, según se iban embarcando, fueron vitoreados. Finalmente, a las diez de la mañana, después de las ceremonias obligadas, el velero se alejó de la costa llevando a bordo cuarenta y dos pasajeros de categoría, quince hombres de ciencia, y una inevitable, furibunda, maldiciente tripulación.

LIBRO TERCERO

Victor Arledge empezaba a aburrirse en exceso cuando desapareció el contra maestre. Hasta

entonces, el tedio y las mujeres estúpidas habían controlado los proyectos iniciales de correr riesgos y desobedecer el itinerario previamente acordado; y lo que era aún peor, habían controlado la cubierta. Esmond Handl, desde el segundo día de viaje, se encontraba encerrado en su camarote, fácil presa de la inestabilidad del barco, y Clara, su esposa, con una abnegación rayana en la abominable solicitud con que se suele tratar a las personas de edad, se había esfumado tras él; Kerrigan estaba demasiado atareado con sus idas y venidas, sus atenciones para con las damas y sus temores por la salud de los poneys de Manchuria; y Bayham, qué decepción, se pasaba los días y las más de las noches jugando al whist en el salón de fumadores, y cuando no (contadas eran las ocasiones), se dedicaba a pasear o contemplaba las aguas con gesto vago en compañía de una hermosa joven de negros cabellos (la cual, por cierto, apenas si se dejaba ver a solas) cuya identidad Arledge aún desconocía, impidiendo así cualquier tentativa por su parte de entablar amistad, o al menos conversación, sin tener que rebajarse a aprender el significado de los naipes o entrometerse en la charla privada de dos personas a las que -por culpa de la indisposición de Handl y de la idea, común a todos los pasajeros excepto al que suponía tal cosa, de que todos los allí convocados se conocían íntimamente- todavía no había sido presentado. Y ni siquiera Léonide Meffre se dignaba irritarle con sus observaciones de mal gusto. La abulia se había apoderado de él y tan sólo, para su desgracia, algunas señoras abrumadoras le obsequiaban con atenciones que había de tener en cuenta, más que nada por la prolijidad de las mismas. Los investigadores, por otro lado, le anonadaban con sus espesas y metódicas descripciones de la Antártida, llenas de detalles técnicos y de erudición que para nada le interesaban; y únicamente la presencia (menos constante de lo deseado en tales circunstancias) tranquila y sosegada en extremo de un viejo cuentista inglés muy conocido en la época, cuyo nombre de letras era Lederer Tourneur -de salud delicada y semblante claro, siempre sentado en las sillas o hamacas de mimbre que abarrotaban la popa, en compañía de su otoñal esposa norteamericana-, era lo que le hacía desechar sus reiterados impulsos de abandonar el barco en la siguiente escala. Las escalas, por su parte, habían suscitado acaloradas discusiones y los consiguientes rencores generales. Kerrigan, Seebohm y los investigadores eran partidarios de hacerlas breves y escasas con el objeto de acelerar la marcha, y, en cambio, un grupo bastante nutrido de pasajeros, que habían de desembarcar en Tánger para regresar desde allí a sus respectivos lugares de residencia, exigía paradas continuas. El resultado de esta divergencia de opiniones (el peso de las órdenes de Seebohm no alcanzaba a los expedicionarios, que pagaban su salario) fue que el *Tallahassee* se detuvo en todas las ciudades costeras de Italia, Grecia y Turquía durante unas horas (o a lo sumo un día, en algunos casos excepcionales). El descontento general, avivado por las veladas rencillas de las señoras y por las protestas de la tripulación, llegó a alcanzar límites inadmisibles. En tales ocasiones Tourneur, su esposa y Arledge se inclinaban por alterar el rumbo definitivamente y atravesar el Canal de Suez para visitar Etiopía y la India, pero sus iniciativas nunca tenían seguidores y habían de resignarse a soportar, cada vez con menos fuerzas, aquel insípido crucero. Tourneur y Marjorie, su mujer, formaban parte del grupo que habría de quedarse en Tánger (no por falta de ganas de aventura, sino porque la endeble constitución del escritor les obligaba a vivir en zonas de clima caluroso), y Arledge, en vista del desastroso panorama que tenía ante sí, pensaba en la posibilidad de permanecer junto a ellos y renunciar al resto de la travesía, y con ello al enigma escocés y a todo lo demás, cuando la desaparición del contraataca vino a proporcionarle diversión e interés por lo que desde aquel instante pudiera suceder a bordo del *Tallahassee*. Era el contraataca un hombre de mal carácter, con el que Arledge, como con el resto de la marinería, no tenía el más leve contacto. Sin embargo, en sus abundantes ratos de ocio

le había visto con frecuencia insultar y maltratar a sus subordinados, y ello le hizo suponer que durante la noche habría sido sacado de su camarote y lanzado al agua con una piedra atada al cuello. No había pruebas de ello (y Arledge, de haberlas tenido, seguramente no las habría puesto en manos de las autoridades) y tanto Seebohm, responsable de su suerte, como los pasajeros, que deseaban alejar de sus mentes toda sensación de peligro, decidieron que lo más probable era que el contramaestre hubiera desertado, suposición hartamente infundada, ya que Collins, ese era su nombre, gozaba con su trabajo, sus abusos y sus desmanes.

Todo quedó, pues como estaba hasta que el *Tallahassee* llegó a Alejandría, territorio entonces de jurisdicción británica, y recibió, nada más atracar en el puerto, la visita de la policía, representada por un anciano coronel de caballería, veterano de la batalla de Inkerman y reacio a la jubilación. Subió al velero con paso firme y gesto severo y malhumorado y preguntó por el capitán del barco. Seebohm y Kerrigan salieron a su encuentro, le saludaron y, después de las presentaciones (coronel McLiam, jefe del Cuerpo de Policía Británica en Alejandría), los tres pasaron al despacho de Seebohm.

–Bien, capitán Seebohm -dijo McLiam entonces-, tengo entendido que han perdido a uno de los hombres de su tripulación.

–En efecto, coronel -dijo Seebohm, titubeando.

–Y sin embargo no lo han notificado -continuó el coronel McLiam.

–Cierto, señor -dijo Kerrigan-. Pensábamos hacerlo aquí.

–Pero han pasado por Chipre, cuya administración es británica -replicó McLiam-. Debieron dar parte a las autoridades allí mismo.

–Era una escala que no estaba prevista, señor. Y ya hacemos demasiadas; hemos perdido mucho tiempo y juzgamos conveniente esperar hasta que llegásemos a Alejandría -dijo Kerrigan-. ¿Ha aparecido Collins acaso?

–¿Es ese su nombre, Collins? ¿Qué cargo ocupaba?

–Era el contramaestre.

–¿Un oficial? Eso es mucho más grave, señores. Su cadáver ha sido hallado cerca del puerto. Su oficial, capitán Seebohm, fue asesinado. Pero ¿cómo se explica que si lo perdieron antes de pasar junto a Nicosia Collins haya aparecido en Alejandría?

–Lo ignoro, señor, pero también echamos en falta un bote -mintió Seebohm, sin duda al ver las consecuencias que su negligencia había tenido-. Es posible que fuera atacado por bandidos turcos, después de desertar. Su campo de acción es muy extenso. Sé que se los ha visto cerca de Port Said en más de una ocasión. ¿Cómo se produjo la muerte?

–Tenía un balazo en la cabeza, pero además su cuello presentaba grandes marcas, quizá del roce de una cuerda muy cortante. Parece que su muerte se debió a eso. Su cuello está prácticamente desgarrado.

–Pienso que es muy posible que los bandidos lo ahorcaran y más tarde lo remataran pegándole un tiro en la frente.

–El tiro lo tenía en la nuca, y no he dicho que fuera ahorcado ni estrangulado, sino que tenía profundos cortes en el cuello que no eran de arma blanca. Por lo demás, supongo que, en efecto, todo es obra de bandidos turcos. Seguramente lo torturaron y murió. Bien, lamento tener que decirles que no podrán reanudar su viaje hasta que yo lo permita. Les espero en la comandancia dentro de dos horas, señores: a las doce en punto. Tienen que reconocer el cadáver, darme sus datos personales y entregarme un informe en regla sobre la desaparición. Espero que ya lo tendrán redactado. Collins no llevaba documentación alguna en sus pantalones, la única prenda que tenía

puesta. En los bolsillos sólo encontramos briznas de tabaco y tres fajas de cigarrillos publicitarios gratuitos, de los que utilizaron para llamar la atención sobre su viaje. Las fajas llevan impreso el nombre del *Tallahassee*. Por eso supimos que habían perdido un hombre. Hasta pronto, señores.

Una vez que McLiam hubo abandonado el barco, el miedo y el desconcierto cundieron entre los expedicionarios, informados por Kerrigan acerca de la conversación. Alarmados, le asaltaron a preguntas con la pretensión implícita de que les asegurara que no había bandidos turcos ni de ningún otro país a su alrededor y les dijera, prácticamente, que la visita del coronel había sido un producto de su imaginación y que podrían continuar su crucero en cuanto lo desearan. El resto de los pasajeros, que no había presenciado la llegada de McLiam, atraídos por el alboroto, aparecieron en cubierta y pidieron toda clase de explicaciones; y algunas mujeres, incluso, sugirieron que lo más prudente sería dar por terminada la travesía y permanecer en Alejandría hasta que pudieran regresar a Europa escoltados por tropas británicas. Mientras tanto, Seebohm reunió a los oficiales, cuyo sentido de la responsabilidad era precario, y les dio órdenes para que confirmaran, siempre que fueran preguntados, la desaparición de un bote.

Arledge se alejó del griterío y se encaminó hacia la popa, en busca de Lederer Tourneur y su esposa, pero allí no había nadie salvo una joven que, ajena a lo que sucedía en otras partes del velero, descansaba sobre una hamaca con gesto de preocupación. Arledge la reconoció en seguida: era la muchacha de cabellos negros que a veces paseaba con Hugh Everett Bayham. Excitado, se sentó junto a ella -dejando una hamaca libre por medio- sin que ella, echada hacia el lado contrario, le viera. Arledge pensó que aquella era una buena ocasión para darse a conocer y con ello introducirse en la esfera del pianista, pero no sabía cuál podría ser la frase más indicada para iniciar una conversación, sobre todo cuando, por culpa de las voces alteradas de los pasajeros, que se oían a lo lejos y que delataban la irregularidad del momento, el tema del tiempo resultaba demasiado artificial y por ello quedaba descartado. Hacer algún comentario acerca de la muerte de Collins y de las consecuencias que había traído consigo le parecía de mal gusto, puesto que se trataba de una desconocida; y la preocupación de la joven no era tan evidente que le permitiera ofrecerle su incondicional ayuda para resolver cualquier problema que se le hubiera planteado. Optó, pues, por dejar caer al suelo su tabaquera de metal mientras sacaba un cigarrillo. Al oír el ruido la joven se volvió sin sobresalto y Arledge aprovechó el momento para excusarse por su torpeza que tal vez la habría despertado y presentarse. Ella, de ojos azules y rostro dulce, elegante pero sencillamente trajeada, dijo que no tenía importancia, que no dormía y que estaba muy contenta de conocerlo; había leído cuatro de sus novelas y le parecían excelentes, aunque nunca había tenido la oportunidad de ver sus famosas adaptaciones teatrales ya que vivía en el campo y el teatro es un privilegio de las grandes ciudades. Su dicción era perfecta, quizá levemente amanerada -lo cual, lejos de deslucirla, la hacía encantadora-, y su voz sosegada, melódica en extremo. Aunque cordial, era discreta, y tanto ello como su falta de reservas hicieron que Arledge olvidara pronto sus primeras intenciones: entablaron una animada -dentro de lo que es aconsejable entre dos personas tímidas y bien educadas- charla sobre la mediocridad del drama de la época y sobre el vacío que había dejado con su muerte el autor de *Una tragedia florentina* y *La duquesa de Padua*, así como acerca de las limitaciones del oficio de actor, y ella escuchaba y, de vez en cuando, hacía observaciones muy acertadas y llenas de criterio. Nadie les importunó durante más de hora y media, y de estos temas pasaron a otros, y a otros, sin que el interés decayera, hasta que oyeron pasos que se aproximaban y vieron aparecer a un Hugh Everett Bayham acalorado, que, llamando a la joven Florence, pidió disculpas por haber interrumpido la conversación, dijo que había estado buscando a la joven por todo el barco y le comunicó que ya

era la hora del almuerzo y que su padre requería su presencia.

—No se conocen, ¿verdad? El señor Víctor Arledge, el señor Hugh Everett Bayham.

Los dos hombres se estrecharon las manos y Florence se puso en pie, expresó su ferviente deseo de proseguir la conversación en algún otro momento, se despidió y se fue del brazo de Bayham.

Víctor Arledge esperó unos minutos para no correr el riesgo de alcanzarlos y después encaminó sus pasos hacia el comedor.

Durante los días siguientes Arledge estuvo muy contento y recobró su natural buen humor.

La muerte de Collins, por un lado, y su primer contacto con Bayham y su joven amiga, por otro, lograron que su apatía se desvaneciera y que sus horas no fueran perdidas en vano. Desde aquella fecha, aunque se encontrara desocupado en apariencia, sus sentidos estaban siempre alerta y a la expectativa, avisados de la posibilidad de un nuevo intercambio de impresiones, ya con alguno de los pasajeros restantes, que tal vez podría darle datos acerca de Florence y su padre, ya con ellos mismos o con Bayham. Puede decirse sin reservas que la joven se había convertido, quizá por otros motivos, en objeto de los pensamientos de Arledge tanto como Bayham lo había sido hasta entonces por motivos de curiosidad; y ello, lejos de preocuparle, le hacía revivir aún más. Aunque no sabía por qué Florence Bonington llamaba tanto su atención sin haber hecho nada, en definitiva, para merecerlo, lo cierto es que los movimientos de Arledge estaban pendientes de los de ella, a la espera de una conversación, un saludo, una sonrisa, una mirada furtiva. Pero pronto supo averiguarlo. Florence Bonington era muy joven -no más de diecinueve años- y, aunque desde luego no era una adolescente quinceañera, su belleza perfecta y un tanto fría y sus rasgos generales coincidían con los de la hermana de la aventajada estudiante de piano que había seducido a Hugh Everett Bayham. Era aquel parecido físico lo que hacía que Arledge tratara por todos los medios de complacerla y ganarse sus simpatías. No negaré que la primera explicación que dio Arledge a su repentino interés por la joven tuviera algunos visos de veracidad, pero sí añadiré que tal explicación tenía también como fundamento la carta de Esmond Handl y no los evidentes encantos de la señorita Bonington. Si Arledge, un hombre que tenía con las mujeres el éxito necesario para no verse forzado a dar grandes pasos para conquistarlas, se tomó tantas molestias para entablar amistad con Florence Bonington fue porque, por un lado, a través de Bayham -su objetivo principal- había sabido del muy especial éxtasis que aquella joven, de ser la que él sospechaba, era capaz de proporcionar, y porque, por otro, especulaba con la posibilidad de que fuera ella la que, una vez rendida, le contara los verdaderos pormenores de la aventura de Bayham en Escocia, seguramente, además, con mayor conocimiento de causa. Y esperaba con ansiedad el momento de ver al padre de la joven, que aún no había hecho acto de presencia sobre la cubierta del *Tallahassee*, y de comprobar si se trataba, como suponía, de un caballero de sienes plateadas, nariz recta, cejas arqueadas y mirada inteligente.

Kerrigan y Seebohm tardaron tres días en solventar los papeleos derivados de la muerte del contramaestre y obtener el permiso de McLiam para proseguir el viaje, y este corto periodo de tiempo, pese a verse amenazado por la suspensión de la travesía y por las difusas sombras de feroces bandidos, sirvió para que los pasajeros calmaran sus ánimos y aplacaran sus inquietudes y para que Esmond Handl superara su malestar y volviera a ser el mismo de siempre. Alejandría, además, se reveló como una de las ciudades más hermosas y deslumbrantes del mundo para los expedicionarios, que tuvieron tiempo suficiente para recorrer sus calles con tranquilidad. Todo mejoró, pues, y mientras el *Tallahassee* estuvo anclado en el puerto egipcio las tentaciones de Arledge de dar por terminado su viaje en Tánger se vieron momentánea pero estrepitosamente

vencidas.

Uno de estos tres días, concretamente la antevíspera de aquel en que el velero habría de abandonar Alejandría, Arledge, tras haber dado un largo paseo por los barrios más pintorescos de la metrópoli en compañía de los Handl, que se habían separado de él durante unos minutos para hacer compras, se sentó en un café de nombre italiano con el propósito de sacudir el polvo que casi privaba de color a su traje y tomar un refresco, cuando vio, a cierta distancia, que Bayham, Florence Bonington y un caballero cuyos rasgos no acertaba a adivinar trataban de hacerse entender o discutían -era difícil asegurarlo- con un vendedor ambulante. Pidió una limonada a un camarero que se había acercado para atenderle, le dijo que volvería inmediatamente y, haciendo lo que se podría llamar -no del todo impropriamente: sus intereses estaban en juego- acopio de valor, fue hacia ellos. Bayham hacía gestos con las manos al vendedor; Arledge presumió que regateaba sin mucho éxito.

-Buenos días -dijo dirigiéndose a Florence Bonington-. Me da la impresión de que tienen dificultades con este experto comerciante. Si puedo servirles de intérprete...

-Oh, buenos días, señor Arledge -contestó la joven volviéndose hacia él; el señor Bonington, un hombre bajo, rechoncho, mal vestido y vulgar, también lo hizo, y ella añadió-: Creo que no conoce usted a mi padre. El señor Arledge, mi padre, el doctor Bonington.

-Encantado -dijo el novelista sin poder disimular cierta expresión de desencanto.

El doctor Bonington hizo una leve inclinación de cabeza.

-Al parecer, este vendedor trata de engañarnos, señor Arledge, y Hugh, como podrá observar, no logra entenderse muy bien con él: -dijo Florence, y dio un golpecito en el hombro de Bayham, que seguía proponiendo números con los dedos y aún no se había percatado de la intervención de Arledge. Hugh Bayham se volvió y, después de saludar con cortesía, explicó su problema.

-Este hombre quiere tres libras por ese jarrón que tiene entre las manos. Me parece excesivo e intento hacérselo comprender.

-¿Qué precio le parece justo?

-Una libra y media, por ejemplo.

-Me temo que nunca hubiera podido hacer que entendiera esa cifra valiéndose únicamente de los dedos, señor Bayham.

-No me importa pagar tres libras por algo que me gusta, aunque no lo valga -dijo Florence Bonington-, pero me molesta que se obstine en estafarnos.

-No se preocupe, señorita Bonington -dijo Arledge-. Creo que podré arreglarlo.

Se encaró con el vendedor y en su aceptable árabe le explicó la situación. Una libra y media le pareció poco, pero acabó por acceder y Arledge le pagó. Miró a Florence con el jarrón entre las manos y dijo:

-Señorita Bonington, este vaso es un obsequio.

-Gracias, señor Arledge, pero no era necesario que...

-Por favor, ni una palabra más. Y ahora, sin excusa posible, serán tan amables de dejar que les invite a un refresco en aquel café. Tengo una mesa y también una limonada que hace un rato estaba verdaderamente fría. Por favor.

El doctor Bonington pareció dudar; pero Bayham se le anticipó.

-No tenemos intención de negarnos, señor Arledge. Con sumo gusto le acompañaremos.

-Alejandría es una ciudad muy hermosa -dijo Florence cuando ya se hubieron sentado-. Creo que podría quedarme a vivir aquí.

-Sería un tanto incómodo -dijo Arledge-. Hay demasiada mezcla de razas y eso es siempre

poco tranquilizador. Los distintos temperamentos chocan y los disturbios se suceden sin interrupción.

–Pero tenga en cuenta, señor Arledge -dijo Bayham-, que a partir de ahora, con la renuncia de Francia y el británico como único control, las cosas sin duda mejorarán.

–Quizá, pero de todas formas es una ciudad muy insegura. Añada usted a esta amalgama la cantidad de marinos de todas las nacionalidades que dan rienda suelta a sus bárbaros impulsos en esta urbe. Una ciudad portuaria, es doblemente peligrosa. Les aseguro que no me atrevería a estar donde estoy ahora a las nueve de la noche.

–Me parece que exagera un poco, señor Arledge, y además, está usted estropeándonos nuestros planes. Pensábamos dar una vuelta esta noche -dijo Florence-. Tengo entendido que la puesta de sol es todo un espectáculo.

–No era mi intención, pero creo mi deber advertirles del riesgo que ello encierra. La vigilancia no es del todo satisfactoria y cruzar la zona del puerto a esas horas es poco menos que un suicidio. Hay atracadores profesionales y todos los habitantes, en realidad, lo son en potencia. Ya lo ha visto con ese vendedor. Si hubiera tenido unos años menos nos habría despojado de todo lo que tenemos en lugar de tratar de arañar unos chelines con no demasiado énfasis.

–Sigo pensando que exagera, señor Arledge -dijo Bayham-. Hay algún peligro, sí, pero no es mayor que el de otras grandes ciudades.

–¿Londres, por ejemplo? – Londres, por ejemplo, no es una ciudad absolutamente segura.

–Nunca mejor dicho, señor Bayham. Tengo entendido que sufrió usted una agresión hace no mucho.

–Yo sigo pensando que, a pesar de todo, la ciudad es muy hermosa -le interrumpió Florence.

–Eso es innegable -respondió Arledge-. Pero no es óbice para que...

En aquel instante Arledge vio aparecer a Léonide Meffre, que iba directamente hacia la mesa que él, Bayham y los Bonington ocupaban. Otra vez interrumpió su frase, y se levantó al ver que lo hacían sus interlocutores.

–Hola, Meffre -dijo el padre de Florence estrechándole la mano-. Siéntese con nosotros.

Arledge no pudo reprimir una mueca de disgusto, pero no tuvo más remedio que hacer sitio para el poeta francés, que se sentó y dijo:

–Tengo un recado para usted, Arledge. Me encontré con sus amigos, no recuerdo su nombre... los que escriben canciones.

–Los Handl -apuntó Arledge con hosquedad.

–Exacto. El señor Handl no se encontraba muy bien después de tan larga caminata y él y su esposa han regresado al barco. Me pidieron que me acercara hasta donde usted estaba y que le transmitiera sus excusas.

–Se lo agradezco mucho, Meffre -dijo el novelista haciendo un esfuerzo para que el tono de su voz coincidiera con la frase. Y añadió-: Parece que Esmond nunca va a poder disfrutar de este crucero.

Se hizo un silencio y Meffre, algo incómodo, se apresuró a decir:

–Lamento haberles interrumpido. Sigán con su conversación, por favor.

El doctor Bonington se pasó una mano por la cabeza y dijo:

–Ya no recuerdo de qué hablábamos. Arledge aprovechó la ocasión.

–Charlábamos sobre un desagradable incidente que tuvo el señor Bayham en Londres hace unos meses.

El pianista pareció sentirse violento. El giro que Arledge había dado a la conversación le

había cogido desprevenido. Titubeó y dijo:

–Bueno, en realidad no puede decirse que fuera un desagradable incidente. Más bien se trató de un lance cuyas...

–Perdona que te interrumpa, Hugh -dijo de repente Florence-, pero ¿no es aquél -y señaló a un hombre que pasaba a cierta distancia del café- Lambert Littlefield? Apenas si se le ha visto por cubierta.

Todos miraron en la dirección que Florence Bonington había indicado y escrutaron durante unos segundos al hombre en cuestión.

–No, no es él -dijo Bayham-. Littlefield es más alto y más elegante.

–Es muy rico, ¿verdad?

–En efecto: millonario. Por eso escribe tanto. No tiene que hacer absolutamente nada para ganar las ingentes cantidades de dinero que diariamente se embolsa. Eso le deja libre todo el tiempo que necesite para escribir sus novelas.

–¿Ha leído alguno de ustedes su obra *Louisiana*?

–No -contestaron los cuatro hombres a coro.

–Es buena, pero demasiado truculenta. Da la sensación de que Nueva Orleans sólo está poblada por especuladores despiadados.

Arledge no pudo resistir la tentación de intervenir, a pesar de que, mientras hacía su observación, se daba cuenta de que su método resultaba torpe e inadecuado.

–Tal vez Nueva Orleans sea aún más peligrosa que Londres o Alejandría.

–Es muy posible -dijo Meffre-. Un amigo mío estuvo allí tres meses y le atacaron cuatro veces.

–¿A usted le atacaron en Londres, señor Bayham? – dijo Arledge rápidamente.

–No -respondió Bayham.

–¿Qué le sucedió entonces? – volvió a insistir el novelista inglés. Se dio cuenta, de nuevo, de que su interés era demasiado evidente. No acababa de comprender a qué se debía su impaciencia y su falta de tacto, y por su cabeza cruzó, fugazmente, la idea insólita -e inmediatamente desechada- de que tal vez no deseaba llegar a saber nunca los pormenores de aquel argumento, de que quizá lo que en verdad quería era no llegar a desentrañar nunca aquel misterio y poder observarlo siempre en su primer e insatisfactorio estado. Iba a añadir, sin embargo, algo a su pregunta con el objeto de hacerla más casual cuando el doctor Bonington habló.

–Yo fui atacado una vez en Leyden.

Arledge, nervioso y exasperado, se irguió en su silla, dispuesto a no permitir que el hilo de la conversación se perdiera de nuevo. Tal vez se había precipitado al interrogar tan directa e insistentemente a Bayham cuando apenas si le conocía, pero seguramente, pensó, había actuado de forma tan insensata al comprobar con desilusión que el doctor Bonington no respondía en absoluto a las características del caballero del coche. Ello le habría irritado y ahora no iba a dejar que aquél echara a perder definitivamente sus impulsivos avances. Pero no pudo evitarlo. El doctor Bonington empezó a contar, con tono evocador, anécdotas de su vida estudiantil en Leyden que versaban sobre gran cantidad de temas, todos igualmente insípidos: una cantante de cabaret, un misterioso estudiante algo mayor que él cuya familia había ido desapareciendo de forma inquietante (cada miembro había sido visto por última vez el 6 de abril de cuatro años consecutivos), un profesor que había sido acusado de asesinato, un relojero que coleccionaba manos, un amor adolescente y otras mentiras. Arledge pensaba que nunca tendría la oportunidad de sonsacar a Bayham con calma y discreción y, mudo, observaba con rencor al doctor Bonington,

que le aburría lo indecible con aquel relato acerca de las estúpidas andanzas de un frívolo y vulgar estudiante de medicina y que no parecía dispuesto a terminar nunca. Al parecer tampoco a Léonide Meffre le divertían las historias del padre de Florence, porque -como casi siempre: incorrecto- le interrumpió para pedir más cerveza a un camarero, si bien se disculpó al instante y le rogó que continuara.

Pero el doctor Bonington parecía haberse dado cuenta de lo que ocurría.

–No se preocupe, querido Meffre. Mi charla no es agradable ni delicada y debo de estarles aburriendo. Además, si queremos almorzar en el barco hemos de emprender el regreso ahora mismo. Se ha hecho muy tarde; será mejor que anule la cerveza.

Meffre así lo hizo, y Bayham, a pesar de las protestas de Arledge y Bonington, pagó; y todos, de no muy buen humor, por cierto, se encaminaron hacia el muelle. Meffre se puso junto a Florence y su padre, que iban delante, y Arledge se emparejó con Bayham. Caminaban en silencio, algo incomodados y sin saber qué decir; Arledge se repetía una y otra vez que aquella era la ocasión propicia para interrogarle sin testigos acerca de lo sucedido en Escocia, pero los fallidos avances que había hecho durante la conversación en el café retenían involuntariamente sus palabras. Por fin, casi sin darse cuenta de que lo hacía, dijo:

–No acabó usted de contarme su aventura, señor Bayham. ¿Sería demasiado pedir que lo hiciera ahora?

Bayham se paró en seco. – ¿Por qué tiene tanto interés, señor Arledge? Dígame.

–Simple curiosidad.

–¿Simple curiosidad? Me parece que es algo más. Ha insistido sobre este punto durante todo el rato que hemos estado ahí sentados. Creí que se habría dado cuenta de que no me gusta hablar de ese asunto. Confiaba más en su perspicacia.

Aquella contestación tan directa desconcertó a Arledge, que no supo qué decir.

–Me he dado cuenta -dijo al cabo de unos segundos- de que ni el doctor Bonington ni su hija querían hablar de ello, no de que usted no quisiera hacerlo. Cada vez que usted iba a empezar a contar lo que sucedido, ellos le cortaban.

–Estimado señor Arledge, si ellos me cortaban es porque saben que no me gusta hablar de ello. Lo hicieron con el fin de evitarme lo que usted, con cierta falta de tacto, debo decirlo, me está obligando a hacer ahora: darle una negativa clara y rotunda. No deseo hablar de aquel episodio, si a usted no le molesta.

Arledge pareció abochornado y su rostro se tornó púrpura; miró hacia otro y echó a andar. Bayham también lo hizo. Este, por su parte, pensaba si sus palabras no habrían sido demasiado duras.

–¿Cómo se enteró de mi aventura? – preguntó ya en otro tono, más afable-¿Por la prensa? La noticia que dieron los periódicos carecía de interés.

–Lo supe por Handl -respondió Arledge.

–¿Por Handl? Entonces no veo el porqué de tanta curiosidad. Handl fue la primera persona que escuchó mi relato; la única que lo escuchó de mis propios labios, junto con su esposa y... Debe de saberlo usted todo.

–Supongo que sí -admitió Arledge muy avergonzado-. Me temo que todo esto haya sido innecesario, sobre todo cuando ha hecho que nuestras relaciones sean, desde tan pronto, frágiles y difíciles. Creo que le debo una explicación. Le ruego que acepte mis disculpas.

–Por favor, señor Arledge, no se lo tome usted así. Una vez aclaradas las cosas, el asunto no tiene ninguna importancia. Quizá yo debería haber sido más claro y tajante en el café. Así nos

habríamos ahorrado esta ridícula escena. Comprendo que exagero un poco, pero no me gusta hablar de aquello. Me trae a la memoria discusiones de mal gusto que deseo olvidar para siempre.

—Por favor, no es necesario que justifique su postura. Lamento haberme comportado de manera tan estúpida. Le aseguro que no volveré a tocar el tema y le ruego que acepte mis más sinceras excusas y que crea en mi total arrepentimiento.

—Yo también lamento haber estado tan brusco, sobre todo tratándose de usted, una persona a la que admiro profundamente. Hasta cierto punto, señor Arledge, me halaga que se preocupe por algo relacionado conmigo. Mirándolo desde otro punto de vista, es todo un detalle por su parte.

—Gracias, señor Bayham. Le agradezco a mucho esas palabras. Es usted todo un caballero.

—De ello me precio.

Apretaron el paso y alcanzaron, ya junto al puerto, a los Bonington y a Léonide Meffre. Seguían hablando de Leyden o de *Louisiana*. Las sensaciones de Arledge eran muy confusas.

La última noche de Alejandría fue lúgubre. Los pasajeros, conscientes de que habían terminado las vacaciones -por llamarlo de alguna manera aproximada- que la dilatada estancia en la ciudad egipcia había supuesto y de que, precisamente por haberse producido por causas ajenas a su voluntad, no hallarían continuación, se agruparon taciturnos y cabizbajos en el salón. Los únicos que conservaban cierta alegría cansina eran aquellos pasajeros para los que el final del viaje no estaba demasiado lejos: en Tánger; pero el resto de los expedicionarios, entre los que se encontraban Bayham, los Handl, Florence y el doctor Bonington, Kerrigan, Meffre y Victor Arledge, empezaron a advertir lo efímero de sus propósitos, condenados al fracaso desde mucho tiempo antes, y a desear veladamente que el *Tallahassee* sufriera una avería de tal calibre que la realización de la ambiciosa empresa resultara imposible. Es más que probable que si los descontentos y las dudas hubieran sido expresados aquella noche por uno solo de los pasajeros la totalidad de ellos habría exigido un inmediato cambio de rumbo hacia Marsella; pero todos, inseguros acerca de los sentimientos de los demás, acallaron sus quejas, y al día siguiente el velero zarpó de nuevo dejando tras de sí no sólo el lugar que aquellos hombres y mujeres, en aquellas circunstancias, habían llegado a adorar, sino también los únicos alicientes que el crucero le había ofrecido a Victor Arledge: la muerte del contraestre Collins y la posibilidad de averiguar algún día el verdadero significado de las inauditas jornadas de Hugh Everett Bayham. El coche, los secuestradores, la música, la casa junto al mar, el encierro y los celos y rencores de las tres hermanas no tendrían ya explicación.

Durante seis días el *Tallahassee* navegó rápidamente y tranquilo, siempre junto a las costas del norte de África, sin que surgieran nuevos incidentes a bordo. Aparte del desencanto que había invadido el espíritu de los expedicionarios, sabedores de que el final de la primera etapa se avecinaba, el calor aplastante les restaba fuerzas para imponer sus por entonces vaguísimos deseos en lo que a nuevas escalas y a la administración interna del barco se refería. Las señoras dejaban caer sus abanicos sobre el piso al ser vencidas por el sueño; los hombres se encerraban en sus camarotes o, sin chaqueta y con los botones del chaleco desabrochados, jugaban partidas de naipes o ajedrez; la iracunda tripulación había aplacado sus ánimos y empleaba sus abundantes ratos de ocio en entonar baladas y canciones obscenas que se convertían, al cabo de unas horas, en un murmullo continuo, adormecedor e inofensivo; los investigadores, rechazados por el resto del pasaje desde un principio, se esforzaban por realizar cálculos que dieran algún sentido a su estancia en el velero: enclaustrados en la cabina de Seebom, el bochorno los desconcertaba; Kerrigan, habiendo dejado sus obligaciones en manos de algún inferior negligente, lamentaba las muertes de tres poneys de Manchuria y, desconsolado y abatido, bebía licores sin parar sentado en

un taburete de lo que había dado en llamar pestilente burdel y que no era otra cosa que el bar del salón de fumadores.

Hasta que una noche, mientras el *Tallahassee* se alejaba de los muelles tunecinos y cuando la mayoría de los que una vez habían deseado ser aventureros estaba reunida en el salón, ya con las luces encendidas, Lederer Tourneur, al mirar los titulares de un periódico que acababa de traerle un camarero y exclamar:

–¡Qué barbaridad! – consiguió que la animación volviera a reinar en el velero.

–¿Qué sucede? – preguntó Amanda Cook, la violonchelista, visiblemente alarmada por el comentario rotundo y desaprobatorio del cuentista inglés.

Tourneur no le hizo caso y procedió a leer para sí la noticia, con detenimiento y haciendo aspavientos de incredulidad, mientras ella, inquieta y nerviosa como de costumbre, dirigía su mirada hacia los demás en busca de una respuesta que evidentemente sólo Tourneur podía darle.

–Parece que el señor Tourneur ha descubierto algo -susurró Léonide Meffre al oído de Amanda Cook, pero en voz no lo suficientemente baja como para que los demás no escucharan también su desafortunada e incorrecta observación.

–¡Es terrible, terrible, sin duda alguna! – murmura Tourneur mientras sus ojos recorrían rápidamente las columnas de la primera página-. ¿Dónde van a ir a parar?

–Perdone que interrumpa su lectura, señor Tourneur -dijo entonces Lambert Littlefield, el rico y célebre autor de *Louisiana*, único americano a bordo aparte de Kerrigan y Marjorie Tourneur-, pero nos gustaría saber qué ha sucedido para que su voz se altere de ese modo.

Tourneur levantó la vista del periódico y miró a la concurrencia expectante. Algunos jugadores, entre ellos Bayham y el señor Bonington, que estaban en una mesa vecina a los sofás que ocupaba el grupo de Littlefield y Tourneur, habían suspendido su partida para acercarse al círculo, atraídos por las exclamaciones de éste, que contestó con gravedad:

–Raisuli, señores, ha secuestrado a otro hombre y a un niño.

–¿Raisuli? – repitió Florence Bonington-. ¿Quién es Raisuli?

–¿No leyó usted la prensa de hace un mes? – preguntó Meffre con impaciencia-.

Entonces secuestró a Walter Harris, el corresponsal del *London Times*. Se estaba tramitando su rescate cuando secuestra a otras dos personas. ¡Es inaudito!

–Nunca leo la prensa -observó Florence-. ¿Quién es Raisuli?

–¿A quién ha secuestrado esta vez? – preguntó Meffre a su vez, tratando de hacerse notar.

–A un ciudadano norteamericano y a su hijastro -respondió Tourneur-. Atienda, señor Littlefield: se llama Ion Perdicaris. ¿Sabe usted algo acerca de él?

–Es la primera vez que escucho tan extravagante nombre. ¿No da ningún dato el periódico?

–Tan sólo dice que son ciudadanos americanos. Ahora tienen ustedes el mismo problema que nosotros, ¿eh, señor Littlefield?

–Me temo que mi gobierno pedirá al suyo que se encargue de rescatarlos. Si hay alguna representación, digamos semioficial, de Occidente en Marruecos, esa es la británica.

–Ah -intervino Esmond Handl-, lamento recordarle que dentro de unos días habrá una cesión de poderes a Francia por parte de Inglaterra a cambio de total libertad de acción en Egipto. Su gobierno tendrá que pagar, y el suyo, Meffre, será el encargado de llevar a buen término las negociaciones.

–No opino lo mismo -dijo Meffre entonces-. El secuestro se ha efectuado ahora y no dentro de unos días, y es por tanto asunto que incumbe a las autoridades británicas. En Marruecos hace falta mano dura y Francia la empleará. Dentro de unos días, como usted dice, las cosas habrán

mejorado notablemente y se habrá puesto un punto final a los desmanes.

–¿Dónde han sido secuestrados... Perdicarius dijo usted que se llamaban? – inquirió Littlefield. –

–En Tánger y a la luz del día -respondió Tourneur-. Es una vergüenza. Y llevarse a un niño es abominable.

–Por favor -dijo Florence Bonington-, voy enterándome de lo sucedido, pero ¿sería alguno de ustedes tan amable de decirme quién es Raisuli? Lamento ser tan ignorante.

–Tampoco yo lo sé, querida -dijo Marjorie Tourneur poniéndole una mano sobre el brazo cariñosamente.

Víctor Arledge vio que Bayham se disponía a satisfacer el interés de la señorita Bonington y se le anticipó:

–Ahmed Ben Mohammed Raisuli es un jefe local bereber: un caudillo. El pueblo está molesto porque el sultán Abdul Aziz intenta introducir normas europeas en el país. Las tribus bereberes, ante esto, se han rebelado aprovechándose del descontento de la población, que les da ayuda y esconde cuando lo necesitan. Tienen sus campamentos junto a la frontera con Argelia. Raisuli secuestró a Walter Harris y pide por él una suma de dinero elevadísima. Supongo que ahora hará lo mismo con Perdicarius.

–Se olvida usted de algo, señor Arledge -dijo Meffre-. Con ese dinero piensan comprar armas.

–¿Armas? ¿Acaso piensan en una verdadera revolución? – preguntó Amanda Cook.

–En una insurrección -dijo Littlefield. –

–Pero eso dañaría nuestros intereses, ¿no es cierto?

–En efecto. El momento es crítico. – Una buena medida sería la de evacuar a la población civil europea -apuntó Handl.

–¿Cree usted que el peligro es tan grande? – preguntó Florence-. ¿Tan inminente?

–Nunca se sabe, señorita Bonington. Si la vida de esos dos hombres y ese niño sólo puede salvarse pagando la suma que piden, es más que posible que los bereberes intenten tornar Melilla con las armas que consigan con ese dinero y eso ya sería un problema de grave solución.

–Que no paguen entonces -dijo Meffre

–Esa es una cuestión muy delicada -intervino Bayham-. Las vidas de tres personas inocentes están en juego. No debería usted hablar tan a la ligera.

–Quisiera saber... -empezó Clara Handl.

–No hablo a la ligera, señor Bayham, téngalo en cuenta. No suelo hacerlo.

–Es una gran verdad -apuntó Arledge.

–Quisiera saber si no correremos ningún peligro.

–Su ironía, señor Arledge, está fuera de lugar.

–No había ironía en mi observación, señor Meffre. Usted nunca habla a la ligera, aunque, tal vez para contradecirme, acabe de hacerlo.

–Arledge, le advierto que no pienso consentir sus impertinencias un minuto más.

–Señor mío, el único que está resultando impertinente es usted. Yo me he limitado a corroborar una afirmación suya. ¿Qué más desea?

–Yo hablaba con el señor Bayham, no con usted. Intervenir en una conversación privada es una impertinencia.

–¿Una conversación privada con una docena de personas a su alrededor? Voy a empezar a pensar que el señor Bayham tenía razón. No debe usted hablar con ligereza, señor Meffre, pero, sobre todo, creo que debe aprender a hacerlo con propiedad.

—¡Me insulta usted!

—No es mi intención. Le aseguro que si lo fuera ya se habría sonrojado.

—Caballeros, por favor, tengan moderación -dijo Littlefield-. Hablábamos de algo serio.

—Cierto: de tres vidas -comentó Arledge, que gustaba de decir siempre la última palabra de una discusión.

Miró hacia Hugh Everett Bayham, que le sonrió con complicidad y agradecimiento. Mientras el doctor Bonington lanzaba denuestos contra Raisuli con el fin de acabar con la tensión que se había extendido por toda la habitación, Littlefield, Tourneur y Handl atacaban la excesiva cautela del sultán, sin cuyo consentimiento las tropas británicas no podían dar un escarmiento a los rebeldes. Arledge pensó que gracias a la ridícula aunque bien fundada susceptibilidad de Léonide Meffre, Bayham y él habían establecido un contacto que sin duda los haría íntimos amigos: el que provocan las alianzas tácitas y las impunidades compartidas. Sus esperanzas de averiguar algún día lo sucedido en Escocia, que se habían desvanecido (pensó asimismo en aquel momento: en realidad sin fuerte oposición) cuando abandonaron Alejandría, volvieron a aparecer con intensidad cuando se alejaban de Túnez.

El *Tallahassee* surcaba las aguas y desde la orilla se divisaban sus resplandecientes luces.

En aquel velero nada era previsible, y así, por muy irrevocable que pareciera una decisión o por muy condenable que resultara una conducta, las cosas, merced a una simple insinuación de otras sendas más halagüeñas, se encontraban con la capacidad (siempre inadvertida y nunca tenida en cuenta por sus beneficiarios en los momentos difíciles, pese a sus abundantes demostraciones) de presentarse ante los ojos de los pasajeros, tras haberlos desalentado poco antes, tan prometedoras como el día en que el *Tallahassee* había zarpado de Marsella. Cuando esta capacidad hizo una nueva demostración de fuerza y de poderío sirviéndose de la primera plana de un periódico, la alegría y los endeble ímpetus volvieron a apoderarse del ánimo de los viajeros, muy en especial del novelista Víctor Arledge. ¿Fue tal vez aquella potente energía que flotaba sobre el *Tallahassee* -incapaz, sin embargo, de llevar una vida duradera: minada por los altibajos-, o fue quizá el deseo de poner fin a la tensión que los continuos cambios de propósito y el no saber a qué atenerse provocaban en él lo que hizo que Víctor Arledge tomara la inusitada decisión de dejar de lado temores, cortesía, prevenciones y cautelas para poner en juego su reputación en el empeño -su importancia inicial ya rebasada y ya entonces desmedida- de averiguar por qué Hugh Everett Bayham había sido secuestrado y llevado a Escocia y cuál era la identidad de la joven que le había otorgado sus encantos? Nunca logró saberse; y mucho importaría saberlo cuando tal decisión trajo como consecuencia la desaparición del gran escritor; su reclusión, su abandono, su renuncia y finalmente su muerte en circunstancias quizá no del todo desdichadas pero que probablemente ningún creador, es decir, ninguna persona que aspire a la inmortalidad, habría deseado.»

LIBRO CUARTO

Mientras observaba los dibujos de la alfombra, aguardando a que el señor Branshaw continuara tras tan larga pausa, oí el ruido que hacía el libro al cerrarse, y al levantar la cabeza algo sobresaltado por el golpe, que no esperaba, vi que la señorita Bunnage, con gran diligencia y como si corroborara con su actitud que el fin de la lectura había llegado, ponía el capuchón a su pluma y guardaba con cuidado y aplicación las hojas sobre las que, casi ininterrumpidamente desde que el señor Branshaw había empezado a leer, ella había garabateado sus impresiones sobre *La travesía del horizonte*, o cosa parecida, puesto que a pesar de que en más de una

oportunidad el roce de la pluma con el papel me había distraído e inducido a tratar de descifrar a distancia los apuntes de la señorita Bunnage, su menuda y abigarrada letra, al menos desde la posición en que yo me encontraba, era ilegible, y por tanto, aunque lo imaginaba, desconocía el contenido de su constante tarea. He de admitir, aunque mi gesto pueda resultar pueril e indicar que mis dotes de observación son nulas, que durante unos segundos no supe a qué atenerme: lo que hasta entonces había leído el señor Holden Branshaw, aunque hubiera ocupado toda la mañana en ello, no era demasiado extenso -yo calculaba menos de ochenta páginas, insuficientes para constituir por sí solas toda una novela: por corta que fuera, a juzgar por el grosor del original, *La travesía del horizonte*-, pero al mismo tiempo pensaba que el tono del último párrafo podía muy bien responder al de un final abierto, sin verdadero desenlace, y puesto que nuestro anfitrión había señalado la noche anterior que su amigo no había llegado a establecer con exactitud las causas que habían motivado la retirada de Víctor Arledge, dudaba entre emitir una opinión o preguntar cuántos capítulos quedaban todavía. Y cuando me decidí a hablar, más que nada para romper el embarazoso silencio que tanto la señorita Bunnage, ocupada en recoger sus instrumentos de trabajo, como Branshaw, que nos miraba impertérrito y a la espera de algún comentario, habían provocado, sólo se me ocurrió decir, en cierto modo también para contentar al dueño de la casa, cuya impaciencia yo adivinaba al verle repiquetear con los dedos sobre la cubierta del libro, que la novela era más que interesante aunque a veces el relato resultara un poco premioso y a pesar de que las partes dialogadas fueran muy inferiores a las otras. Al oír esto Branshaw pareció incomodarse y, todavía durante unos segundos, guardó silencio. Esto me hizo temer que cuando hablara sería para echarnos de allí sin más contemplaciones, tan hostil fue la expresión que adquirió su rostro ante mi inocente observación, que yo creía un elogio. Pero cuando por fin rompió su mutismo fue para exponer sus deseos de proseguir la lectura en otro momento, quizá a la mañana siguiente, ya que, según manifestó, por un lado se encontraba demasiado fatigado para continuar leyendo en voz alta con claridad -lo cual era imprescindible- después del almuerzo, y por otro tenía compromisos ineludibles durante la tarde, concertados muchos días antes de que la idea que nos había reunido en su casa hubiera surgido. La señorita Bunnage, más perspicaz que yo (en aquel instante me di cuenta de que si había actuado con tanta decisión cuando Branshaw cerró el libro era porque había adivinado en el acto que el gesto de éste significaba un descanso y no un punto final), se precipitó hacia la salida sin titubeos y, después de dar las gracias al señor Branshaw y despedirse de él hasta el día siguiente, insinuó que lo correcto por mi parte sería acompañarla hasta su casa, a lo cual yo respondí, temo que con cierto rubor en las mejillas, que lo haría con mucho gusto.

Salimos a la calle y echamos a andar; ella, vivaracha y con paso ligero, parecía tal vez un poner de Manchuria que trotaba; yo, aún no del todo satisfecho por las derivaciones que mi fiesta estaba teniendo, me limitaba a ofrecerle el brazo.

Cuando llegamos a su casa (un edificio bajo de fachada blanca, puertas y contraventanas verdes, aspecto agradable y anticuada sencillez) y yo ya me disponía a despedirme, ella me invitó a almorzar; y ante mi negativa inicial insistió tanto que tuve que aceptar, muy a regañadientes. Al parecer, vivía sola con una criada entrada en años que salió a recibirnos refunfuñando, y su fortuna, a todas luces heredada, debía de ser considerable a juzgar por los cuadros que adornaban las paredes y por la calidad de los muebles. La señorita Bunnage me introdujo en un espacioso comedor y me preguntó si deseaba algún aperitivo. Salió de la habitación en su busca -aunque volvía a tener mucha hambre y en absoluto quería avivarla preferí evitar el riesgo de tener que soportar un nuevo despliegue de ruegos e insistencias- y luego, mientras yo bebía una copa de

sack a pequeños sorbos, ella y la criada pusieron mesa para dos.

El primer plato dejó mucho que desear, y los prolongados silencios que se sucedieron entre las múltiples, distanciadas y aburridas indagaciones que la señorita Bunnage pretendía hacer sobre mi persona fueron intolerables; pero ya en el segundo plato, advertido de que la situación no podría cambiar a menos que yo lo quisiera, y reacio a permitir la aparición de violencias excesivas y superfluas, toqué el para mí carente de interés tema de *La travesía del horizonte* con la esperanza de que por lo menos la sonrisa de la señorita Bunnage, que había desaparecido para ceder su puesto a un mohín continuo de decepción mal llevada, retornara. Pero en contra de lo que yo suponía, al escuchar de mis labios el título de la obra en cuestión, la señorita Bunnage dio un respingo y su rostro se tornó grave. Yo, sorprendido por su reacción, dejé de hablar durante unos segundos para darle tiempo a que se repusiera, y cuando ya se hubo serenado con la ayuda de su servilleta -que había ocultado su alterada faz mientras procuraba sosegar-, volví a insistir sobre el tema, no con el deseo de que volviera a pasar un mal rato -nada más lejos de mis intenciones- sino con el fin de que no se diera cuenta de que yo había advertido que su turbación se había debido a la mención de la novela del amigo muerto de! señor Branshaw. Y en efecto, así fue: esta vez la señorita Bunnage, sabedora de mis intereses y preparada para cualquier eventualidad, sonrió ante mi pregunta -¿sabe usted si realmente Víctor Arledge emprendió el viaje que narra el manuscrito de Branshaw y si existieron los demás personajes?-, tomó un bocado de carne, volvió a sonreír enigmáticamente y dijo:

-Piensa que la historia es disparatada, ¿verdad? Bueno, en cierto modo lo es. Pero he de advertirle que de momento no puedo decirle mucho acerca de este asunto; y lo siento de veras, porque creo que usted y yo ya somos como compañeros de armas o de viaje, y por tanto me parece justo que sepa la verdad. Pero no hoy; mañana tal vez, cuando el señor Branshaw haya dado por finalizada su lectura. Verá, si ahora contestara a su pregunta tendría la impresión de estarme comportando como uno de esos escritores que dejan leer sus novelas antes de que estén terminadas, y eso no me gustaría: demostraría que soy muy impaciente y que no sé callar en los momentos adecuados. Hay que saber prolongar la incertidumbre. Le ruego que me disculpe y le prometo que mañana le daré una respuesta convincente y satisfactoria, que seguramente le sorprenderá.

He de recalcar que si había hecho aquella pregunta no había sido en aras de recibir una contestación que sanase mi curiosidad, pues tal no existía, y por ello no dejó de intrigarme la incomprensible parrafada de la señorita Bunnage, que por un lado no me aclaraba si los hechos de *La travesía del horizonte* eran verídicos -ya que lo había preguntado, ¿por qué no saberlo?- y por otro, sin que yo me lo hubiera propuesto, abría incógnitas en mi mente que tal vez no en aquel instante, pero sí en algún otro momento dado -en el que no hallara nada mejor o más interesante para objeto de mis pensamientos-, me podrían resultar molestas. Pienso que mi sorpresa fue visible y que la señorita Bunnage, quizá adivinando mi incipiente y desconcertado interés, gozó con ello, por lo que lejos de intentar hacer más averiguaciones, me limité a decir:

-No faltaba más.

El resto de la comida discurrió sin variaciones palpables y la charla fue trivial, pero cuando, ya tarde, abandoné la casa de la señorita Bunnage, la opinión que en un principio me había formado de ella había cambiado notablemente. Ahora, no puedo evitarlo, la recuerdo con más que cariño, y aunque sólo la vi dos veces en mi vida, su frágil figura, que ella trataba de investir con atributos ingenuamente misteriosos sin lograr con ello disimular su buen carácter, tiene un muy especial significado para mí que no acierto a concretar. No habíamos vuelto a mencionar la novela

del amigo del señor Branshaw, pero, superada la tensa situación de las primicias del almuerzo, habíamos encontrado múltiples temas, banales pero entretenidos, de qué hablar, y el tiempo había pasado rápidamente mientras tomábamos té o mirábamos el atardecer. Durante aquellas tres o cuatro horas que pasé en Finsbury Road descubrí que aquella damita indefinida y seguramente otoñal era mucho más inteligente de lo que había supuesto en un principio, y fue tal vez esta nueva apreciación lo que hizo que mi interés por *La travesía del horizonte*, primero pasivo y más tarde indolente, se hiciera -más que nada, me temo, como un tributo a la simpatía y a la admiración que poco a poco me fueron provocando las opiniones de la señorita Bunnage- muy agudo y tentador; tanto que, al despedirme de ella hasta la mañana siguiente, estuve a punto de recordarle la promesa que me había hecho: me pareció indelicado y callé, quedando así a merced de sus deseos, de su capricho, de sus sentimientos, de su voluntad y del azar.

El señor Branshaw me recibió con su cortesía característica que nada tenía de cordial y me rogó que le acompañara en la bebida mientras aguardábamos la llegada de la señorita Bunnage, que ya se retrasaba. Durante la espera el señor Branshaw y yo nos limitamos a beber vino italiano y a cruzar frases anodinas. Su falta de vitalidad me hacía preguntarme qué habría tenido de especial su amigo para que a su muerte Branshaw se hubiera erigido en proclamador de las excelencias de su única obra y hubiera asumido un papel para el que, en teoría, se requería un entusiasmo del que él carecía en absoluto: a medio camino entre el albacea y el biógrafo, el señor Branshaw no reunía los requisitos necesarios para adoptar ninguna de las dos posturas, y por otro lado, si bien no rebosaba de felicidad por el hecho de tener que leer a dos extraños lo que él consideraba la más importante novela de los últimos tiempos, tampoco, sin lugar a dudas, se lamentaba por tener que hacerlo. Si aquella frialdad era realidad, apariencia o adquisición yo no lo sabía, y en otras circunstancias habría dicho que poco me interesaba, pero aquel día, tal vez como continuación del homenaje que con mi curiosidad acerca de *La travesía del horizonte* le había rendido a la señorita Bunnage, saber el porqué de su conducta me resultaba imprescindible. Enemigo de las indagaciones, no preferí callar, sin embargo, una vez más, y, ya con cierta impaciencia, confiar en los conocimientos de la señorita Bunnage sobre la materia y en que su decisión de la tarde anterior fuera irrevocable.

El señor Branshaw, sentado en un butacón con la novela entre sus manos, carraspeaba, inquieto por la tardanza de la señorita Bunnage, y cuando ya habían transcurrido veinte minutos desde la hora de la cita, me propuso reanudar la lectura sin más dilaciones, alegando que no podía perder más tiempo con aquella historia y que si la señorita Bunnage no había acudido sería porque su interés habría decaído hasta el punto de no desear conocer el desenlace del libro. Yo insinué que aquello no era posible y le rogué que aguardara todavía diez minutos más. Accedió, pero todo fue en vano: la damita no llegó, y entonces, trastornado por el nerviosismo y el temor, me atreví a pedirle un nuevo aplazamiento que me permitiera -su teléfono no contestaba- ir hasta la casa de la señorita Bunnage para ver qué había sucedido y regresar con ella, si no había impedimentos, tan pronto como me fuera posible. Pero el señor Branshaw parecía estar harto de nosotros: hizo una levisima alusión al comentario que yo había hecho acerca de la novela el día anterior y mostró su descontento por la informalidad y la inconstancia de la señorita Bunnage, para añadir con tono de reproche:

—Señor mío, no puedo negar que cuando vi el entusiasmo y la emoción que suscitaba la existencia de la novela de mi amigo en el ánimo de la señorita Bunnage no pude por menos de sentirme halagado, tan esencial en mi vida resulta la aclamación de esta obra; y si bien mis intenciones eran las de mantener secreto su contenido hasta que fuera publicada, pensé que, por un

lado, bien valía la pena dar una satisfacción a tan alta autoridad en Víctor Arledge como es la señorita Bunnage, y que, por otro, el que ella tuviera conocimiento del texto y lo aprobara serviría de punto de base para su lanzamiento. Por ello, y teniendo que hacer pese a todo un gran sacrificio para tomar tal decisión, acepté lo que ella me proponía. Usted, como ya se habrá imaginado (lamentaría decepcionarle ahora), fue invitado por no violar las más elementales reglas de educación. Pero ahora me doy cuenta de que cometí un grave error. Me temo, como ya le he dicho antes, que la señorita Bunnage encontró también el relato un poco premioso y los diálogos sin calidad y decidió que no valía la pena venir aquí esta mañana, lo cual, sin duda, va a dañar a *La travesía del horizonte* hasta límites imprevisibles. No intente contradecirme, por favor. No hay ninguna otra explicación plausible, y sobre todo no deseo prolongar durante un día más -quién sabe si inútilmente- esta situación, que me es en verdad dolorosa. No obstante suelo presumir de hombre justo, y aprecio su... digamos relativo interés por una cuestión que hasta ahora no le había preocupado. Por ello, y para acabar de una vez, voy a leerle el resto de la novela. Creo que si usted se ha tomado la molestia de venir hoy y de venir ayer aquí es por algo más que simple deferencia, y merece ser correspondido. Le ruego que no diga ni una palabra más y se limite a escuchar, si no lo considera una pérdida de tiempo.

Intimidado por su discurso, sumiso y afectado, asentí con la cabeza en señal de agradecimiento y, todavía alterado por la inexplicable ausencia de la señorita Bunnage, me acomodé en el sillón, algo abrumado, algo abochornado, pero al mismo tiempo lleno de ilusión. Holden Branshaw abrió el ejemplar, anunció el libro segundo y me miró en busca de una confirmación. Yo sonreí y murmuré que estaba dispuesto, pero antes de que terminara mi frase él ya había proseguido la lectura de *La travesía del horizonte*:

«El capitán J D Kerrigan, que había relegado su autoridad a bordo del *Tallahassee* en provecho del capitán Eustace Seebohm, inglés, a fin de evitar dificultades de tipo burocrático, fue tal vez la única persona del velero que no cambió de actitud después de la noticia del secuestro de Ion Perdicaris y su hijastro. Si antes de saberlo Kerrigan había bebido sin moderación y había lamentado la muerte de tres poneys de Manchuria, después de saberlo incrementó las dosis de alcohol hasta el punto de que las reservas de whisky que con propósitos eminentemente medicinales los expertos y los investigadores habían almacenado en las bodegas del *Tallahassee* se vieron reducidas a lo justo, y tuvo que lamentar la muerte de cuatro poneys más. Ello no quiere decir, evidentemente, que la desaparición de los Perdicaris le afectara en especial, sino que su estado de tristeza y desconsuelo se hacía cada vez más grave y patente y que su dejadez y su pesadumbre iban aumentando y haciéndose más inmediatas de día en día. Para aquellos que le conocían bien -dentro de lo que era posible cuando tal término se aplicaba al capitán J D Kerrigan- su descomposición les era poco menos que familiar y sabían que la única solución consistía en dejarle marchar a donde quisiera ir. Y ello fue lo que provocó nuevos trastornos a bordo, que, tal vez de no haberse tratado de Kerrigan, habrían también divertido a Víctor Arledge y le habrían ayudado a levantar definitivamente sus ánimos.

El capitán Seebohm, hombre de bastante buen carácter y mucha experiencia, tomó la crisis de Kerrigan, en un principio, como simples devaneos lógicos en un marino. Esta errada consideración, que tal vez se vio inducido a aceptar como cierta por culpa precisamente de su mucha experiencia y de su carácter tolerante, fue lo que hizo que el mismo Seebohm montara en cólera cuando los deslices de Kerrigan adquirieron mayores proporciones y su presencia en el barco se convirtió en un hecho inadmisibile para los pasajeros y su conducta en un pésimo ejemplo para la tripulación. El censurable comportamiento de Kerrigan alcanzó su más alta cota dos días

después de que el *Tallahassee* tuviera conocimiento de la nueva fechoría de Raisuli, cuando, habiéndose confinado en su camarote durante más de veinticuatro horas con cinco botellas de whisky, se decidió a abandonar su encierro para ir en busca de más bebida, y al encontrar las puertas de la bodega cerradas con llave por orden de Seebohm y a una pareja de marineros valentones custodiando el cerrojo y sordos a sus mandatos y a sus improperios, se encaminó vociferando, con paso tambaleante que intentaba ser decidido, hacia los dominios de su superior: y en su alocada carrera tropezó con los pies de Amanda Cook, que estaba semiechada sobre una hamaca, y cayó al suelo; la violonchelista, asustada y solícita, se levantó inmediatamente y le ofreció su mano para que se incorporara al tiempo que le pedía mil excusas. Kerrigan, soliviantado e iracundo, se levantó, cogió a Amanda Cook por la cintura, la elevó por encima de su cabeza y la lanzó por la borda ante el desconcierto -pues en aquellos momentos más se trataba de eso que de otros sentimientos más loables- del resto de los pasajeros que se encontraban en aquella zona de la cubierta. Varios marinos se tiraron al agua tras ella, pero Kerrigan, como si con su impulsiva e impremeditada acción hubiera hallado la solución que le habría de permitir abrir las puertas de la bodega, se precipitó hacia Florence Bonington, atónita entre la hamaca que había dejado vacía Amanda Cook y la que ocupaba en aquellos instantes Hugh Everett Bayham, la tomó en sus brazos, la levantó como si se tratara de una pesa menor y, manteniéndola en el aire, amenazó con hacerle correr la misma suerte que la violonchelista si no se le daba acceso inmediato a la bodega y a su contenido. Sorprendido por el griterío que Kerrigan había provocado al tirar por la borda a Amanda Cook, el resto del pasaje, hasta aquel momento disperso por las demás zonas del navío, se había concentrado ante Kerrigan; entre otros, el capitán Seebohm y Víctor Arledge, que observaban boquiabiertos la imagen que ofrecían la señorita Bonington izada y el segundo de a bordo enajenado. Éste estaba de espaldas a la barandilla, por lo que no era posible reducirlo por detrás, y un grupo de fornidos tripulantes, que le cercaban a derecha y a izquierda, no parecían inclinados a dar el paso definitivo por temor a que su superior repitiera lo que había hecho con la señorita Cook, a pesar de que otros seis o siete, igualmente bien dotados, se encontraban ya en posición de tirarse al mar en caso de que la señorita Bonington cayera, fortuita o intencionadamente -si bien la casualidad o el resbalón tenían poco lugar en tan desusada situación-, al agua. Mientras todos estos comparsas componían tan tensa y hierática escena los hombres que habían acudido en auxilio de Amanda Cook ya habían logrado rescatarla y subían por unas escalerillas con la violonchelista a cuestas, pues el *Tallahassee* se había parado en cuanto alguien dio la voz de mujer al agua y los espontáneos salvavidas habían sido más que eficientes. Kerrigan, por su parte, seguía amenazando con cumplir lo prometido si no se satisfacían en el acto sus exigencias y la señorita Bonington, sobrepuesta ya al terror inicial, se limitaba a emitir leves quejidos de dolor y de cansancio. Seebohm y Bayham eran los que estaban más cerca de Kerrigan y hacían amagos de abalanzarse sobre él, quien, al percibirlos, con una rapidez casi inexplicable en un hombre tan bebido, les respondía con uno y otro amago de tirar a Florence por la borda. Por fin sonó una voz: la de Víctor Arledge, que imponiéndose a los murmullos de los demás, se dirigió a Kerrigan en un tono templado y conciliador. Los argumentos que Arledge expuso a Kerrigan podría haberlos concebido cualquiera, pero tal vez si hubiera sido cualquier otra persona la que los hubiese expuesto no habrían surtido el mismo efecto. Arledge hablaba pausadamente, sin agresividad ni temor y con cierto paternalismo, y Kerrigan, lentamente, empezó a calmarse y a respirar con menos agitación hasta que por fin bajó los brazos y, casi con delicadeza, depositó a Florence Bonington en el suelo. El momento fue aprovechado por Seebohm y sus secuaces para lanzarse sobre él, pero Kerrigan, al verse agredido, se revolvió contra ellos y una expresión de

fiereza apareció en su rostro. Mientras se debatía entre empujones y puñetazos sacó una navaja de su bolsillo y se la clavó en el vientre, o muy cerca, al capitán Eustace Seeböhm. Se oyó un ruido semejante al que hacen las palomas cuando se persiguen unas a otras, brotó la sangre y el capitán del *Tallahassee* se desplomó. La marinería, acobardada, encontró muchas dificultades para reducir al segundo de a bordo.

La herida que en un principio pareció mortal de necesidad resultó ser, al cabo de las horas y de acuerdo con el veredicto de los médicos, de pronóstico reservado, y el capitán Seeböhm, a quien de hecho el resto de los ocupantes del velero había dado por muerto en el momento en que cayó al suelo ensangrentado, sólo tuvo que temer por su vida durante día y medio, pues pasado este tiempo, y a pesar de que su estado continuó siendo grave, se le consideró fuera de todo peligro y se le auguró, salvo imprevistos, una pronta recuperación. El capitán Kerrigan, por su parte, tardó poco en restablecerse de sus magulladuras y de una superficial brecha en la cabeza, pero en cambio fue arrestado y encerrado en su camarote bajo estrecha vigilancia; y el inepto oficial llamado Fordington-Lewthwaite que, en defecto de sus superiores, se hizo cargo de la jefatura del barco, aconsejó al febril Seeböhm -y obtuvo su consentimiento para llevar a cabo tal propuesta- que se abriera expediente a Kerrigan con vistas a un futuro juicio que habría de celebrarse en cuanto el *Tallahassee* hiciera escala en un puerto de jurisdicción británica.

El porqué de la conducta de Kerrigan era algo que todos los pasajeros se preguntaban a excepción de Víctor Arledge y Léonide Meffre, quienes por haber tratado al misterioso americano -si bien de muy distinta manera- durante cierto tiempo, sabían que precisamente preguntárselo era inútil y no conducía a ningún fin. Seguramente por ello fueron Arledge y Meffre los únicos expedicionarios que (dejando de lado las naturales condolencias por lo ocurrido, no muy hondas, que compartieron con los demás) no se vieron excesivamente afectados por los acontecimientos, y los únicos, por tanto, que persistieron en sus previos intereses particulares, en medio de los sombríos y agónicos sentimientos del resto de los viajeros y del creciente malhumor de la tripulación, cuyos componentes, embravecidos por la timidez y el academicismo de Fordington-Lewthwaite, se insubordinaban cada vez con más frecuencia y mayor desfachatez. Florence Bonington, por el contrario -y en su caso aún había alguna justificación-, y con ella su padre, Hugh Everett Bayham, los Handl, los Tourneur, y por supuesto Amanda Cook y el humanitario señor Littlefield, quedaron poco menos que postrados por los sucesos: sus ánimos, frágiles y una vez más zarandeados por el azar, decayeron, y su postura de entonces ha contribuido a hacer fuerte mi convencimiento de que el que producían las aguas no era el único vaivén cuyas influencias eran notables a bordo del *Tallahassee*. La cubierta quedó desierta desde entonces; los pasajeros procuraban reunirse en los salones, que les ofrecían cobijo y seguridad, y sólo algún aventurado que necesitaba del calor del sol o de la brisa nocturna osaba desplazarse muy de cuando en cuando hasta las hamacas de popa, bien provisto de naipes, licores o tabaco que a falta de compañeros le guardaran de la soledad. Entre éstos se encontraban Víctor Arledge, Léonide Meffre y -una vez que se hubo repuesto del susto experimentado al ver en los brazos de un demente a la que muy bien podría llegar a ser su dama algún día- Hugh Everett Bayham, el pianista prometedor. Estos tres caballeros no habían mantenido hasta entonces unas relaciones muy cordiales entre sí; Arledge y Meffre se ignoraban por no decir que se detestaban; Bayham y el primero habían tenido encuentros poco felices y guardaban las distancias; Meffre y el músico se habían conocido dos años antes en un balneario de Baden- Baden. Su contacto había sido más bien casual, y aunque un leve roce que habían tenido en Alemania referente a un palco y a una señora durante una representación del *Ulises* de Monteverdi parecía haber pasado a la historia, aún

quedaba como consecuencia de ello una velada reticencia, por parte del francés principalmente, a entablar conversación directa cuando las ocasiones no sólo lo propiciaban sino que tal vez también lo requerían.

Ello explica que las primeras veces que los tres hombres coincidieron en las hamacas de popa el silencio absorbiera sus personalidades, tan brillantes. Bayham, consumado jugador de cartas, ni siquiera se atrevía a proponer partidas y se conformaba con sus solitarios, y Meffre reducía sus actividades a leer de arriba a abajo los periódicos que hubieran caído en su poder y a fumar un apestoso tabaco de pipa. Arledge, por el contrario, juntaba sus manos y se enfrascaba en la contemplación del mar, a la espera de algún comentario por parte de los otros, o -incluso- de que Léonide Meffre desapareciera de escena durante unos minutos, hecho que quizá le daría el valor necesario, el impulso definitivo para abordar de nuevo con sus interrogaciones al pianista inglés.

Aquella situación duró más tiempo de lo que en un principio podría haberse supuesto: no hubo entre los demás pasajeros ningún lance o evento capaz de hacerles recuperar el optimismo y el buen humor de manera colectiva, y, decepcionados y meditabundos, sus ánimos se fueron extinguiendo sin apenas lucha. Cada día más reacios a abandonar sus refugios, hartos de aquella travesía -pero sin llegar a darse verdadera cuenta de que lo estaban: la apatía se lo impedía-, aburridos y perezosos, ni siquiera recordaban el motivo de su presencia en aquel barco. La ausencia de Kerrigan, ya echado de menos durante su crisis, se hizo notar, tan abundantes habían sido sus idas y venidas por el velero: cuidándose de todos los detalles, inspeccionando sin tregua el estado de salud de los poneyes de Manchuria, supervisando las maniobras de la tripulación, había conseguido que su persona fuera imprescindible para la armonía de la cubierta. La ineficacia de Fordington-Lewthwaite, para colmo de males, era monocolor.

Tras algunos intentos fallidos Victor Arledge obtuvo por fin un día permiso de Fordington-Lewthwaite para ir a visitar a Kerrigan a su camarote, habiéndose comprobado previamente que el contacto con el capitán americano no representaba ningún peligro para el novelista. Kerrigan, según los informes de sus guardianes, no había superado su desconsuelo y pasaba los días echado sobre la cama, inquieto y desasosegado, pero, ya sereno, sin bebida y bien alimentado, se mostraba físicamente recuperado e inofensivo.

Cuando Arledge entró en su camarote Kerrigan estaba durmiendo. Al sentir la mano del escritor sobre su hombro se incorporó sobresaltado, y luego, al reconocerle, sonrió con agradecimiento. Arledge le estrechó en un abrazo, murmuró unas palabras de calor y se sentó a los pies del lecho, mientras instaba a Kerrigan a que volviera a tumbarse. Le preguntó cómo se encontraba y si sabía de los propósitos de Fordington-Lewthwaite y Seebohm con respecto a él. Kerrigan respondió afirmativamente sin darles mucha importancia, y, preocupado, preguntó a su vez cómo había sido su comportamiento, en la opinión de Arledge, el día en que había apuñalado a Seebohm y había puesto en peligro la vida de dos mujeres. Sus recuerdos eran muy difusos.

-Desastroso, sin duda alguna -contestó Arledge con una sonrisa no carente de cierta complicidad.

Al comprobar que no había ninguna clase de reproche en la visita de Arledge, Kerrigan respiró con alivio y sonrió más abiertamente y con mayor confianza, aunque todavía con cierto nerviosismo. Se había vuelto a tumbar en la cama y se frotaba los brazos, quizá porque tenía frío, quizá como preámbulo de la conversación que -lo presentía- iban a mantener, quizá porque la contestación de Arledge, aunque pronunciada en un tono amistoso, había hecho embarazosa la situación. Arledge, para tranquilizarle, añadió:

-Pero ya todo ha pasado y no tiene importancia. Por lo menos, no la tiene para mí.

–Pero sí la tiene para mí -dijo entonces Kerrigan y, como si con su respuesta hubiera encontrado la manera apropiada para empezar un relato, se puso a explicar, de forma inconexa y con la voz entrecortada, las causas que le habían impelido a actuar tan bárbaramente aquel día.

Victor Arledge fue siempre un acérrimo enemigo de la confianza y de lo que ésta por lo general lleva consigo, pero sobre todo no estaba acostumbrado a que Kerrigan le hiciera confidencias y menos aún a escuchar de sus labios justificaciones o disculpas, y por ello se sintió incomodado. Intentó detener su discurso alegando que no era precisamente a él a quien tenía que pedir excusas, pero Kerrigan insistió sin atender a razones. Manifestó su necesidad de desahogarse para poder seguir viviendo (¿a quién si no a él podría contar sus pesares?) y le rogó que se encargara de transmitir sus inaceptables disculpas a la señorita Cook, al capitán Seebohm y al resto de los pasajeros, y que contara a la señorita Bonington y a Hugh Bayham -de los que esperaba inteligencia y comprensión-, en privado y si lo juzgaba conveniente, lo que él ahora iba a decirle. Arledge, que nunca hasta entonces había visto a Kerrigan en tan humilde actitud, y sintiéndose violento por ello, trató de disuadirlo de sus intenciones una vez más, pero sin éxito: sus esfuerzos fueron vanos; sus argumentos, desoídos o rebatidos por Kerrigan, no surtieron el menor efecto. Y así el capitán, con aún mayor determinación que al principio, dio comienzo a un largo e impúdico monólogo: más de uno hubiera pagado por no escucharlo.

Cuando Víctor Arledge abandonó el camarote de Kerrigan una hora más tarde, su rostro tenía una expresión que era mezcla de alegría, cansancio y estupor. Anduvo ensimismado, con lentitud, por la cubierta, hasta que llegó a las tumbonas de popa. Allí se apoyó en una de ellas, luego se apartó para acodarse en la barandilla y otear el horizonte a la usanza de los viejos marinos; buscó a Bayham y a Meffre con la mirada sin hallarlos, y por fin, pesadamente, se dejó caer sobre una de aquellas hamacas de lona verde y cerró los ojos. Así permaneció durante treinta y cinco minutos; meditó acerca de Kerrigan durante aquel tiempo.

Los días fueron pasando y con ellos las ansias de Arledge -aunque el sustantivo es poco elegante es sin duda el más adecuado- por averiguar las verdaderas dimensiones del secuestro de Bayham fueron en aumento. Una vez que había decidido dejarse de miramientos y hablar con franqueza, no encontrar el momento oportuno para hacerlo le exasperaba. Como los demás pasajeros, si bien por distintos motivos, también él olvidó el porqué de su presencia en aquel barco, y sus solitarios vagabundeos a lo largo del velero se hicieron continuos, a falta de escalas - los expedicionarios, sumisos, se habían entregado a la voluntad de los investigadores científicos- y de conversaciones interesantes que le distrajeran. Aunque nunca había considerado seriamente la posibilidad de que las aventuras de Bayham terminaran allí donde él, según Handl, les había dado punto final, aquella alternativa, de habérsela planteado después de tomar su decisión, le habría parecido inadmisible, a tal extremo llegaron sus obsesiones. En su ofuscación empezó a ver en Bayham a un ser odioso que se complacía en torturarle con su tenaz silencio. Hugh Everett Bayham era tal vez la persona a bordo que mejor había reaccionado tras el arresto de Kerrigan. Siempre discreto y nunca agobiante, hacía lo posible por animar a los viajeros, en especial a Florence Bonington y a su padre, que habían quedado profundamente afectados por los acontecimientos; pasaba largas horas en los salones intentando divertirles con chistes, bromas y juegos de manos, les leía en voz alta las noticias más destacadas y los artículos más amenos de los periódicos, y organizó, todo por el bienestar de sus protegidos, un baile de disfraces que se malogró por culpa del excesivo vaivén del barco en la fecha señalada. E incluso, en un alarde de generosidad, preguntó un par de veces por el estado de salud del capitán Kerrigan.

Era al anoecer, cuando los Bonington ya se habían retirado, o muy de mañana, mientras los

aguardaba, cuando Bayham se dirigía a las hamacas de popa y pasaba un rato haciendo solitarios en la silenciosa compañía de Victor Arledge y Léonide Meffre. Aquellos eran los únicos momentos en que Arledge tenía ocasión de hablar con él, pues el pianista estaba muy ocupado durante el resto del día con sus atenciones para con la familia Bonington: hasta el punto de que llegó a fundirse con sus componentes en un grupo inseparable y despersonalizado que, aparte de poco tentador, era absolutamente restringido. Tal vez Victor Arledge debería haberse dado cuenta, durante aquellos días de abulia y rutina, de que la personalidad de Hugh Everett Bayham -inérita, de hecho, hasta aquel momento- no podía ser ni muy vigorosa ni muy atractiva, y por ende haber supuesto que lo que se ocultaba detrás de su forzado viaje a Escocia no merecía ni su atención, ni sus desvelos, ni, más adelante, su desolación. Pero Victor Arledge careció durante aquella travesía de la lucidez que siempre le fue característica y, obcecado por lo que había dejado de ser simple curiosidad para convertirse en un mero trastorno, era incapaz de separar las virtudes de los defectos en una persona. Empezó a detestar a Léonide Meffre, el único obstáculo de sus planes, de manera desmesurada. El poeta francés disfrutaba en verdad de la brisa que alcanzaba a la popa del *Tallahassee* y pasaba la mayor parte del día echado sobre una hamaca de esta zona, impidiendo involuntariamente, con su presencia, que Arledge hiciera realidad sus propósitos. Nunca se retiraba antes que Bayham, y éste, por las mañanas, siempre llegaba después que Meffre. Arledge, sin perder la esperanza de que algún día sucediera lo contrario, se levantaba al amanecer y sin haber desayunado se encaminaba hacia el lugar de coincidencia rogándole al cielo que Bayham hubiera madrugado más de lo que solía o que Meffre hubiera muerto durante la noche.

A medida que, pese a todo, los tres hombres se fueron familiarizando con su mutua compañía, la conversación entre ellos se hizo más rica y frecuente. Del mero saludo pasaron a comentar las noticias de la prensa y de esto a entablar largas charlas -las más de las veces sobre temas anodinos y triviales- que incluso, en alguna ocasión, llegaron a retrasar el obligado encuentro de Bayham con los Bonington. Arledge, que consideraba a Meffre un pésimo conversador, pensaba que aquellos avances se debían única y exclusivamente al aprecio que Bayham había empezado a sentir por él -en su opinión todo ello- el día en que ambos, sin proponérselo, se habían aliado contra el francés en una discusión sobre Raisuli. Todo, pues, le hacía suponer con mayor seguridad que Bayham respondería gustoso a sus preguntas el día en que se las formulara, y este convencimiento fue el que le llevó a cometer un acto que, conociendo su frío temperamento, no fue tan siquiera la causa fundamental de que Victor Arledge se refugiara en la casa de campo de un pariente lejano y abandonara la literatura, pero que, sin lugar a dudas, sí contribuyó a hacer de los últimos años de su vida un verdadero tormento.

Victor Arledge conocía el carácter orgulloso y pendenciero de Léonide Meffre y por ello es de suponer que lo que hizo no fue fortuito desde ningún punto de vista, sino probablemente intencionado y planeado hasta el último detalle. Hasta que ideó su estratagema había desechado la posibilidad de contar a la señorita Bonington y a Bayham la historia de Kerrigan, pues aunque éste -por otro lado en un estado de excitación que no le permitía conservar su sentido de la proporción- la había insinuado, la idea le había parecido a Arledge descabellada e impracticable. Al concebir, sin embargo, la escena que habría de brindarle más tarde la oportunidad de encararse con Bayham, recurrió a aquella insensata petición que Kerrigan le había hecho, a pesar de que sabía ya entonces -un esbirro de Fordington-Lewthwaite le había transmitido el mensaje del capitán americano- que éste, arrepentido, la había retirado.

Una mañana, en popa, con Bayham y Meffre como de costumbre, Arledge sacó el tema de los recitales de piano y comentó lo mal que se interpretaban en la actualidad los impromptus y valeses

de Schubert, a los que, dijo, los pianistas trataban como obras frívolas y menores que no merecían su virtuosismo. Bayham, en parte dándose por aludido, en parte interesado por la cuestión en sí, se enzarzó animadamente en la discusión, a la que Meffre asistía más bien como espectador, y el tiempo pasó con gran rapidez. Bayham olvidó, divertido por los derroteros que iba tomando la conversación (Brahms y Schumann, sus autores favoritos), su obligada cita con los Bonington, como ya había sucedido en alguna otra ocasión. Pero esta vez se retrasó demasiado, tanto que al cabo de tres cuartos de hora de animada charla Florence Bonington apareció, vestida de amarillo y con una sombrilla en la mano y, desautorizando en broma las apresuradas disculpas de Bayham, le reprendió, con una sonrisa que delataba lo falso de sus severas palabras, por su negligencia y por la falta de interés que con su tardanza había demostrado tener por ella. A esta comedia se unió Meffre con sus risas y con comentarios que no le tocaba hacer a él, y, después de unos minutos, cuando la broma pasó, Bayham ofreció su brazo a la señorita Bonington y se despidió de los caballeros. Fue entonces cuando Arledge, haciéndose sorprendido, exclamó:

—¡Pero cómo! ¿Ya se van? Esperen un momento. Precisamente me alegraba de que estuviera usted aquí, señorita Bonington, porque hacía tiempo que esperaba la ocasión de tenerlos reunidos a ustedes dos. He de contarles algo referente al capitán Kerrigan, muy privado. Me encargó que les transmitiera sus excusas y me rogó que les relatara una historia a fin de que comprendieran y perdonaran su actitud. Les estaría muy agradecido si se dignaran perder unos minutos y escucharme.

La joven pareja pareció dudar y por fin el pianista, tras consultar con la mirada a la señorita Bonington y recibir una respuesta afirmativa de los ojos de ella, contestó:

—Como guste, señor Arledge, siempre que no nos entretenga demasiado tiempo.

—No más de media hora.

—De acuerdo entonces -dijo Florence-. Pero, si me lo permiten, voy a comunicarle a mi padre que no nos reuniremos con él todavía.

Y, con paso ligero y grácil, la señorita Bonington desapareció. Los tres hombres volvieron a quedarse solos y durante unos segundos reinó el silencio. Se miraron entre sí y entonces Arledge, dirigiéndose a Léonide Meffre, dijo:

—Antes he dicho que la historia que he de relatar al señor Bayham y a la señorita Bonington es muy privada; pues bien, no sólo lo es, en efecto, sino que también es de muy delicada índole y constituye un secreto que sólo puedo revelar a estas dos personas. Lo contrario sería una indiscreción y un abuso de confianza. Por tanto, señor Meffre, lamento profundamente tener que pedirle esto y le ruego que me disculpe por ello, pero me veo obligado a exigirle que nos deje a solas durante no más de treinta minutos.

Léonide Meffre se incorporó en su hamaca, miró fijamente a Arledge y respondió:

—¿Quiere usted decir que debo retirarme?

—Sí es tan amable; si es un caballero.

—¿Insinúa que no lo soy?

—En absoluto: creo que sí lo es y por ello espero que satisfaga mi petición.

—¿Y si no lo hiciera?

—Me decepcionaría usted. ¿Lo hará?

—Aún no lo he decidido -contestó Meffre, e, insolente, se volvió a echar sobre la hamaca.

—Señor Meffre, creo que no es mucho pedir que nos deje a solas un rato. Le aseguro que no lo haría si supiera de alguna otra parte del barco en la que pudiéramos estar tan tranquilos y aislados como aquí. Pero ya sabe usted que no la hay; y en los camarotes, tan reducidos, hace demasiado

calor durante el día.

Meffre volvió a incorporarse y, ya sin ningún disimulo, inquirió impertinentemente:

—¿No se le ha ocurrido pensar que también a mí me puede interesar la vida oculta del capitán Kerrigan? Y no sólo eso: ¿no se le ha ocurrido pensar tampoco que yo me sentí tan ofendido por su comportamiento como el que más y que se me debe una explicación?

—Su primera pregunta, señor Meffre, sólo tiene como respuesta el mayor desprecio, y en cuanto a la segunda, el capitán Kerrigan me pidió que me disculpara en su nombre ante todos los pasajeros. Creo que ya lo hice ante usted y por tanto no tiene derecho a saber más. Lo que he de confiar al señor Bayham y a la señorita Bonington tiene un carácter muy distinto y, sobre todo, no tengo permiso para contárselo a nadie más.

—El capitán Kerrigan no tiene por qué enterarse de que me lo ha contado a mí también.

—Señor Meffre, me está usted insultando con sus palabras. ¿Cree que no tengo sentido de la responsabilidad?

Bayham intervino entonces:

—Tal vez, señor Arledge, a la vista del comportamiento del señor Meffre, deberíamos dejarlo para otro momento.

—Ya es muy tarde para eso, señor Bayham. El descaro y la falta de educación del señor Meffre han ido demasiado lejos como para que ahora nos retiremos. Por última vez, señor Meffre, ¿va usted a dejarnos a solas o no? Estamos perdiendo mucho tiempo y el señor Bonington aguarda a su hija y al señor Bayham.

En aquel instante reapareció Florence, que había oído las últimas palabras de Arledge. Desconcertada, la joven, preguntó con timidez qué sucedía.

Nadie le respondió y Meffre, con cierta sorna, dijo:

—Señor Arledge, nadie puede obligarme a abandonar este lugar excepto Fordington-Lewthwaite. Hablen con él-y, acto seguido, cogió uno de sus periódicos, lo abrió y se puso a leer.

—Señor Meffre, se lo advierto por última vez: o cambia usted de actitud y accede a los ruegos que con toda cortesía le he formulado o me verá obligado a darle un escarmiento.

Meffre cerró el periódico y se volvió hacia Arledge, iracundo.

—¿Me está usted amenazando?

—En efecto, usted lo ha dicho.

Florence, habiendo comprendido lo que sucedía, intentó relajar la tensión.

—Caballeros, tengan moderación. La cosa no es para tanto.

—Tal vez no lo era, señorita Bonington -dijo Arledge-, pero ahora ya se ha convertido en una cuestión personal entre el señor Meffre y yo; entre este insolente imbécil y yo.

El insulto, por fin, había brotado de los labios de Arledge, y Meffre reaccionó como aquél había supuesto. El poeta se levantó bruscamente, avanzó hasta el novelista y le abofeteó.

—No consiento que nadie me insulte, señor Arledge. Le exijo una satisfacción inmediata.

Arledge no pudo evitar una leve sonrisa de triunfo y respondió:

—Como guste, señor Meffre. Mañana al amanecer. El señor Bayham y el señor Tourneur serán mis padrinos, si no tienen inconveniente.

—Piense en lo que hace, Arledge -dijo el pianista-, piénselo bien.

—¿Está usted dispuesto a ser mi padrino?

—Sí, por supuesto -contestó Bayham, sumiso.

—Fijemos las armas -dijo Meffre.

—Pistolas.

–De acuerdo. Le espero aquí mañana a las seis. Confío en que no faltará.

–Tenga por seguro que no faltaré. Queda usted encargado de traer las armas, si puede conseguirlas y no tiene inconveniente.

–Las conseguiré, no se preocupe.

Meffre volvió a echarse sobre la hamaca, abrió de nuevo su periódico y se enfrascó en la lectura. Arledge sonrió a Bayham y a Florence y dijo:

–Lamento haberme visto obligado a ofrecerles esta sórdida escena. Les he hecho perder, además, su valioso tiempo, y no me lo perdonaré. Excúsenme ante su padre, señorita Bonington, por haberles retenido en balde. Me temo que tendremos que dejar la historia del capitán Kerrigan para mañana.

Bayham y Florence, visiblemente impresionados por lo que acababan de contemplar, murmuraron unas palabras de ánimo o de cortesía y desaparecieron. Víctor Arledge, entonces, se sentó en la hamaca contigua a la que ocupaba Meffre, encendió un cigarrillo y se puso a observar el ir y venir de las olas cruzadas por la estela del *Tallahassee*.

Fordington-Lewthwaite reaccionó ante los sucesos de la manera prevista: al ser consciente de sus responsabilidades como eventual capitán del *Tallahassee* montó en cólera al principio, indignado sobre todo porque se hubiera celebrado un duelo a bordo sin haberse él enterado. Pero luego, y puesto que su integridad era sólo aparente, aceptó los hechos con calma y, temeroso de las quejas que los expedicionarios podrían elevar a sus superiores una vez terminada la travesía si no se dejaba regir por sus caprichos, procedió a arrojar al mar, sin ninguna solemnidad y casi a escondidas de los pasajeros, el cadáver de Léonide Meffre.

La muerte de éste no sorprendió a los que conocían bien a Arledge y por tanto sabían de su destreza con las armas de fuego. El novelista inglés afincado en París se había batido ya en más de tres ocasiones mientras que el señor Meffre -que había sido siempre lo suficientemente hábil como para esquivar en última instancia los desafíos que por culpa de su incorregible impertinencia había visto con frecuencia cernirse sobre su cabeza- era un verdadero novato en tales lides. El porqué de su imprudencia al retar a Victor Arledge es, por tanto, un pequeño misterio. Si lo hizo por odio al novelista, por impresionar a la señorita Bonington (nadie podría demostrar que la adoraba, pero tampoco lo contrario) o simplemente porque perdió el control de sus nervios, es algo que nunca se sabrá y que quizá, sin embargo, de haber sido Léonide Meffre un autor de primera fila, estaría ahora ocupando el tiempo y los pensamientos de algún biógrafo inocente y trabajador.

El duelo no tuvo historia: al ser Arledge el ofendido tuvo el derecho a hacer el primer disparo. No hubo más. Su bala se incrustó en la frente de Meffre. Éste se desplomó sin un quejido y seguramente sin tiempo para darse cuenta de que había sido alcanzado. Sus padrinos (el horrorizado señor Littlefield y el señor Beauvais), graves y compungidos, recogieron su cuerpo del suelo y sin decir ni una palabra se retiraron con el cadáver. El disparo seco, por suerte, no había despertado a nadie: probablemente los vigías se habían dejado vencer por el sueño con la llegada del alba. Lederer Tourneur, disgustado pero convencido de que se había hecho justicia, les siguió un minuto después, y Arledge y Bayham, entre indiferentes y afectados, se encaminaron hacia el camarote de Fordington-Lewthwaite con el fin de informarle acerca de lo que había ocurrido.

Léonide Meffre no era una persona agradable, como es bien sabido, ni tampoco un personaje interesante. Sin embargo, el odio y el desprecio que Arledge le profesaba no eran exactamente compartidos por el resto de los viajeros, que veían en él a un hombre mediocre con ínfulas de gran

señor y de mayor poeta: aburrido, falto de buen gusto y de imaginación, charlatán, indiscreto y a menudo agobiante, pero, por lo demás, totalmente inofensivo. Por ello el impacto que produjo su muerte entre los pasajeros del *Tallahassee* no fue muy hondo en ningún sentido y puede decirse que -ya cansados, imperturbables e incapaces de experimentar sorpresa o dolor con anterioridad- adoptaron la postura no sólo más cómoda sino también más lógica de cuantas se les ofrecían: esto es, ignorar -que no olvidar- los hechos acaecidos. Tal vez tachar de inocente a la señorita Bonington por esperar si no arrepentimiento sí al menos condolencia por parte de Arledge tras la muerte de su adversario pecaría de injusto, pues ella, huelga decirlo, nunca supo del verdadero carácter del novelista, y menos aún de sus maquinaciones o de la premeditación que acompañaba a todos sus actos a bordo de aquel velero. Pero, inocente o no, lo cierto es que lo esperó, primero con confianza y luego con indignación, siempre en vano. De no haber sido por esto la muerte de Léonide Meffre no habría tenido ninguna resonancia y se habría limitado a desempeñar la función que Arledge le había encomendado; pero al entrar en juego cierto tipo de sentimientos imprevistos, con los que Arledge apenas si había especulado y ante los cuales, más que nada por inexperiencia, se sentía indefenso y desarmado, sus aspiraciones, una vez más, se vieron amenazadas por el fracaso y la consecución de sus propósitos demorada. La indiferencia con que los navegantes del *Tallahassee* acogieron la noticia del duelo y sus resultados, lejos de aplacar la violenta reacción de la señorita Bonington, le dio una dimensión mayor. Si el descontento hubiera sido general y la existencia de Arledge unánimemente condenada, los arrebatos de la joven habrían pasado inadvertidos y sus acusaciones habrían carecido de toda relevancia, pero, aislados y portadores de un furor poco menos que adolescente, sus consecuencias fueron nefastas para los planes del novelista. La señorita Bonington, quizá tan afectada después de la muerte de Meffre precisamente por no haber tratado de evitarla cuando ello había estado en su mano, reprendió en primer lugar a Hugh Everett Bayham por su participación en lo que ella consideraba un verdadero asesinato. El pianista, en vez de defender -como hasta entonces había hecho- los planteamientos generales del duelo, se limitó a justificar su presencia en cubierta a las seis de la mañana alegando en su descargo que un caballero nunca podía negarse a apadrinar a un amigo en tales circunstancias, sobre todo cuando éste se lo había pedido directamente. Interesante sería saber -y me temo que Victor Arledge llegó a averiguarlo- cuáles eran con exactitud los términos de la relación entre Bayham y la señorita Bonington, pero por lo que yo he logrado desentrañar hasta el momento imagino que respondía a esa clase de situaciones, sumamente penosas de contemplar y que por lo general llevan a la despersonalización de una de las dos partes, que tanto se dan entre las jóvenes parejas próximas a contraer matrimonio: el más absoluto servilismo (o buen conformar) por un lado -el del enamorado verdadero; en este caso, sin duda alguna, el de Hugh Everett Bayham- y el capricho inconsecuente y doblemente pernicioso por el hecho de saberse de antemano complacido por otro -el del que simplemente se deja querer: en la mayoría de los casos, en contra de lo que podría suponerse, el menos inteligente-. O al menos este esquema -sencillo y un tanto rudo, he de reconocerlo- correspondería perfectamente con los motivos que -caso de preguntármelos- debieron de impulsar a Hugh Everett Bayham a tomar la decisión, al día siguiente de la muerte de Léonide Meffre, de no volver a poner los pies sobre la popa del velero, y de -tal vez no como producto de una reflexión pero sí de un razonamiento intuitivo- retirar el saludo a Victor Arledge. Como digo, la resolución del pianista fue apresurada en exceso y es muy probable que ni siquiera la palabra razonamiento sea aplicable al caso; tal vez se trató de instinto y de una torpe asociación de ideas, léase unir el descontento de su amada con la figura del novelista inglés, que muy remotamente lo había provocado, pero que, para su infortunio, desde

luego sufrió las consecuencias.

Hay un momento en los intereses de personas, cuando el recorrido para la consecución de aquellos es arduo y difícil, o cuando son duraderos y por tanto su progresión o disminución es gradual, en que a la persona en cuestión se le plantea una alternativa trascendental. Víctor Arledge, tal vez, creyó que lo que se le presentó al abandonar Alejandría era esa alternativa y en aquel momento tomó una decisión que más tarde pospondría en favor de la opción contraria, animado por lo que él -frívolamente- consideró un avance de tal magnitud en sus relaciones con Hugh Everett Bayham que poco importaba dar un vuelco a sus prevenciones. Pero ello, evidentemente, indicaba que sus intereses aún no habían tenido tiempo suficiente para hacerse acreedores de la necesidad de escoger la alternativa mencionada, y por ello -por haber ya gozado en una ocasión del privilegio de decidir, por haber atravesado ya esa experiencia-, cuando la verdadera necesidad apareció podría decirse que le pilló desprevenido, y se sintió confuso, aturdido y dubitativo. Víctor Arledge, para entonces, se había visto obligado ya en dos ocasiones a vencer prejuicios, a desoír reparos y a actuar según los dictados de su imaginación, haciendo caso omiso de las reglas y principios que habían hecho de él un hombre lúcido y conservador; y a cada una de estas ocasiones o decisiones había seguido la absoluta certeza de que, una vez ejecutados sus planes, conseguiría llevar a cabo sus propósitos finales. Pero sus propósitos, que habían empezado por consistir en descubrir qué le había sucedido con exactitud a Hugh Everett Bayham en Escocia, así como las causas de su secuestro, con el transcurrir del tiempo habían cambiado: sus propósitos -lo que deseaba hacer y no lograba, lo que constituía su interés duradero de arduo y difícil recorrido- entonces, concretamente antes y después de la muerte violenta de Léonide Meffre, eran otros; sus propósitos consistían en lograr hablar, en conseguir mantener una larga conversación con Hugh Everett Bayham. Y las obsesiones, obcecaciones y ofuscaciones a las que antes hice referencia tenían como punto de partida esa demanda insatisfecha y no, en consecuencia, sus iniciales deseos provocados por la curiosidad. Por todo ello la postura que señorita Bonington adoptó después de los últimos sucesos, así como las derivaciones de su enconado reproche, representaron para Arledge un duro golpe cuyo impacto ni siquiera trató de atenuar mediante infundados optimismos que aconsejan no darse nunca por vencido. Ante aquel nuevo revés tuvo que reaccionar con paciencia, y fue entonces cuando verdaderamente hubo de tomar una decisión ante el dilema que se le presentaba: la suerte no le favorecía y a pesar de sus muchas y hábiles estratagemas no lograba alcanzar sus propósitos. Volvió a la realidad y por unos instantes divisó la costa y vislumbró el rumbo que llevaba el *Tallahassee*. Acodado sobre la barandilla, al anochecer, observando las costas de Argelia, llegó incluso a preguntarse si todos aquellos esfuerzos valían la pena. Por su mente desfilaron imágenes de hechos y lugares que había olvidado hacía tiempo: su piso de la rue Buffault, el teatro Antoine, Mme D'Almeida, la visita de Kerrigan, la carta de Handl, el apartamento de su hermana, la reciente muerte de su amigo Francis Linnell, el trayecto en tren que tuvo que hacer para despedirse de sus padres, el coronel McLiam, el puerto de Marsella y algunos versos de Jones Very. Encendió un cigarrillo y, sin darse cuenta, dejó que la cerilla se consumiese entre sus dedos. La tiró al agua y se frotó la mano contra su elegante chaqueta beige. Con un gesto de fatiga aspiró la brisa de la noche recién llegada y, apoyándose en el bastoncillo con empuñadura de oro y marfil que en algunas ocasiones llevaba -las más de las veces a manera de adorno-, se encaminó hacia la asfixia de su camarote.

LIBRO QUINTO

Las andanzas del capitán Kerrigan no pueden ser resumidas en una sola conversación y por ello lamento no tener la capacidad de concisión que tienen algunos de mis colegas, pero trataré de ajustarme en lo posible a lo que él me contó y procuraré no olvidar -es decir, omitir-, entre tanta acumulación de hechos y tanto pintoresquismo, lo fundamental de su historia y al mismo tiempo ser tan riguroso en los detalles como el tiempo de que disponemos me permita. Como usted quizá ya sepa, Kerrigan ha pasado la mayor parte de su vida yendo de un sitio a otro; puede decirse sin temor a faltar a la verdad que hasta que hace cinco años -en septiembre del 99- se instaló cómodamente en París, no había permanecido en el mismo lugar más de dos o tres meses si exceptuamos, precisamente, la temporada durante la cual transcurrió lo que le voy a relatar. Esto, por supuesto, desde que en 1863, cuando contaba catorce años, abandonó su hogar de Raleigh. Pero espere, creo que no lo estoy contando bien: me temo que estos preámbulos -un tanto incoherentes, además, por no ser intencionados- no hacen sino demorar lo esencial de esta narración y aburrirle, cosa que en ningún caso debería suceder. No diré que el relato haya por fuerza de agraderle o divertirle. No es agradable ni divertido, pero, al menos en principio y en teoría, nunca debería aburrirle. Tal vez se haya usted ya fijado en la fecha que he mencionado, la fecha en que Kerrigan salió de su casa para no volver más: 1863. En efecto, lo hizo para incorporarse a filas a pesar de su extrema juventud y, según me dejó entrever en su abrumadora charla, combatió sin descanso hasta el final de la guerra. Cuando regresó a su casa la encontró en ruinas, quemada y saqueada, y aunque no halló los cadáveres de sus padres y su hermana, no se dedicó, como hacían muchos otros soldados de la época, a buscar su paradero, pues las posibilidades de encontrarlo eran en aquellos tiempos y en aquellas circunstancias, al parecer, nulas o en todo caso mínimas. Las familias que habían escapado con vida de las matanzas de Sherman y Schofield se refugiaban en los lugares más insospechados y a veces, si les era posible, emprendían largos viajes hacia el oeste sin mirar atrás. Por otra parte, Kerrigan supo que su hermano mayor, Alastair, había perecido de forma horrible en la segunda batalla de Bull Run. A partir de entonces -en realidad ya lo había hecho antes, al dejar su casa para ir al frente- decidió que la única manera de sobrevivir era no preocupándose más que de sí mismo y se propuso seguir solo su camino, cuya única meta clara, desde entonces y a lo largo de toda su vida, fue la de hacerse inmensamente rico. Nunca he tenido que empuñar un arma en un campo de batalla, pero me imagino que hacerlo lleva consigo más de una determinación, entre ellas, sin duda, la de dejar de lado todos los escrúpulos que se puedan tener. Exactamente fue en eso en lo que Kerrigan se convirtió a la edad de dieciséis o diecisiete años: en un hombre sin escrúpulos. No es que con su forzada participación en una guerra a tan temprana edad intentara justificar todos los delitos que ha cometido, pero sí quiso darme a entender que, en su situación de 1865 -después de haber sido derrotado y con tan sólo unos leves conocimientos de francés y cultura general-, no tenía más opción que la de hacerse un hombre duro e incluso cruel, sin miramientos de ninguna clase. La cantidad de fechorías y crímenes que Kerrigan ha cometido a lo largo de su azarosa existencia es incontable y no seré yo quien los divulgue, por dos razones esenciales: la primera es que, si bien no de una manera convencional, Kerrigan y yo hemos llegado a ser buenos amigos y no me parecería elegante ni correcto relatar, aun con su consentimiento, los detalles de sus desmanes, de los que, por otro lado, está completamente arrepentido en la actualidad; la segunda razón es más simple y menos noble: a nadie puede gustarle escuchar sus sanguinarias hazañas, en las que tienen cabida desde el robo a la mutilación, desde la violación a la trata de esclavos, desde la traición al

asesinato, desde la tortura a la estafa y al desfalco, desde la calumnia a la delación. Espero que no me lo reproche, pero en verdad me siento incapaz de repetir, palabra por palabra, las confesiones que Kerrigan me hizo hace unos días. Lo que nos atañe, por lo demás, lo que en cierto modo provocó su enclaustramiento con cinco botellas de whisky y más tarde su censurable actuación sobre la cubierta del barco, que puso en peligro, entre otras, la vida de la señorita Bonington, su... ¿prometida? – no conteste, por favor, al fin y al cabo no es asunto de mi incumbencia: es tan sólo, una vez más, mi reprobable, insaciable y nunca escarmentado afán de saberlo todo-, no tiene mucho que ver con la figura de un desalmado. Le diré, no obstante, y para evitar que la opinión que se está usted formando de él -lo adivino en su estupefacta mirada- se asiente definitivamente en su cabeza, que el capitán Kerrigan no es en la actualidad una persona despreciable, miserable, perversa o ruin. El cambio que se ha operado en él con el transcurso de los años es más que notable, y hoy en día nos encontramos ante un típico caso de hombre atormentado por su pasado, casi totalmente arrepentido de él, y relativamente redimido. Por ello le pido que no lo juzgue con demasiada severidad; recuerde que fue el mismo Kerrigan, en definitiva, quien me rogó que les contara esta historia a la señorita Bonington (de cuya ausencia ahora casi me alegro) y a usted, señor Bayham, con el fin de obtener su comprensión -por no decir su perdón-. Lo cual, al parecer -y ello le honra-, tiene una enorme importancia para él. Corría el año 1892 y Kerrigan, con ya cuarenta y tres, se encontraba, arruinado y prematuramente envejecido, en la ciudad portuaria de Amoy, en el estrecho de Formosa. Durante siete largos años había permanecido en los Mares de China traficando -unas veces legalmente, las más sin autorización- en todo tipo de artículos. No era un contrabandista a gran escala; quiero decir que los trayectos que hacía con su pequeña embarcación no eran largos. Los productos que transportaba nunca procedían de América o Europa, y su comercio, por tanto, se reducía al Mar Meridional de la China, al Mar de Java, al Golfo de Bengala y en alguna ocasión excepcional -cuando se trataba de llevar algún artículo de primer orden o una carga cuyo transporte ilegal estuviera especialmente penado- al Mar de Omán. Era, pues, un contrabandista local; aunque las distancias que he mencionado sean ciertamente considerables así son llamados los traficantes que se limitan a hacer ese recorrido. A pesar de que los focos más importantes de comercio en esa zona están situados en Hong-Kong, Macao, Shanghai, Singapur y Batavia, Kerrigan, modesto en sus ambiciones y previendo que en esta ciudad la competencia sería prácticamente nula, se había instalado en Amoy, un puerto de segunda o tercera categoría, con escaso control por parte de la policía y mayor facilidad para encontrar buenas ofertas por productos de mediocre calidad, como eran los que él introducía en el país. Su negocio, como podrá usted suponer, no era ni demasiado espectacular ni demasiado rentable, pero siete años son mucho tiempo y poco a poco Kerrigan se fue haciendo rico hasta lograr montar con la ayuda de un socio, casi dos años antes de su quiebra, nada menos que una compañía de navegación. Aunque ésta era de corto alcance -tenía una docena de embarcaciones que hacían recorridos entre Amoy y Malaca, entre Singapur y Bintulu, entre Fu-Cheu y Luzón- empezó a dar frutos al poco tiempo, y Kerrigan y su socio, un alemán llamado Lutz, con el que también compartía sus negocios de contrabando, comenzaron a nadar en la abundancia y se convirtieron en una especie de caciques de la ciudad de Amoy. Al tener dinero se hicieron prestamistas y, con la impunidad que les proporcionaba su condición de occidentales, se dedicaron a explotar a la población. Los intereses que cobraban a los confiados nativos por sus préstamos eran desorbitados, y cuando alguno de ellos no podía pagar dentro del plazo establecido, Lutz, un rubicundo de fuerte complexión y aún mayor crueldad que la del capitán Kerrigan, lo buscaba por toda la ciudad hasta encontrarlo y lo apaleaba sin compasión hasta la muerte. Este caballero era

en verdad temible, insolente y despótico. Gordo más que corpulento, de cara redonda coronada por una estropajosa mata de cabellos rubios y ondulados, no rebasaría los cuarenta. Todo él era sonrosado y cuando se excitaba o enfurecía su rostro se hinchaba alarmanamente y una gruesa vena aparecía en su frente o en su cuello, según la estación del año. Vestía siempre con la misma ropa: un traje blanco y arrugado cuyos pantalones le quedaban demasiado anchos, unos botines negros que -quizá porque contrastaban con su desaliño general- relucían mucho, camisas de color crudo o azul claro y una corbata granate tan ancha que cuando se desabrochaba los botones del chaleco cubría por completo su voluminoso estómago. A estas prendas añadía, de vez en cuando, un desgastado sombrero panamá y un bastón descomunal. Sus ojos eran diminutos y por ello de color indescifrable, su mentón inexistente y su nariz indudablemente alemana. De estatura mediana, la grasa hacía de él un hombre bajo y desproporcionado; y a pesar de que llevaba el cinturón muy alto, sus piernas resultaban cortas. Solía pasear todas las mañanas por el puerto observando con mirada displicente las maniobras de los marinos y los estibadores; con su bastón en la mano, adoptaba los ademanes de un estricto general pasando revista a sus tropas, y aunque los nativos se mofaban de él a sus espaldas, su presencia en cualquier lugar de la ciudad imponía respeto y temor. Kerrigan era, seguramente, tan despiadado como él, pero sus ambiciones eran más abstractas y por tanto mayores que las de Lutz y por ello dejaba que el alemán se ocupara como era su deseo de las cuestiones públicas -por llamar de alguna manera a sus obligaciones: tratar con los subordinados, cobrar las deudas, sobornar a las autoridades y en definitiva ser la cabeza visible de *Kerrigan Lutz / Compañía de préstamos y navegación*-, haciéndose él cargo de la administración. Por ello era Lutz quien despertaba el miedo entre los habitantes de la ciudad y quien recibía todas las peticiones y ruegos, pues aquéllos, acostumbrados a tratar con él y a sufrir sus frecuentes arrebatos de ira, le consideraban el dueño y señor de la sociedad, cuando en realidad Lutz, en muchas ocasiones, se limitaba a cumplir las órdenes que en forma de sugerencias Kerrigan le daba. Huelga decir que éste era el verdadero cerebro y organizador de *Kerrigan Lutz*, no sólo porque era más inteligente y astuto sino también porque nuestro capitán, antes de instalarse en Amoy, había ejercido numerosas profesiones, entre las que se contaban más de una de índole semejante a la que desempeñaba en aquel puerto chino. La aportación de Lutz al negocio había sido principalmente monetaria. Había conocido a Kerrigan diez años antes en África, cuando ambos se dedicaban al negocio de trata de esclavos; Kerrigan, tal vez pensando que aquello era demasiado innoble -como creo que ya le dije, su arrepentimiento fue a regañadientes y gradual-, lo había abandonado rápidamente, pero Lutz había seguido con ello cuatro años más, durante los cuales se había enriquecido. Y, enriquecido, había huido del continente africano perseguido por la justicia de varios países y se había establecido en Batavia sin ningún fin determinado. Allí empezó a dilapidar la fortuna que principalmente había acumulado en el Sudán hasta que Kerrigan, en uno de sus viajes a esa capital, se lo encontró y le propuso la fundación de la compañía. Lutz era, pues, un hombre poco inteligente, menos previsor y un tanto tosco que vivía sin planes y perdía el dinero con la misma rapidez con que lo ganaba. Para él no había más futuro que el inmediato y si accedió a tener una participación en el proyecto de Kerrigan fue porque cuando éste se lo sugirió no tenía nada que hacer ni ninguna fechoría en perspectiva y no porque, como Kerrigan, pensara que ya iba teniendo edad para retirarse y que establecerse en algún lugar concreto con algún negocio concreto fuera la única forma de hacerlo con tranquilidad y de asegurarse el porvenir -pues el capitán Kerrigan, ya desde entonces (al fin y al cabo sólo siete años antes de instalarse en París), pensaba seriamente en la posibilidad de poner un punto final a sus continuos traslados-. Así pues, Kerrigan dejaba hacer a Lutz, a quien deseaba tener contento, y

con ello, además, lo mantenía apartado de los asuntos que no le incumbían, tales como la contaduría y los contratos de la sociedad. No quiero decir con ello que Kerrigan engañara a su socio; conociéndolo como lo conocía eso nunca se le hubiera ocurrido. Lutz, aunque no inteligente, era listo -no en balde había actuado al margen de la ley durante toda su vida sin haber sido apresado más que una vez- y procuraba inspeccionar mensualmente las cuentas de Kerrigan y comprobar los números con gran minuciosidad. Aun siendo copropietario prefería cobrar un sueldo semanal de manos de Kerrigan a tener que hacer balances, presupuestos, deducciones de gastos y demás para luego extraer la cifra que le correspondía de las ganancias netas. Permitía -y en realidad también agradecía- que Kerrigan se ocupara de ello y él se limitaba a revisar las operaciones del americano y a cuidarse de no ser estafado. Él escogía, en definitiva, las actividades más ruines. Pero el método de cobro que Lutz había ideado para sí no era perfecto ni mucho menos y, sobre todo, tenía un gran defecto: las cantidades que Lutz percibía cada semana eran, obviamente, algo reducidas. Y el alemán, como siempre había hecho durante toda su agitada existencia cuando había dispuesto de dinero, se lo gastaba. Mientras Kerrigan, que sacaba su parte de la caja mensualmente, guardaba casi el total de sus ganancias particulares o lo invertía, Lutz, en algunas ocasiones, hasta; se veía obligado a pedirle que adelantara en veinticuatro o cuarenta y ocho horas la fecha -sábado- señalada para cobrar, a tal velocidad consumía sus honorarios. Y esto sucedía eminentemente porque Lutz no tenía capacidad de organización. Kerrigan había hecho su hogar de tres habitaciones desocupadas del edificio -de madera y de una sola planta- que hacía las veces de oficina de *Kerrigan Lutz*, mientras que éste vivía en el único hotel europeo de la ciudad; Kerrigan vivía con más que holgura pero sin alardes mientras que Lutz despilfarraba el dinero sin el menor reparo; Kerrigan, en definitiva, llevaba una existencia sobria mientras que Lutz la llevaba desenfadada. Por culpa de todo ello y de las muchas horas que pasaba en los fumaderos de opio de la ciudad, el alemán, en realidad, era más pobre que cuando llegó a Amoy, y si bien no se dio cuenta de ello durante los seis primeros meses de su asociación con Kerrigan, sí lo notó a partir de entonces y sobre todo cuando, al año de su alianza, el capitán le propuso comprarle su parte del negocio. Se habían reunido en la casa de éste para celebrar con una cena el primer aniversario de *Kerrigan Lutz*. El festejo fue alegre y brillante, y ya estaban en los postres cuando Lutz, que en contra de lo que se podría suponer a juzgar por su descripción era abstemio, decidió hacer una excepción para poder brindar por la continuidad y la creciente prosperidad de la firma, como él llamaba a la compañía. Kerrigan, como bien sabemos, no es abstemio, y aquella noche había bebido algo más de la cuenta. Creyó que el brindis de Lutz era sarcástico y sintió descubiertas sus intenciones; y torpe y atolondradamente, sin haber podido preparar su discurso ni la manera de decirlo, le hizo su oferta. Lutz no pudo disimular su sorpresa y se quedó paralizado en su silla. Pero Kerrigan no lo advirtió, borracho como estaba, y siguió esbozando argumentos para justificar sus propósitos de adquisición sin que el alemán pudiera sentirse ofendido. Éste, por una vez más astuto que su socio, calló y le dejó exponer sus ideas, y cuando Kerrigan hubo terminado Lutz levantó su copa en alto, repitió el brindis y se la bebió de un trago. Kerrigan hizo otro tanto y se quedó a la expectativa de lo que el otro pudiera decir o hacer. Lutz, entonces, se puso en pie, cogió su sombrero y su bastón y ya en la puerta se despidió de él hasta el día siguiente y dijo:

“Lo pensaré”, para salir de la casa inmediatamente después.

Pasó cierto tiempo sin que ninguno de los dos hombres volviera a mencionar aquella noche ni aquella cuestión. Kerrigan, puesto que Lutz había dicho que lo pensaría, no quería insistir en el asunto por temor a que su socio montara en cólera -aunque estaba dispuesto a enfrentarse con él y

a matarle si era necesario, prefería evitarlo- y decidió dejarle todo el tiempo que deseara para meditar su resolución. Lutz, por su parte, continuó inspeccionando los muelles y propinando palizas a los nativos como si nada hubiera pasado. Así transcurrió un mes y Kerrigan empezó a sospechar que Lutz estaba maquinando algo aunque su comportamiento ni siquiera lo insinuara. Por ello tomó una medida: la de hacerle viajar. Alegando que los empleados de las embarcaciones destinadas al contrabando hacían escalas imprevistas en Hong-Kong y Victoria y allí vendían parte de la carga sin su consentimiento, quedándose ellos con los beneficios de la venta, que luego, claro está, no declaraban, le indicó la necesidad de que uno de los dos -no tenían ningún hombre de confianza que pudiera suplirles- acompañara personalmente los envíos y tomara parte en las expediciones. Kerrigan no podía dejar la administración y su presencia en Amoy era indispensable; las ocupaciones de Lutz, en cambio, podían muy bien ser encomendadas a una pareja de matones. Aunque al alemán no le satisfizo la idea de tener que pasar tanto tiempo fuera de la ciudad no pudo oponerse a los razonamientos de Kerrigan y empezó a dirigir personalmente los viajes al Golfo de Bengala y al Mar de Java. Tanto Kerrigan como Lutz eran expertos en el oficio y por tanto las expediciones en busca de mercancía no representaban un gran peligro para éste, que conocía a la perfección las rutas de navegación menos vigiladas y también sabía sortear las asechanzas o escapar de las persecuciones de las patrullas de la policía británica. Pero en muchas ocasiones la llegada de las cargas a las ciudades que las suministraban -Madras y Singapur principalmente- se retrasaban, y Lutz y su embarcación se veían forzados a permanecer esperando en los puertos varias semanas, con lo que las ausencias del alemán duraban a veces más de dos meses -bien entendido que, por supuesto, Lutz sólo viajaba cuando el género era muy delicado o de primera categoría-. Ello dejó las manos completamente libres a Kerrigan en Amoy. Por un lado empezó a estafar a Lutz, que ahora se veía imposibilitado para cobrar sus honorarios semanalmente y para revisar las cuentas con tanta frecuencia como lo había hecho hasta entonces; Kerrigan le pagaba cada vez que Lutz regresaba de una travesía, pero siempre menos de lo que le correspondía. Con esto descartaba un peligro: el de que Lutz hubiera decidido demorar su respuesta hasta que tuviera ahorrado suficiente dinero como para superar la situación desventajosa en que se hallaba cuando Kerrigan le propuso comprarle su parte del negocio y para gozar de cierto bienestar monetario. Por otra parte, compró con favores la lealtad de la mayoría de los empleados de la compañía y -quizá pecando un poco de previsor- instaló en sus oficinas un verdadero arsenal: escopetas, rifles de repetición, municiones, pólvora y pistolas, por lo que pudiera suceder si un día Lutz daba rienda suelta a su rencor e intentaba tomar el local con una cuadrilla de maleantes. Kerrigan comenzó a sentirse seguro y a confiar en que la compañía sería exclusivamente suya en un plazo muy breve. Lutz, con sus constantes idas y venidas -al prosperar el negocio las demandas se habían hecho enormes-, estaba cada vez más desligado de lo que concernía a la dirección de la firma y se había convertido en un capataz; o, por lo menos, sus tareas no eran ya las propias de un copropietario acaudalado, sin duda alguna. Los meses pasaron y Lutz, por otra parte, siguió sin hacer la menor referencia a la proposición que Kerrigan le había hecho la noche del primer aniversario de la fundación de la compañía. Kerrigan llegó incluso a pensar que se le había olvidado y a preguntarse si tal vez no debería volver a hacerle su ofrecimiento -muy generoso ya entonces- aumentando la cantidad. Hasta que, once meses después de aquella noche, Lutz explotó. Como ya he dicho antes, la mayoría de los viajes del socio del atormentado capitán del *Tallahassee* tenían como meta Madras o Singapur, y era en esta última ciudad en la que con mayor frecuencia los encargos se retrasaban y Lutz tenía que pasar varias semanas aguardándolos con su embarcación anclada en el puerto. Ello, al parecer, le permitió

familiarizarse con las costumbres y bares de la ciudad y hacer algunos conocimientos. Aproximadamente once meses después de aquella noche, como digo, Lutz desembarcó en Amoy de regreso de un viaje a Singapur; pero no llegó solo: lo acompañaba un hombre de unos treinta y cinco años, rubio, alto, delgado, cetrino, con un frondoso bigote bajo su nariz, mirada algo torva que también podía deberse a una pronunciada miopía sin corregir, vestido exactamente igual que Lutz con la diferencia de que el traje blanco -tan arrugado como el de éste- le sentaba bastante mejor, y portando, por lo menos, un enorme pistolón cuya culata asomaba por el bolsillo derecho de sus pantalones haciendo que el faldón de su chaqueta, levantado, se viera especialmente arrugado. Kerrigan los vio descender del barco desde la ventana de su despacho en *Kerrigan Lutz / Compañía de préstamos y navegación*, e, intrigado, se preguntó quién podría ser el amigo de su socio. Parecía un hombre decidido a pesar de que su figura era desvaída y, desde luego, su mirada no era noble. Su aspecto era el de un rufián, en suma. Los dos hombres, en vez de dirigirse inmediatamente hacia las oficinas de la compañía, tomaron el camino que llevaba al hotel en que siempre se había hospedado Lutz, y Kerrigan pensó que éste, haciendo un derroche de educación y buenas maneras que no estaba acostumbrado a ver en él, había considerado oportuno acompañar a su invitado hasta su alojamiento y aguardar a que se hubiera dado un baño y hubiera descansado un poco de la fatiga del viaje para presentárselo y para entregarle el informe de la operación efectuada en Singapur, que en aquella ocasión era un cargamento de seda de óptima calidad. Sin embargo, ante lo desusado de la situación, tomó sus medidas: envió a un chino al hotel Cleveland para que saludara en su nombre a Lutz y a su acompañante y les preguntara por el resultado del viaje, y por otra parte cargó dos de sus pistolas y se guardó una, de tamaño reducido, en uno de los bolsillos de su chaqueta y puso la otra en el cajón central de su mesa de trabajo. También llamó a dos de sus empleados y les advirtió que estuvieran alerta y que no se alejaran demasiado del edificio por si él los llamaba. Hecho lo cual se sentó ante una ventana desde la que se divisaba la puerta principal del hotel y se dispuso a esperar la llegada de Lutz y de su amigo de paso firme y desviación en la mirada. Se hicieron tardar los dos sujetos y Kerrigan no los vio salir y encaminarse hacia su local hasta hora y media más tarde. Durante este lapso de tiempo el chino que había enviado al hotel regresó diciendo que el señor Lutz se había negado a recibirle. Cuando se cercioró de que se dirigían hacia *Kerrigan Lutz* Kerrigan se apartó de la ventana, se sentó ante su mesa y esparció algunos papeles y documentos por encima de ella, con el objeto de hacerles creer, cuando entraran, que su llegada no había logrado apartarle de su trabajo. El recorrido desde el hotel hasta las oficinas de la compañía de préstamos y navegación no era demasiado corto, por lo que el capitán aún tuvo tiempo de asomarse un par de veces a la ventana y observar la marcha de los dos hombres. Ambos caminaban ahora con paso decidido y Lutz no disimulaba una expresión de felicidad en su rostro que Kerrigan no había visto desde la famosa noche, y esto le inquietó todavía más. Por fin, de nuevo sentado ante su mesa, Kerrigan oyó el ruido que hacían los botines de Lutz y los zapatos de su compañero al subir los escalones del porche y luego unos golpecitos suaves en la puerta de madera. Dijo:

«Adelante», y ésta se abrió dando paso a los recién llegados.

Lutz, muy sonriente, avanzó hasta Kerrigan y le ofreció su mano. Su actitud era cordial y Kerrigan se la estrechó. Entonces Lutz se volvió hacia el hombre alto y delgado y lo presentó como el señor Kolldehoff, holandés. Kerrigan, que se había puesto en pie sin separarse de la mesa, estrechó también su mano y, tras rogarles que tomaran asiento, volvió a dejarse caer sobre su silla. Lutz y Kolldehoff atendieron a las indicaciones de Kerrigan y entonces el primero empezó a hablar. Dijo que el cargamento, como siempre, había llegado sin novedad y que esperaba que

Kerrigan encontrara mejores ofertas de las que había tenido por el anterior envío de seda, a lo cual el americano contestó que haría lo posible, y añadió, dirigiéndose más bien a Kolldehoff, que la competencia estaba empezando a abrirse paso también en la ciudad de Amoy y que no era ya tan fácil colocar los géneros a buen precio como cinco años atrás. Kolldehoff se limitó a asentir con la cabeza en silencio. Fue entonces cuando Kerrigan cometió una imprudencia, aunque me imagino que de no haberlo hecho poco habrían variado los resultados de aquella entrevista: se encaró con Lutz y comenzó a hablarle de su próximo viaje, esta vez a Batavia, para recoger un cargamento de habanos procedentes de América. Le dio instrucciones, órdenes, le hizo ver la importancia de la mercancía -por primera vez americana-, le comunicó que habría de prescindir del timonel habitual por desconfiar de su fidelidad, le indicó la ruta que habría de seguir, le informó de la contraseña que habría de emplear para reconocer al hombre que le proporcionaría las cajas de habanos y, sin embargo, no observó que el rostro de Lutz se iba ensombreciendo más y más a medida que él hablaba. Entonces Kolldehoff miró al alemán con impaciencia y éste dio un puñetazo sobre la mesa. Kerrigan, sorprendido, interrumpió su torrente de palabras e instintivamente abrió un poco el cajón donde había escondido la pistola -con la mano izquierda- y se llevó la derecha al bolsillo de su chaqueta. Lutz, con mucho aplomo, se puso en pie y dijo que no deseaba demorar por más tiempo el feliz momento de comunicarle la buena noticia de que ya tenía una respuesta a la oferta que Kerrigan le había hecho once meses antes. Nuestro amigo se separó un poco de la mesa y preguntó:

«¿Y cuál es esa respuesta?»

«Deseo comprar tu parte, Kerrigan», contestó Lutz.

En todos aquellos meses lo único que Kerrigan no había previsto era lo que entonces estaba sucediendo: él nunca creyó muy hábil a su socio. Aunque suponía cuál iba a ser la contestación del alemán, dominó su nerviosismo, soltó una carcajada e inquirió con cierta sorna:

«¿Puedo saber con qué dinero, Lutz?»

La respuesta de éste no le defraudó:

«Con el del señor Kolldehoff, que será mi nuevo socio.»

Kerrigan podría haber intentado jugar la misma carta que Lutz y haber dicho que lo pensaría, pero por un lado estaba convencido de que éste no se dejaría engañar tan estúpidamente como él y por otro se imaginaba que ante tal contestación los otros le pondrían un plazo. Por ello tomó la determinación de hacer de una vez frente al problema y, sacando de su bolsillo la diminuta pistola, encañonó a Lutz y a Kolldehoff y dijo:

«Ya estoy harto de tenerte aquí, Lutz. No quiero matarte ni tampoco a tu amigo, a quien acabo de conocer y contra el cual no tengo nada. Has sido un mal socio y la compañía, lo sabes muy bien, es mía. Es mi idea y mi trabajo. Largaos de aquí para siempre y no volváis a poner los pies en este edificio si no queréis obligarme a mataros. ¿Lo oyes bien, Lutz? Si me dejas algunas señas te enviaré lo que te corresponde por tu parte en el negocio, aunque si no te fías de mí no te lo reprocharé. Has de correr el riesgo. Y ahora fuera de aquí. Te lo advierto, Lutz: te mataré si intentas algo. Y a usted también, señor Kolldehoff.»

Los dos hombres retrocedieron hasta la puerta, la abrieron y salieron. Antes de cerrar Lutz exclamó lleno de ira:

«¡Tendrás noticias mías, Kerrigan!»

Kerrigan sabía que Lutz no se atemorizaría por unas simples amenazas, y si no lo mató entonces fue, según él mismo confiesa, porque ya se iba haciendo mayor y empezaba a costarle trabajo matar a una persona a sangre fría. Estaba seguro, mientras los veía alejarse en dirección al

hotel desde la ventana, de que Lutz y Kolldehoff, aquel holandés impasible, volverían para tratar de matarle al cabo de unos días, cuando hubieran configurado un plan.

Efectivamente, pasaron tres días sin que nada demasiado anormal sucediese y Kerrigan, no obstante, tuvo ocasión de comprobar cuál era el plan -o al menos los primeros pasos del plan- de los dos centroeuropeos. Durante aquellos tres días los empleados de Kerrigan -cuya lealtad, como usted recordará, había comprado durante las prolongadas ausencias de Lutz- fueron desapareciendo de forma aparentemente misteriosa; y digo aparentemente porque Kerrigan sabía con certeza que Kolldehoff y su dinero los estaban sobornando para que lo abandonaran. Sin embargo, conocía a los chinos y su peculiar sentido de la amistad: él no los había comprado con dinero, sino con favores y buenos tratos y por tanto sabía que sus subordinados no levantarían una mano contra él por mucho que les ofreciese Kolldehoff y les intimidase Lutz; se limitarían a no apoyarle y a hacerse a un lado en la rencilla. No estarían de su parte, pero tampoco estarían de la de sus enemigos. Por ello, cuando al cuarto día la última pareja de empleados se esfumó, Kerrigan tuvo la seguridad de que tendría que luchar para guardar sus posesiones aquella misma noche, solo, y de que sólo tendría que hacerlo contra dos hombres.

Pasó la mañana ocupado en cargar, una por una, todas las armas de que disponía y en colocarlas en sitios estratégicos de toda la casa: puso un rifle de repetición junto a todas las ventanas (que atrancó, así como las puertas, con gruesas estacas de madera) de tal manera que pudiera desplazarse con gran agilidad -sin el peso de un arma- de una zona del edificio a otra sabiendo que en cualquiera de ellas tendría algo con que disparar preparado a su alcance. Confiaba, además, en que con ello lograría dar la impresión de que eran varios hombres los que hacían fuego y, si no ahuyentar a sus atacantes, sí al menos hacerles dudar de su superioridad numérica y desconcertarles. La tarde, sin embargo, con todo ya bien calculado y nada que hacer sino esperar, le resultó inaguantable. Nervioso, paseaba por las habitaciones vacías, intentaba leer sin conseguirlo, bebía sin demasiadas pausas entre copa y copa. Cuando llegó la noche estaba muy excitado y algo ebrio. La casa de Kerrigan estaba rodeada por matorrales que él, desde una ventana, vigilaba constantemente. Empezó a ver sombras y a creer que oía pisadas y que los matorrales se movían hacia las nueve de la noche. A las nueve y media oyó un griterío lejano y vio cierto fulgor desacostumbrado sobre la zona del puerto, que apenas si se divisaba desde *Kerrigan Lutz*: No hizo mucho caso y a las diez, cuando volvía a sospechar de los matorrales, la voz de Lutz le sobresaltó y, al oírla, apagó las luces de todo el edificio.

«¡Kerrigan! Tus barcos están ardiendo desde hace media hora; sal a verlo si tienes valor», había gritado la voz del alemán.

Kerrigan comprendió dos cosas en aquel instante: por un lado, que el resplandor proveniente de la zona portuaria se debía al incendio de sus embarcaciones, y por otro, que Lutz no tenía el menor interés en quedarse con la compañía; sólo le interesaba vengarse de la oferta que le había hecho la noche en que celebraron el primer aniversario de la fundación de la firma y para lograrlo estaba dispuesto a destruirlo todo: los barcos, las mercancías, las oficinas, todo. Se dio cuenta de que había enfocado erróneamente la defensa de sus propiedades y, rabioso, contestó con una descarga hacia el lugar de donde había salido la voz de Lutz. Oyó como éste se replegaba y se escondía entre los matorrales y casi al mismo tiempo varias balas acribillaron las contraventanas desde las cuales había disparado. Se retiró de allí y esperó un rato hasta que volvió a oír la voz de Lutz:

«Ya no tienes nada, Kerrigan, sólo esas malditas oficinas. Abandónalas si no quieres perderlas también, y con ellas la vida. He quemado las embarcaciones, pero todavía queda el dinero. Si nos

entregas todo lo que tienes, nos iremos.»

Kerrigan volvió a disparar contra los matorrales, pero aún escuchó la risa de Lutz cuando dejó de hacer fuego. No veía nada y empezó a perder el control de sus nervios. Le pareció oír un ruido en la puerta trasera; corrió hasta allí y vació un cargador sobre ella. Creyó también oír un quejido y, curioso, abrió la puerta para echar un vistazo. Recibió una lluvia de balas y una de ellas le alcanzó en una pierna. Era, por supuesto, Kolldehoff. Cerró apresuradamente, se sentó en el suelo, comprobó que la herida no era grave y que el proyectil no había roto ningún hueso y podía andar, y trató de calmarse. Mientras, seguía oyendo la voz de Lutz, que se burlaba de él y le amenazaba. De pronto se le ocurrió una idea. Elevó la voz y llamó a Kolldehoff. Éste no respondió, pero Kerrigan continuó:

«No sé quién eres ni me importa, Kolldehoff, pero sé que eres un miserable y que no tienes dinero ni para comprar la compañía ni para volver de aquí a Singapur. ¿Cuánto te paga Lutz por hacer esto? Sea lo que sea yo te pagaré el triple si te pones de mi lado. Acabemos con él, ¿eh, Kolldehoff ¿Estás de acuerdo?»

Hubo un rato de silencio y entonces la parca contestación del holandés se oyó clara y nítida: «¡No!», gritó.

Y acto seguido Lutz volvió a hablar con triunfalismo. Lanzó varias carcajadas y repitió una y otra vez que Kerrigan estaba perdido sin remisión. El capitán corrió de nuevo hasta la puerta delantera y disparó una vez más contra los matorrales, sin ningún éxito. Entonces hubo unos minutos de silencio hasta que, procedente de la parte trasera de la casa, se oyó el ruido de una ráfaga de aire. Kerrigan fue hasta allí y vio que Kolldehoff había lanzado una antorcha que había entrado a través de los cristales rotos por las balas del holandés y que había prendido las cortinas de lo que era su dormitorio. Las arrancó y sofocó el fuego, pero mientras acababa de extinguirlo dos teas más penetraron por la ventana rota y oyó cómo Lutz, por el otro lado, estaba a su vez lanzando antorchas encendidas. Notó que una de ellas caía sobre el tejado, de paja, y las llamas empezaron a extenderse por toda la casa. Recordó entonces que tenía pólvora almacenada y corrió al cuarto en que estaba guardada. Abrió una ventana y echó fuera tres o cuatro cajas; no le dio tiempo a más porque el humo le atosigaba y hacía llorar a sus ojos y además oyó que uno de los dos estaba intentando echar abajo la puerta delantera. Se trasladó hasta allí, algo renqueante ya a causa de la mucha sangre que había perdido, y aguardó, escondido detrás de un enorme archivador de madera muy gruesa, a que la entrada cediera, con una pistola en cada mano. Cuando la puerta se abrió de golpe Kerrigan no pudo ver a nadie hasta que de repente Lutz entró, disparando hacia todos los puntos de la habitación. Kerrigan esperó un poco más, y cuando vio que el humo empezaba a irritar los ojos de Lutz y a cegarle, salió de su escondite y abrió fuego contra él. Lutz soltó la escopeta que llevaba entre las manos y se desplomó. En realidad cayó al suelo aparatosamente y en pocos segundos su cabello rubio estropajoso y su traje blanco se tiñeron de rojo. Kerrigan vio borrarse sus facciones y aprovechó el momento para salir de la casa, próxima a explotar, con tanta rapidez como su pierna herida le permitía, pero mientras corría hacia los matorrales sintió el impacto de una bala en el hombro izquierdo. Tuvo tiempo de volverse y de ver a Kolldehoff, que sin duda había entrado por la puerta que hasta entonces había asediado, en el umbral. Un segundo después lo que quedaba de *Kerrigan Lutz* voló por los aires. Kerrigan no sabe a ciencia cierta si Kolldehoff murió, pues así como se encontraron los pies y parte del tórax de Lutz, nada se pudo hallar que demostrara que el holandés silencioso había sido partido en pedazos en aquel lugar; ni tampoco, nunca, se volvió a saber de él.

Como le dije muy al principio de esta narración, Kerrigan, en el año 1892, se encontraba en la

ciudad de Amoy arruinado y prematuramente envejecido, rabioso y desolado. Había cifrado sus esperanzas de regenerarse y llevar una vida apacible en la compañía de navegación, que le había costado cinco años poner en marcha. La destrucción de todo lo que poseía, incluido el dinero, que guardaba en las oficinas, fue un duro golpe para él y lo hizo aún más amargado y rencoroso. Decidió que nada valía la pena y comprendió que jamás llegaría a convertirse en un caballero digno y respetable y que la única manera de vivir era por y para el presente y sin tener ningún tipo de consideración hacia los demás. Usted se preguntará que cómo puedo decir que fue entonces cuando tomó estas decisiones, pero le diré que Kerrigan siempre tuvo el deseo recóndito de abandonar su vida aventurera y llegar a ser lo que por ejemplo fue su padre: un terrateniente querido y admirado por su familia y por sus vecinos. Si Kerrigan se endureció y fue un hombre cruel y despiadado fue principalmente por culpa de las aciagas circunstancias que siempre lo rodearon. Fue entonces, como digo, en 1892, cuando tomó aquellas decisiones, y precisamente que fuera entonces cuando lo hizo, hace sólo doce años, hace aún más admirable su figura actual, que poco tiene que ver con la de aquella época. No crea usted que es fácil que un hombre tan desengañado como Kerrigan cambie después de haber rebasado los cuarenta; y él lo hizo, créame, a pesar de que hace unos días tirara por la borda a Amanda Cook y apuñalara al capitán Seebohm. También yo disparé contra Léonide Meffre hace unos días y no por ello me considero un desalmado aun en contra de la opinión de la señorita Bonington. Bien, reanudaré mi relato: el capitán Kerrigan consiguió llegar hasta Hong-Kong y allí permaneció, vagando por los muelles y viviendo de pequeñas chapuzas que le ofrecían, hasta que se hubo restablecido plenamente de sus heridas. Entonces trató de enrolarse en la tripulación de algún barco con destino a América, pero aquello no era fácil: era la época de las grandes emigraciones al nuevo continente y los asiáticos que aspiraban a lo mismo que Kerrigan se contaban por millares. Ni su experiencia ni su condición de americano le sirvieron de nada y -esto es muy confidencial- su grado de capitán es tan sólo imaginario. Salir de China se convirtió en una verdadera obsesión para él hasta el punto de que llegó a asesinar a dos marinos, uno americano y otro francés, con el fin de apoderarse de su documentación y sus uniformes y suplantarlos. Pero en ambas ocasiones -en una porque la víctima era el hijo del comandante del navío y en otra porque sus conocimientos de francés eran muy leves- fue descubierto y se vio obligado a huir precipitadamente y a permanecer escondido hasta que las embarcaciones de los marinos hubieran zarpado. Su situación era tan desesperada que incluso trató de ahorcarse, pero fue salvado en última instancia, aunque no recuerdo ahora por quién. Llevó esta miserable existencia plagada de reveses, infortunios y traspies durante casi un año, hasta que por fin, y de forma un tanto casual, encontró la oportunidad de abandonar Hong-Kong. Kerrigan, entre otros muchos oficios, había aprendido el de carterista, y durante la temporada que siguió a la desaparición de *Kerrigan Lutz* se vio obligado a desempeñarlo con mucha asiduidad. Por ello frecuentaba los vestíbulos de los grandes hoteles. Aún conservaba uno de los elegantes trajes de director de una compañía de navegación y sus relucientes botas altas, y con esta indumentaria y un sombrero que robó con este fin, su presencia en los lugares más finos de la ciudad no desentonaba ni era rechazada por porteros, gerentes, ordenanzas y demás ralea. Sus hurtos no eran espectaculares y las más de las veces no eran denunciados hasta que él ya se había alejado del lugar del delito, por lo que su rostro no era conocido ni sus pasos seguidos por los detectives del hotel. Por otra parte, los que pagaban siempre en tales circunstancias eran los botones y porteadores nativos, con lo que Kerrigan, en sus fechorías, gozaba poco menos que de total impunidad. Un día estaba en el vestíbulo del hotel Empire, tal vez el segundo mejor de la ciudad, sentado en uno de los sofás de espera y al lado de un caballero cincuentón y de aspecto

severo, elegantemente trajeado y que llamaba la atención por su cuidadísimo bigote y por su monumental monóculo y que, según se deducía de su actitud impaciente, aguardaba la bajada de alguna dama que se habría entretenido en el tocador más tiempo del calculado. Kerrigan leía un periódico y con poco disimulo -su destreza le hacía confiado- iba acercando su mano al bolsillo derecho de la chaqueta del caballero; justo en el momento en que la introducía y, tras tantear y sentir el familiar contacto, sacaba lentamente con los dedos índice y corazón una cartera de cuero, el caballero se incorporó levemente para dar la bienvenida a otro hombre, más joven que él, pero igualmente bien vestido. Kerrigan tuvo tiempo de guardarse la cartera sin ser visto, e inmediatamente después de que lo hubiera hecho, el caballero se volvió hacia él y le rogó que se corriera un poco para hacer sitio a su amigo. Kerrigan obedeció atentamente y entonces los dos hombres mantuvieron una breve conversación. El de más edad estaba de pésimo humor por dos motivos: su esposa -Kerrigan no había fallado en sus suposiciones- se retrasaba insolentemente, y sus gestiones para contratar a un experto marino habían constituido un rotundo fracaso. El joven - en realidad tendría muy pocos años menos que el mismo Kerrigan, por entonces ya un cuarentón- contestó que tampoco él había tenido éxito y propuso como explicación al hecho de que los marinos se negaran a acompañarles que todos deseaban cobrar por adelantado. A esto el caballero del monóculo respondió con violencia y malos modos que no se trataba de eso sino de que los tiempos habían cambiado y ya no había gente amiga del riesgo. Según él, todos aquellos marinos eran un hatajo de cobardes que no se movían de sus casas si no sabían antes de partir hacia dónde se dirigían y cuánto tiempo duraría el viaje. Reconocía que ellos eran unos excéntricos, pero encontraba desmesuradas las prevenciones de aquellos individuos. Como podrá usted imaginar, Kerrigan no lo dudó un instante. La conversación de los dos caballeros no le había dado ningún detalle acerca del tipo de travesía que se traían entre manos, pero poco le importaba un sitio u otro con tal de abandonar aquel país en el que la mala suerte se había ensañado con él. Así que aprovechando que el caballero del monóculo le daba la espalda al estar vuelto hacia su compañero, sacó de su bolsillo la cartera que le había robado, le tocó suavemente en un hombro y, ofreciéndosela, le advirtió que se le había caído al suelo. El caballero, que debía de estar de muy mal talante, ni siquiera se llevó la mano a la chaqueta para comprobarlo y, mirándola con desconfianza, le preguntó si estaba seguro de que aquella era su cartera. Kerrigan, entonces, contestó que sí utilizando la fórmula que emplean los marinos de la armada inglesa para ello (aye, are, señor) y dijo que la había visto deslizarse de su bolsillo cuando el caballero había hecho un movimiento brusco con el brazo. Como usted sabe, esta peculiar forma de decir sí que tienen nuestros marinos es universalmente conocida y además, en aquella ocasión, los dos caballeros eran ingleses que residían en la India, de modo que al escuchar la contestación de Kerrigan sus rostros se iluminaron y el de más edad, sin siquiera recoger de sus manos la cartera perdida, le preguntó si era marino.

«Aye, are, señor», volvió a decir Kerrigan con un acento exageradamente británico, «durante quince años he sido capitán de un buque al servicio de Su Majestad». Y añadió: «Capitán Joseph Dunhill Kerrigan, a sus órdenes.»

El caballero del monóculo cogió por fin la cartera, le dio las gracias y se presentó como el doctor Horace Merivale y acto seguido el hombre más joven hizo lo propio como Reginald Holland, y ambos, casi al unísono, le invitaron a tomar algo en el bar del hotel. Kerrigan aceptó de buen grado y los tres se encaminaron hacia el lugar no sin antes haber advertido a un conserje que si la señora Merivale bajaba le indicaran en qué sitio podría encontrarles. Una vez que se hubieron sentado a una mesa y tuvieron ya sus copas, Reginald Holland se atrevió a preguntarle a

Kerrigan si aún estaba en servicio activo, pero antes de que Kerrigan pudiera contestar que ya estaba retirado y que se hallaba en Hong-Kong haciendo turismo -aunque tuvo ocasión de manifestarlo más tarde- el doctor Merivale intervino y, haciendo votos por que la franqueza imperase en todas las relaciones, fueran personales o comerciales, reprendió a Holland por andarse con rodeos y se encaró con Kerrigan directamente. Le explicó sin ambages que necesitaban con urgencia la cooperación de un hombre extremadamente familiarizado con el mar y sus secretos que estuviera dispuesto a adentrarse en el Océano Pacífico sin rumbo determinado y a la búsqueda de islas paradisíacas. Kerrigan, un tanto sorprendido por estos fines, le preguntó que a qué se refería con exactitud al hablar de islas paradisíacas. El doctor Merivale se sonrojó un poco, quizá pensando que Kerrigan lo tomaba por un ingenuo, y le amplió la información: tanto Holland como él eran enormemente ricos -no dijo por qué y Kerrigan supuso que habrían heredado minas o el control de grandes empresas- y tenían la intención de comprar -a instancias de la caprichosa señora Merivale: se excusó- una isla en el Pacífico de clima constantemente cálido y que estuviera deshabitada. Allí podrían construir una gran mansión o, quien lo sabía, tal vez fundar una ciudad de la que ellos serían dueños y a la que podrían bautizar, por ejemplo, con el nombre de Merry Holland -y aquí fue el de menos edad quien enrojeció más, no se sabe si de vergüenza o de placer-. Añadió Merivale que, por supuesto, no había contado tal historia a los marinos chinos o tabernarios por estimar que eran gente de escasa agudeza y de menos escrúpulos que se habrían reído de sus intenciones o habrían tratado de desvalijarlos a la primera oportunidad. En su lugar les habían hecho creer que eran arqueólogos en busca de islas inexploradas; y agregó, con cierta ampulosidad servil, que la cosa cambiaba al tratarse de un marino de la Armada Real Británica de fino espíritu, de un conocedor del mundo y de la complejidad de la vida, de un oficial de honor. Kerrigan, que había escuchado a aquellos dos megalómanos con una indiferencia en verdad británica y marcial, se limitó a responder que aceptaba la oferta, a manifestar que los honorarios que habría de cobrar no eran una cuestión que tuviera importancia para él y que por tanto les rogaba que fueran ellos los que decidieran la cantidad, y a preguntar si disponían ya de una embarcación. Los dos hombres, alborozados por su respuesta afirmativa, contestaron que ya habían adquirido, por un precio razonable si se tenía en cuenta que las excelencias de la embarcación no eran escasas, un pequeño velero que sólo necesitaba de un capitán -con el que ya contaba- y de dos marineros -los cuales, dijeron, esperaban que fueran fáciles de reclutar entre los muchos muertos de hambre que veían por las calles- para lanzarse al océano; y estrecharon la mano de Kerrigan con mucho énfasis y calor.

Éste expresó sus deseos de ver el barco antes de partir y prometió estar listo para zarpar en un plazo de treinta y seis horas y encargarse de contratar a los dos esbirros. El doctor Merivale y el señor Holland rieron de buena gana ante la ocurrencia de Kerrigan, que tan ingeniosamente había apodado a los que habrían de ser poco menos que sus compañeros de viaje, pagaron, y después de haber concertado una cita con él para el día siguiente con el fin de que comprobara el buen estado del velero y si era adecuado para realizar sus extravagantes propósitos, y con el de estudiar con detenimiento y con el consejo del capitán la ruta que habrían de seguir, se retiraron, seguramente decididos a subir de una vez a los aposentos de la señora Merivale.

El *Uttaradit*, un pesquero cuya descripción es superflua, zarpó setenta y dos horas después de que esta conversación tuviera lugar con las seis personas previstas a bordo; y lo cierto fue que, en contra de lo que en buena lógica cabría haberse esperado a juzgar por el previo comportamiento de sus propietarios, los dos megalómanos y la señora Merivale, una vez que hubieron abandonado el puerto de Hong- Kong y se vieron verdaderamente privados del contacto -tan habitual que se

hace indispensable- con inferiores dispuestos a servirles, se desentendieron por completo del rumbo que el velero había tomado y prácticamente se abstuvieron de dirigirle la palabra a Kerrigan. Genuinos representantes de una sociedad que -como la nuestra- sólo concibe la existencia como una travesía del horizonte liberada de obstáculos y colinas, como una travesía realizada con fines eminentemente contemplativos, dejaron en manos de Kerrigan no sólo lo que concernía al gobierno del barco, sino también, de hecho, todo cuanto afectaba a sus ambiciosos proyectos. Ello no representó un motivo de disgusto para Kerrigan, antes al contrario. Puesto que Merivale y Holland andaban a la búsqueda de una isla de clima permanente y cálido, la dirección que el velero estaba obligado a tomar era meridional, pues las islas del Pacífico que se encuentran en el mismo paralelo que Hong-Kong, aparte de ser escasas, no gozan de tan estimables temperaturas. Pero como ya le he dicho, Kerrigan deseaba regresar a su país natal, y después de haber viajado durante unos días con rumbo sur, al comprobar que sus patrones eran tan confiados como ignorantes, viró en ángulo recto y tomó un rumbo que Merivale y Holland, de haberseles ocurrido pensar alguna vez que el sol sale por oriente, habrían identificado con gran facilidad como este. Y los esbirros, claro está, demostraron que lo eran y no osaron rechistar. Kerrigan tomó la decisión de engañar a sus patrones sin antes haber configurado un plan que le permitiera salir indemne de las iras de los excéntricos cuando éstos -tarde o temprano tendrían que advertirlo- se dieran cuenta de que se había aprovechado de su ingenuidad. Pero poco le importaba. Atareados como estaban los dos hombres en tomar el sol, preservar sus estómagos del balanceo y jugar al bridge en sus cabinas, Kerrigan confiaba en que no se darían cuenta del engaño hasta por lo menos alcanzar las islas Brooks, y para entonces confiaba, mejor dicho, estaba seguro de disponer de un buen plan o del valor necesario para acabar con ellos sin pestañear.

La señora Merivale, de nombre Beatrice, era, sin embargo, otra cuestión. Rubia, muy bella, caprichosa y arrogante, parecía desdeñar a la humanidad entera, incluyendo en ella a su marido y al señor Holland. Mucho más joven que aquél, sin duda se había casado por dinero, y, con sus amplios pantalones blancos y sus pañuelos al cuello, los tres primeros botones de la blusa siempre desabrochados y un aire que era mezcla de ausencia y provocación, se paseaba por el velero o permanecía sentada durante largo rato cerca de Kerrigan, distrayéndole con su fragancia. E incluso, muy de cuando en cuando, le distraía con espaciadas preguntas acerca del mar y de los criterios de navegación, formuladas en un tono que más que otra cosa parecía indicar que consideraba a Kerrigan un simple manual que encerraba todas las contestaciones. Esto, y que con frecuencia peinara su largo cabello rubio sobre cubierta, eran dos cosas que exasperaban a Kerrigan, quien se sentía impedido para hacer cualquier tipo de avance o insinuación respecto a ella. No parecía tonta, sino más bien lo contrario, y por eso el capitán, así como tenía la certeza de que ninguno de los dos hombres había advertido el cambio de rumbo, ignoraba si Beatrice Merivale lo había hecho. A veces, mientras su marido y Reginald Holland estaban ocupados con sus naipes, se quedaba mirándole fijamente durante largo rato, como pidiéndole explicaciones por su conducta desobediente, con un gesto de desafío cuyo alcance Kerrigan no llegaba a comprender. Y sobre todo, cuando los dos caballeros, al cabo de diez días de viaje, preguntaron extrañados cómo aún no habían encontrado ninguna isla en su camino y la señora Merivale les tranquilizó diciéndoles, a manera de reproche por su ingenuidad, que el *Uttaradit* no era uno de aquellos nuevos y tremendos buques de vapor que avanzaban tan rápidamente y en los que ellos estaban acostumbrados a viajar, Kerrigan empezó a sospechar que, tácitamente, Beatrice Merivale se había entregado a su voluntad.

Pasaron los días y Kerrigan, avisado de que los dos hombres ofrecían el peligro de ser tan

impacientes como inocentes, cambió de actitud y decidió alterar sus planes. Aminoró la forzada marcha que habían llevado hasta entonces y una mañana reunió a los tres pasajeros del velero y les anunció que se estaban aproximando a un archipiélago. La noticia fue acogida con enorme alborozo por parte del doctor Merivale y Reginald Holland y con una expresión de extrañeza por parte de la señora, que no hizo sino fortalecer las suposiciones del capitán. Este no sólo había decidido detenerse en la isla Marcus -cuyos islotes adyacentes eran incontables, no figuraban en los mapas y, por decirlo de alguna manera, estaban por descubrir- para contentar a sus patrones, sino que también lo había hecho porque empezaban a estar necesitados de provisiones y porque juzgó que el *Uttaradit*, inadecuado para el tan largo recorrido que se proponía hacer, debería ser inspeccionado en un puerto, o incluso cambiado -quiero decir sustituido- por otra embarcación de mayor envergadura. Los millonarios, sin embargo, estaban tan encantados ante la perspectiva de visitar de una vez algunas islas, que a pesar de que Kerrigan inventó una pequeña avería que aconsejaba dirigirse en primer lugar a la isla principal -ya habitada- para repararla, insistieron en que si ello era factible deseaban echar un vistazo a sus posibles posesiones con anterioridad; y Kerrigan, a quien no interesaba indisponerse con ellos, no tuvo más remedio que acceder a sus peticiones. Enfiló el velero hacia los islotes (que se encuentran situados un centenar de millas al sur de la isla Marcus) aturdido por los infantiles vítores de Merivale y Holland. Pasaron el resto de la mañana en un islote feo, diminuto y carente de atractivos que hizo disminuir el entusiasmo de aquéllos. Por fin, cansados y un tanto decepcionados, pusieron rumbo a la isla principal. La isla Marcus, o Minamitorijima para los japoneses, es un atolón elevado -veinte metros sobre el nivel del mar- de forma triangular y rodeado en su perímetro por arrecifes de coral. El puerto, según Kerrigan, era de ínfima categoría y las embarcaciones ancladas en él se podían contar con los dedos de una sola mano. No había ninguna que superara al *Uttaradit* en potencia y velocidad y Kerrigan se vio obligado a desechar la idea de abandonarlo. Había, un pueblo pesquero de una veintena de habitantes con un solo establecimiento que hacía las veces de cantina y almacén. En él pudieron comprar víveres y algún objeto -sombrosos, chales o abalorios- que a los Merivale y a Holland se les antojaron exóticos. Kerrigan propuso pasar la noche allí y aguardar a que los esbirros y un técnico austriaco que encontraron en el pueblo dejaran en buen estado el maltrecho velero para al día siguiente, muy de mañana, reemprender la búsqueda de islas paradisíacas. Mientras el *Uttaradit* era inspeccionado al anochecer, el capitán y los pasajeros esperaron en la cantina y pidieron vino al empleado que la custodiaba. Se acomodaron en la única mesa que había allí y, de no haber sido por la intervención del austriaco, que en un momento dado apareció para comunicarles que el barco no tenía ninguna avería y sin ser invitado se sentó con ellos, Kerrigan habría emborrachado al doctor y a su amigo y habría partido aquella misma noche con la señora Merivale como única pasajera. Pero aquel técnico perdido en aquel lugar quién sabe por qué razones ocultas echó a perder sus planes. Era un hombre tosco y locuaz, de barriga prominente, grandes mostachos azulados, pésimo acento inglés y grotesco apellido: Flock. Mostró excesivo asombro por que el capitán Kerrigan hubiera proclamado que el pequeño velero chino tenía una avería, bebió demasiado impidiendo con ello que lo hicieran Merivale y Holland e interrogó también en exceso y con avidez a la señora. Kerrigan estaba molesto por todo ello y no dijo ni una palabra durante el tiempo que permanecieron en aquel establecimiento ruinoso. Pero hubo un momento en el que sintió casi irresistibles impulsos de propinar un puñetazo a Flock y tuvo que morderse los labios para no hacerlo: Beatrice apenas si contestaba con monosílabos a las imprecisas preguntas que le hacía el austriaco, pero los megalómanos, en parte para evitar que Flock siguiera dirigiéndose a ella, en parte porque habían recobrado su optimismo y buen humor

con el vino que habían ingerido, empezaron a hablar más de la cuenta y acabaron por confesar al técnico cuáles eran los motivos que les habían llevado a aquel paraje. Entonces Flock que probablemente era un buen hombre y no tenía malas intenciones, exclamó sorprendido:

«¡Ah, pero para eso tienen que ir más al sur! Aquí no encontrarán nada que sea de su agrado.»

«¿Más al sur?», preguntó entonces Holland, y añadió: «¿En qué paralelo nos encontramos?»

Fue entonces cuando Kerrigan estuvo a punto de derribar a Flock, pero tuvo que reprimirse y éste respondió:

«Estamos un poco más al norte, casi lindando con el Trópico de Cáncer.»

Merivale, entonces, se encaró con Kerrigan y le preguntó que cómo explicaba aquello. El capitán, algo nervioso, respondió que había tomado aquella dirección sin consultarles por su propio bien: él conocía la zona a la perfección y sabía de la existencia de numerosas islas que cumplían todos los requisitos necesarios para satisfacerles, pero los había visto tan empeñados en ir hacia el sur que no se había atrevido a comunicarles que se había desviado por temor a que se hubiesen enfadado y le hubieran obligado a alterar el rumbo antes de llegar a aquella zona. Había supuesto que, al constatar la belleza de sus islas, le habían de agradecer su iniciativa. Pero entonces Flock, respaldado por los millonarios -que súbitamente recordaron su desilusión de la mañana cuando habían recorrido el primer islote-, le dijo que debía de estar equivocado. Él, manifestó, conocía muy bien aquella zona y tenía la certeza de que las islas que se podían encontrar por allí no tenían comparación con las que había más al sur, en las Carolinas, y les aconsejó que tomaran aquella dirección. Kerrigan, tenaz, desautorizó las palabras del austriaco y dijo con tono ofendido que él sabía muy bien lo que se traía entre manos y les aseguraba que no habría virado si no estuviera convencido de que los islotes Marcus eran los más hermosos de todo el Océano Pacífico. Flock soltó una carcajada y se enzarzó en una discusión sin fin. Él repetía una y otra vez que no encontrarían nada que fuera de su agrado en aquel lugar y Kerrigan, cada vez más excitado, sostenía lo contrario. Los millonarios se limitaban a decir que desde luego lo que habían visto por la mañana no era digno de los elogios de Kerrigan y más bien parecía demostrar que era Flock quien llevaba la razón. Así continuaron durante más de media hora hasta que de repente Beatrice Merivale dio, golpe en la mesa y dijo:

«Basta, caballeros. ¿A quién vamos a creer ¿A un miserable técnico que, como es obvio», y miró a Flock con infinito desprecio de arriba a abajo, «nunca ha llegado a nada o a un marino de Su Majestad que ha demostrado conocer su oficio a la perfección, que goza de una posición digna y seguramente de un brillante historial que la modestia le impide confesar, y que ha tenido la generosidad de aceptar nuestro insólito ofrecimiento cuando estábamos desesperados y sus planes eran muy distintos? Parece mentira, señores, que todavía puedan dudar sobre quién está diciendo la verdad.»

Merivale y Holland callaron y se miraron entre sí, abochornados. Hubo unos segundos de silencio y Kerrigan aprovechó la ocasión para intervenir:

«Gracias, señora Merivale», dijo; «le agradezco lo que ha hecho por mí. Caballeros, si ustedes así lo desean, nos dirigiremos mañana hacia las Carolinas. No les reprocho que duden de mí por haberles traído hasta aquí sin su permiso. Pero, créanme, lo hice impulsado por los motivos que ya he mencionado y creo que, de una u otra forma, ya que estamos aquí, no perderán ustedes nada por que mañana al amanecer visitemos las islas cercanas. Que nos haya defraudado el islote que hoy hemos visto no significa nada en absoluto. ¿Acaso pensaban ustedes adquirir la primera isla que encontrarán? De ser así, no habrían necesitado de mis servicios. Les pido que confíen en mí y les prometo que si mañana no han hallado lo que desean, partiremos

inmediatamente hacia las Carolinas.»

Merivale y Holland volvieron a mirarse y entonces el primero expresó su conformidad y, en compañía del segundo, se excusó ante Kerrigan por haber dudado de sus conocimientos y de su integridad. Flock, que había permanecido callado y probablemente humillado desde que Beatrice Merivale había golpeado la mesa con energía, se puso en pie y, sacando de su raída chaqueta un papel, se lo ofreció a Reginald Holland al tiempo que decía:

—Como ustedes quieran. Al fin y al cabo es asunto suyo. Pero permítanme que les dé este mapa de la isla Marcus y sus alrededores hecho por mí mismo. Siganlo; no dejen de ver una sola de las islas que están señaladas en él. Véanlas y tengan en mejor opinión, después, a Dieter Flock. Comprobarán que era yo quien tenía razón.

Holland cogió el mapa de sus manos, lo desdobló, lo miró y se lo entregó a Kerrigan no sin antes haber dejado que el doctor Merivale le echara un vistazo por encima de su hombro. Kerrigan se lo guardó en el bolsillo superior de su chaqueta. Dieter Flock, cabizbajo, salió del establecimiento; y cinco minutos después Kerrigan, Reginald Holland y el matrimonio Merivale le siguieron. Llegaron hasta el *Uttaradit* y, tras despedirse los unos de los otros hasta la mañana siguiente, todos se retiraron a sus respectivas cabinas para descansar del agitado día.

Como ve usted, señor Bayham, si los acontecimientos se precipitaron no fue precisamente por culpa de Kerrigan quien había calculado que hasta que llegaran a las islas Brooks la paz reinaría en el barco, sino que fue, como casi siempre sucede, por culpa del azar.

Al día siguiente Kerrigan se encontró con la desagradable sorpresa de que los dos esbirros chinos, demostrando ahora que no lo eran tanto, habían desaparecido. Interrogó a la gente del pueblo sobre su posible paradero y fue el mismo Flock quien, en la puerta del almacén de provisiones y con una insolencia que tenía mucho de venganza, le dijo que los había visto partir en una especie de canoa de remos antes del amanecer y le aseguró que no encontraría en la isla Marcus otros dos marinos que los reemplazaran. Y así fue: Kerrigan no tuvo más remedio que zarpar sin tripulación, o, mejor dicho, sin más tripulación que el doctor Merivale y el señor Holland, a los que hizo ver la gravedad del caso y forzó a desplegar velámenes, trepar por escalerillas y maniobrar con el timón bajo sus instrucciones. Kerrigan, durante la noche, había cavilado acerca de lo que tenía que hacer para demostrar que había sido él y no Flock quien había dicho la verdad. La zona era desconocida para él y estaba convencido de que el mapa del austriaco -una concienzuda obra hecha por una persona que sabía de cartografía- era exacto y de que la belleza de los islotes adyacentes a la isla Marcus era inexistente. Y decidió que lo mejor sería llegar a toda marcha hasta las islas Marianas, de clima mucho más benigno y de mayores atributos paradisíacos, y hacer creer a los millonarios que éstas se trataban de aquéllos, confiando en que no se dieran cuenta del engaño cuando les explicara que se había visto obligado a dar un gran rodeo para esquivar un tifón que se les acercaba y que ello había sido el motivo de que hubieran tardado en llegar mucho más de lo que lo habían hecho el día anterior desde los islotes a la isla. Por supuesto, todos lo creyeron, excepto seguramente Beatrice Merivale, que por entonces ya se había convertido en una verdadera aliada del capitán Kerrigan merced a su intervención en contra de Dieter Flock. Kerrigan estaba cada vez más seguro de esto, pero la mezcla de incondicionalidad y pasividad que, por otra parte, ponía de manifiesto la señora Merivale en todos sus actos le hacía mantenerse todavía a la expectativa, algo confundido, sin atreverse a dar ningún paso por temor a que sus suposiciones fueran erróneas. Lo que el capitán Kerrigan no advertía -poco y mal conocedor de las mujeres- era que Beatrice Merivale pertenecía a una clase de personaje femenino que por timidez, por falta de afecto y por estar acostumbrado a que todo se

lo den hecho, jamás pide las cosas directamente por muy ardientes que sean sus deseos, sino que siempre espera a que se las ofrezcan.

No sé qué maravillas logró hacer el capitán Kerrigan con su improvisada tripulación -bueno, tampoco me haga caso; nada sé acerca de navegación y tal vez no recuerdo los tiempos que me dio nuestro infortunado capitán-, pero el caso es que divisaron las islas Marianas antes de que terminara la mañana. El doctor Merivale y Reginald Holland, para los que en realidad no existían ni el desaliento ni el escepticismo, volvieron a mostrarse entusiasmados por la vista que se les ofrecía. Se apuraron aún más en sus tareas y en menos de una hora hubieron desembarcado en una isla que prometía reunir todos los requisitos indispensables para convertirse en la futura ciudad de Merry Holland. Los dos hombres se dispusieron a recorrerla en cuanto hubieron ayudado a Kerrigan a fijar la embarcación junto a la orilla e invitaron a Beatrice y al capitán a que los acompañasen. Ella contestó que no tenía ganas y que se fiaba del buen gusto de su marido y rechazó la sugerencia, y Kerrigan hizo lo propio alegando que deseaba revisar la avería que Flock había sido incapaz de descubrir y que él seguía notando cuando navegaba a cierta velocidad.

De manera que los megalómanos, especialmente joviales por intuir que la isla iba a ser de su agrado, se adentraron solos por aquellos parajes tropicales y brindaron a Kerrigan y a la señora Merivale la primera oportunidad de estar a solas.

Cuando al atardecer regresaron, Kerrigan ya había seducido a Beatrice Merivale, o -si usted lo prefiere así- Beatrice Merivale ya había seducido a Kerrigan. Como ya le dije antes, señor Bayham, fue el azar, disfrazado de Dieter Flock, lo que precipitó los acontecimientos: el doctor Horace Merivale y su amigo Reginald regresaron de su expedición tan satisfechos que no se dieron cuenta de lo que había sucedido durante su ausencia -la ternura que es capaz de sentir el capitán Kerrigan al parecer lo revelaba- y, llenos de gozo, comunicaron a éste y a la señora Merivale que habían decidido comprar la isla y que sólo esperarían hasta el día siguiente para ponerse de nuevo en marcha y dirigirse hacia Hong-Kong, desde donde harían las gestiones pertinentes para la adquisición legal. Como anteriormente le había sucedido con su socio Lutz, Kerrigan se vio sorprendido por lo único que no había previsto. Rápidamente sopesó la posibilidad, de seguir engañándoles y hacerles creer que volvían al puerto chino para en realidad continuar viajando hacia San Francisco, pero -como también le había sucedido cuando, ante la contraoferta de Lutz y Kolldehoff, decidió no seguir anticipándose a los hechos o esquivándolos y enfrentarse a ellos- la desechó. Que Merivale y Holland no hubieran advertido que llevaba rumbo noroeste cuando lo suponían sureste era una cosa; que no se dieran cuenta de que iban hacia el este cuando querían ir hacia el oeste, otra muy distinta y, se le antojó, imposible. Aunque comportarse de esta manera (después de haber sorteado infatigablemente los peligros y las situaciones apuradas abandonar la lucha) es algo muy característico de Kerrigan, creo que en aquella ocasión la existencia de Beatrice Merivale influyó en su determinación: Kerrigan sacó una pistola del bolsillo derecho, de su chaqueta y encañonó a sus patronos. Estos, al principio, creyeron que se trataba de una broma y Holland se permitió rogarle que apuntara hacia otro lado, pero cuando Kerrigan disparó contra la arena, los dos hombres, sobresaltados, fruncieron el ceño y esperaron a que el capitán hablase:

«Ustedes no van a ir a ningún lado», dijo. «Se quedarán en esta isla que tanto les gusta. Yo necesito el *Uttaradit* para llegar hasta Luzón y allí sacar un pasaje hasta San Francisco con el dinero que me deben.»

Los dos caballeros no comprendían muy bien de qué hablaba Kerrigan, pero empezaron a extrañarse de que hubiera perdido su fuerte acento inglés y su pronunciación marcial para

sustituírlos por una jerga inequívocamente americana y barriobajera, y, viendo que la cosa iba en serio, se abstuvieron de hacer preguntas y simplemente trataron de hacerle razonar. Le dijeron que para conseguir lo que se proponía no hacía falta que los encañonase con un arma. Podían llegar todos hasta Hong-Kong y allí Kerrigan podría obtener un pasaje de primera clase para San Francisco. Aseguraron que pensaban pagarle espléndidamente por sus servicios y que tendría todo lo que quisiera una vez que hubieran llegado a la ciudad china. Kerrigan, él mismo lo confiesa, dudó. Usted habrá podido comprobar a lo largo de la narración que tenía más escrúpulos de los que él mismo se imaginaba. No le habría costado ningún trabajo desvalijar y asesinar a sus pasajeros el mismo día que salieron de Hong-Kong, y sin embargo no lo hizo. Pudo haberlos mantenido a raya y obligado a acatar sus órdenes cuando Flock les reveló que se encontraban mucho más al norte de lo que pensaban, pero tampoco lo hizo; trató de guardar las apariencias y de causarles el menor daño posible. Se comportó con aquel par de imbéciles con benevolencia digna de elogio. Kerrigan, a pesar de su dureza, nunca fue un hombre seguro de sí mismo. Por todo ello dudó ante los razonamientos del doctor Horace Merivale y de Reginald Holland. Se volvió hacia Beatrice y le consultó con la mirada. Ella hizo un gesto afirmativo.

«Pero hay otra cuestión, doctor Merivale», dijo entonces Kerrigan. «Su esposa quiere venir conmigo. ¿Qué dice usted a eso? Tengo que dejarles aquí y lo siento. No me son ustedes antipáticos.»

El doctor Merivale comprendió entonces lo que había sucedido durante su ausencia y su rostro alargado se contrajo de rabia. Miró a su esposa, luego a Kerrigan, y de repente, con un rápido ademán, levantó su afilado bastoncillo hasta ponerlo en posición horizontal y arremetió contra el capitán, desgarrándole un costado. Al fallar parcialmente en su blanco el doctor Merivale perdió el equilibrio y cayó de bruces al suelo, a espaldas de Kerrigan. Éste se volvió y le disparó en la nuca cuando se estaba incorporando. Merivale tuvo tiempo todavía de oír cómo algunos huesecillos de su cabeza se quebraban y volvió a caer de bruces, muerto. Reginald Holland, presa de la histeria por lo que acababa de contemplar, se lanzó sobre el capitán y lo derribó al suelo de un puñetazo. Kerrigan cayó aturdido y Holland corrió hasta la embarcación, fondeada a muy pocos metros del lugar en que se hallaban, y se introdujo en una de las cabinas para salir inmediatamente después con una escopeta entre las manos. De pie sobre la popa del *Uttaradit*, apuntó a Kerrigan, pero éste ya se había puesto en pie y le aguardaba con el brazo derecho extendido. Disparó cuatro veces antes de que Holland pudiera hacer fuego por primera vez. Su bala se hundió en la fina arena de playa y él cayó al agua, junto a la orilla, con la camisa ya empapada.

Lo que sigue ya es otra historia. Lo que dio a Kerrigan el impulso necesario para cambiar definitivamente fue, en suma, un simple *affaire d'amour*. No le hablaré acerca de él porque yo nunca he sabido hablar acerca del amor, usted lo habrá comprobado si ha leído mis novelas. Pero debería usted haberle escuchado... Kerrigan es un hombre de muy fina sensibilidad. Pero yo no puedo hacerlo; caería en demasiados tópicos, no sé hacerlo. Sólo le diré que su historia fue muy hermosa.

Enterraron los cuerpos de Merivale y Holland y, sin más dilación, estuvieron amándose en aquella isla hasta que se les acabaron las provisiones. Discúlpeme si soy prosaico, pero no puedo evitarlo. Beatrice Merivale no sólo pertenecía a la especie de personajes femeninos que antes le describí: también era una mujer lánguida y amorosa. Bajo su aparente frialdad había sentimientos apasionados, desenfrenados; e hizo feliz a Kerrigan, un hombre que nunca había tenido tiempo de enamorarse. Permanecieron en lo que jamás pudo ser Merry Holland durante un mes, y entonces pusieron en marcha el *Uttaradit* y volvieron a Hong-Kong, desde donde se trasladaron a

Jamshedpur por vía férrea, ciudad en la que Beatrice, su marido y Holland habían residido. Beatrice heredó la fortuna del doctor Merivale y a los pocos meses se casó con Kerrigan. Se establecieron -por fin llegó allí el segundo de a bordo del *Tallahassee*- en San Francisco y compraron la isla, que no tiene nombre. Pasaban largas temporadas en ella, en una casa que mandaron construir, y por supuesto no tenían problemas de dinero. Ya sabe usted de dónde procede la fortuna de Kerrigan, que abandonó definitivamente sus vagabundeos y consiguió alcanzar su vieja meta de hacerse inmensamente rico. La historia, aunque bonita, es vulgar, y lamento que mi relato termine así: preferiría que su asociación con Lutz fuera cronológicamente posterior; me gusta más esa parte. Pero no es así. Olvidaba decirle que la versión que dieron de la muerte de Merivale y Holland fue bastante imaginativa: aquella pareja de pobres majaderos murieron para el mundo como verdaderos héroes. Luchando contra los elementos, en pugna por vencer una horrible tormenta en el Océano Pacífico, sus cuerpos fueron arrojados al mar por el oleaje. Kerrigan y Beatrice estuvieron casados cuatro años y al cabo de este tiempo ella murió trágicamente en una catástrofe ferroviaria cerca de San Francisco, cuando iba a reunirse con él tras una corta separación. Desde entonces Kerrigan no ha vuelto a ser el de antes. Nunca la ha olvidado y de vez en cuando la nostalgia es tan grande que no puede soportarla. El único remedio que tiene contra estas crisis es abandonarlo todo e irse a pasar una temporada en su isla. Nadie más que él y Beatrice ha puesto los pies allí, si exceptuamos al doctor Horace Merivale y Reginald Holland, que allí yacen enterrados para siempre. En este lugar sus recuerdos se avivan y, lejos de entristecerle aún más, actúan como un sedante para él.

De toda esta historia yo sólo suponía algunas cosas hasta que hace unos días el capitán Kerrigan me reveló los pormenores. Su borrachera se debió a que, sorprendido por una de sus crisis durante la travesía, no pudo soportar la idea de tener que permanecer a bordo del *Tallahassee* sin poder trasladarse a su isla. Si puso en peligro las vidas de la señorita Cook, el capitán Seeböhm y la señorita Bonington fue porque estaba desesperado y no sabía lo que hacía, pero en ningún momento se propuso hacerles daño. Por eso me pidió que lo excusara ante todos ustedes y que le relatara esta historia. Sí, decididamente me alegro de que la señorita Bonington no la haya escuchado; tal vez sea demasiado cruda para los oídos de una mujer tan frágil como ella parece ser. Pero de momento ya todo ha pasado y el capitán Kerrigan ha vuelto a comportarse como un caballero. Crea que lo es y espero que mi narración haya servido para hacerle cambiar de opinión con respecto a él. Le he contado algunos de los desmanes y abusos que cometió pero pienso que tal vez haya sido lo suficientemente hábil como para dejar deslizar también algunos detalles que demuestran que dejó de ser un hombre sin escrúpulos para convertirse en un ser zarandeado por las circunstancias y atormentado por el pasado. ¿Sabe? Kerrigan no ha vuelto a matar a nadie desde que acabó con Reginald Holland. Aunque ahora, si lo pienso bien, me doy cuenta de que apenas si le he hablado del proceso que experimentó desde que se enamoró de Beatrice Merivale hasta hoy día. Su cambio fue gradual -tiene la prueba en su falta de dureza para con gente como Lutz, Kolldehoff, Merivale y Holland-, pero cuando se enamoró de Beatrice dejó de serlo. No le he hablado de esto apenas porque, se lo repito una vez más, nunca he sabido decir cosas inteligentes acerca del amor; aunque tal vez debería aprender a hacerlo. Algunos de mis colegas son genios para esto y escriben páginas inolvidables, pero yo me sonrojo sólo de pensar en ello. Tampoco he sido nunca capaz de hacerlo con las mujeres que he amado; yo... – Víctor Arledge se interrumpió. Con gesto malhumorado miró su reloj y comprobó que ya era tarde. Se levantó de su butaca, se observó con detenimiento en el espejo del armario de su camarote: se atusó el pelo y se estiró la corbata. Y entonces cogió su bastoncillo y se encaminó hacia el

comedor con la esperanza de que todavía le dieran de cenar.

LIBRO SEXTO

Todo empeoró aún más cuando se supo que el capitán Joseph Dunhill Kerrigan había matado al contraataca Eugene Collins. Fordington-Lewthwaite, un hombre que tenía el ambicioso proyecto de escalar los peldaños que fueran necesarios para llegar a ser capitán propietario, no había quedado muy satisfecho, desde su posición de mero oficial, con la explicación que se había dado de la muerte de Collins y que más o menos todo el mundo había aceptado como cierta - incluido el coronel McLiam del Cuerpo de Policía Británica en Alejandría-, y una vez que tuvo en su poder el gobierno del barco, creyó que averiguar lo que realmente había sucedido le valdría una recompensa. Guiándose únicamente por su intuición, decidió que un hombre tan violento como Kerrigan -quien, de no haber lanzado por la borda a Amanda Cook, se habría quedado en simple borracho- tenía por fuerza que haber intervenido en la desaparición del contraataca. Sobre todo cuando éste, pendenciero y provocador, se llevaba muy mal con el segundo oficial del *Tallahassee*. Fordington-Lewthwaite se amparó en el hecho de que el capitán Kerrigan estaba ya absolutamente desprestigiado entre los pasajeros del velero -y que por tanto éstos, a cuya más servil disposición estaba Fordington-Lewthwaite, no pondrían objeciones a que se le declarara culpable de la muerte de Collins- y una semana después de que Léonide Meffre fuera arrojado a las aguas del Mediterráneo reclutó a dos voluntarios y se encerró con ellos y Kerrigan en el camarote de este último. Víctor Arledge y Lederer Tourneur los vieron entrar con paso decidido, y, extrañados, aguardaron, paseando por los alrededores, a que salieran. Fordington-Lewthwaite y sus subordinados tardaron una hora en hacerlo y durante este tiempo los dos escritores oyeron golpes y gritos que procedían del camarote de Kerrigan y empezaron a alarmarse, pero no se atrevieron a irrumpir en la habitación. Cuando Fordington-Lewthwaite salió estaba sudando, en mangas de camisa y muy satisfecho a juzgar por la expresión de su rostro. Arledge y Tourneur salieron a su encuentro y le interrogaron con la mirada; y entonces aquel oficial pomposo y academicista les dio la noticia: Kerrigan había confesado ser el asesino de Collins.

Al parecer, la intuición de Fordington-Lewthwaite no se había equivocado y, aunque en un principio obró arbitrariamente y desde luego sus métodos no eran recomendables, había acertado en sus suposiciones. Kerrigan y Collins, una noche, se habían enzarzado en una discusión acerca del trato que éste daba a la marinería y habían acabado por llegar a las manos. Collins había sacado un puñal y Kerrigan, en defensa propia según todos los indicios -si bien Fordington-Lewthwaite se guardó bien de decirlo-, le había cortado el cuello con una de las gruesas cuerdas que, enrolladas en espiral, abundaban sobre la cubierta del *Tallahassee*. Y después -y en ello se basaba principalmente Fordington-Lewthwaite para acusarle de asesinato- lo había rematado pegándole un tiro en el occipucio -a quemarropa, por lo que nadie había oído la detonación- y había deslizado el cadáver por la borda lenta y cuidadosamente para que nadie pudiera tampoco escuchar el ruido que habría hecho al entrar en contacto con el agua, colocado en una postura verdaderamente grotesca sobre uno de los rollos de cuerda con la ayuda de unas poleas. Aunque Arledge se sintió ofendido porque Kerrigan no hubiera incluido este episodio -tal vez demasiado reciente para ser revelado- en sus confidencias, no pudo creer al principio aquella versión de los detalles del crimen. Sin embargo se vio obligado a hacerlo cuando dos días después Fordington-Lewthwaite presentó pruebas irrefutables: el arma con que Kerrigan había disparado contra la cabeza de Collins, una confesión en toda regla hecha por escrito y al parecer voluntaria, y algunos objetos personales del contraataca que se habían encontrado en uno de los cajones de la

cómoda del camarote del capitán y que demostraban que Kerrigan no sólo era un asesino irascible sino también un ladrón. Y aunque Arledge, asimismo, podría haber pensado que las pruebas eran falsas y que habían sido preparadas por el mismo Fordington-Lewthwaite, sabía que éste, a pesar de ser un bárbaro ambicioso, por nada del mundo habría pisado el terreno de la ilegalidad -aparte de carecer de la imaginación necesaria para urdir tales pormenores.

Aquella mala nueva sirvió para desentumecer un poco y hacer salir de su ensimismamiento a los expedicionarios, que consideraron la revelación de Fordington-Lewthwaite como algo que ya no se podía consentir. Hastiados y todavía afectados por el comportamiento de Kerrigan en cubierta, no habían sabido reaccionar con indignación -si olvidamos a la señorita Bonington- cuando Arledge, con mucha sangre fría, mató a Meffre. Pero cuando supieron que Kerrigan había asesinado a Eugene Collins -del cual la mayor parte de ellos ni se acordaba- montaron en cólera y, espoleados por la ira liberada, sacaron a relucir la muerte del poeta francés como uno más de los peldaños que la violencia y la impunidad habían escalado a bordo de aquel navío endemoniado, y Arledge sufrió las consecuencias. La señorita Cook, el señor Littlefield y el señor Beauvais le retiraron el saludo repentinamente; Florence Bonington, con la satisfacción que otorga el acatamiento final de proposiciones una vez desoídas, llegó a insultarle durante el transcurso de un almuerzo; los Handl, inéditos durante toda la travesía, mantuvieron su postura y no salieron en su defensa; Hugh Everett Bayham se mostró con él aún más seco de lo que lo había hecho hasta entonces; y sólo Lederer Tourneur -un caballero que acabó por resultar cargante pero que sin duda era ecuánime- no cambió de actitud con respecto a él, si bien tampoco osó enfrentarse a sus compañeros y se limitó a permanecer en una posición digna pero pasiva. Es evidente que aquel rencor que se desató de manera general en contra de Victor Arledge no se debía principalmente al hecho de que se hubiera batido con Léonide Meffre y hubiera salido airoso del lance, sino más bien a que de todos era bien sabido que Arledge era el único, amigo de Kerrigan, y al estar encerrado y lejos de su alcance el verdadero causante de todos sus males, los viajeros tomaron como blanco de sus pullas y redentor de sus sufrimientos al novelista inglés afincado en Francia, el más cercano al capitán Kerrigan. Arledge trató de reaccionar ante aquel trato que se le dispensaba con tanta altanería como pudo y procuró dejarse ver lo menos posible; ya no volvió a meditar sentado en las hamacas de popa, sus paseos se hicieron infrecuentes, ordenó que le llevaran el almuerzo a su camarote y sólo salía para cenar en el último turno, cuando sólo algunos trasnochadores y tahúres improvisados ocupaban los comedores. Incluso pasó días enteros encerrado en su cabina, garabateando frases inconexas que por desgracia no están ahora en mi poder. Pero el desdén de sus compañeros de viaje no fue lo que acabó de trastornar a Victor Arledge. Sus deseos de averiguar en qué habían consistido las peripecias de Hugh Everett Bayham en Escocia, de saber quiénes eran las hermanas que habitaban el piso inferior de la casa en que había sido recluso, de desvelar el misterio que había tras de la joven que lo sedujo, seguían atormentándole; y se dio cuenta de que a medida que el tiempo iba pasando, por unas u otras causas sus posibilidades de llegar algún día a desenterrar todo aquello disminuían a pasos agigantados. Sus relaciones con aquel caballero, que habían empezado por ser tirantes, más tarde se habían enmendado levemente y después se habían hecho frías, habían terminado por no existir. Las pocas veces que se cruzaban en un pasillo o en la cubierta del velero Hugh Everett Bayham daba por salvada su buena educación con una simple inclinación de cabeza y tanto él como los demás pasajeros se retiraban con poco disimulo cuando él aparecía en alguna habitación en la que los otros estuvieran reunidos. Lo más probable es que Victor Arledge, de haberse inclinado por la otra alternativa después de la muerte de Léonide Meffre -aquella noche de su triste cavilar-,

habría obligado a Fordington-Lewthwaite a hacer una escala en Orán o Mostaganem y habría abandonado el *Tallahassee* para siempre. Pero su curiosidad -en verdad cargada de optimismo- y la pérdida total del sentido de la proporción -entre muchos otros- se lo impidieron. Y le impelieron a soportar aquel crucero hasta el final.

Pero -como se suele decir en casi todas las situaciones que han alcanzado un elevado grado de humillación- todavía no había llegado lo peor: Kerrigan logró escaparse y ello agravó de forma inesperada la situación de Victor Arledge.

Una mañana dos de los secuaces de Fordington-Lewthwaite, encargados de vigilar y alimentar al capitán, descubrieron -cuando se disponían a dejarle su parco desayuno y tal vez a propinarle la diaria paliza que, según algunos informes, Fordington-Lewthwaite exigía- que el capitán Kerrigan había conseguido abrir su puerta y burlar la custodia de sus guardianes nocturnos -una pareja de fornidos marineros muy dados a abandonar su puesto para ir a ingerir scotch y taconear ruidosamente con sus compañeros y que se dejaban vencer por el sueño con gran facilidad- y, aprovechando algún descuido de éstos, había huido del velero. Se echó en falta un bote y obviamente se supuso que Kerrigan lo había utilizado para llevar a cabo su fuga. Fordington-Lewthwaite acogió la noticia con voces y juramentos y se encargó personalmente de castigar a los negligentes; pero no sólo se limitó a eso: indignado, iracundo, excesivamente alterado, se dirigió hacia el camarote de Arledge, derribó la puerta de un empujón y penetró -decir sólo abruptamente sería faltar a la verdad- en los aposentos del escritor inglés, que en aquel instante se estaba acabando de vestir y que le recibió con una mirada tan fría como el viento de las colinas.

-¿Cómo lo hizo? - preguntó Fordington-Lewthwaite-. ¿Cómo lo consiguió? ¡Contésteme!

Arledge lo miró de arriba a abajo y respondió:

-No sé de qué me está usted hablando, pero debo advertirle que no será fácil arreglar esa puerta. Mejor sería que fuera ya avisando a algunos de sus hombres para que empiecen a intentarlo.

Fordington-Lewthwaite obsequió a sus ojos con un brillo de furor mal contenido, se acercó a Arledge y le cogió por las solapas de la chaqueta que se acababa de poner. Algunos viajeros contemplaban la escena desde el quicio de la puerta derribada.

-¡Le he hecho una pregunta, señor Arledge, y quiero que me conteste! ¿Cómo logró abrir la puerta? ¿Fue usted? ¡Claro que fue usted!

Arledge, a pesar de su abatimiento general, aún conservaba gran parte de su valor. Sin pestañear, y mirando fijamente a Fordington-Lewthwaite, dijo:

-Mi querido amigo, le aconsejo que quite sus manos de mi traje si no quiere verse en la misma situación que el poeta Léonide Meffre, que era un hombre mucho más sensato que usted.

Fordington-Lewthwaite, algo acobardado por el gélido tono que había empleado Victor Arledge y tal vez por el recuerdo del cuerpo de Meffre cayendo al mar, volvió en sí y retiró sus manos de las solapas de la chaqueta de aquél; ya con menos convicción volvió a preguntar:

-¿Le ayudó usted a escapar?

Arledge se estiró el traje y respondió:

-Sigo sin saber de qué me habla, oficial.

-No trate de fingir, Arledge. Lo sabe perfectamente. Kerrigan ha huido.

El tono de Arledge se hizo aún más duro y despectivo.

-Usted, marino, es tan poco sutil -dijo- que nunca podría darse cuenta de cuándo estoy fingiendo y cuándo no, y por ello no le reprocho que piense que ahora lo hago. Pero está usted muy equivocado. Me habría gustado ayudar a escapar al capitán Kerrigan, pero no lo hice y crea que lo

lamento de veras. Debió haberseme ocurrido.

Entonces Fordington-Lewthwaite perdió definitivamente el control de sus nervios. Se volvió hacia la cada vez más numerosa concurrencia y gritó:

—¿Lo han oído? ¿Lo han oído todos bien? ¡Ha confesado que fue él quien ayudó a escapar a Kerrigan!

Lederer Tourneur intervino entonces:

—No diga estupideces, Fordington-Lewthwaite. Todos hemos oído lo que el señor Arledge ha dicho;

Fordington-Lewthwaite se encaró de nuevo con Arledge y dijo:

—Usted ha confesado que le habría gustado ayudar a escapar a Kerrigan, ¿no es cierto?

—Así es.

—¿Cómo sabemos, entonces, que no lo ha hecho?

—Una pregunta tan idiota no merece contestación -respondió Arledge.

Fordington-Lewthwaite dio entonces unos pasos hacia el umbral de la puerta y dijo:

—¡Wonham! ¡Venga con unos hombres y arreste inmediatamente a este sujeto!

Algunos marinos y el citado Wonham se llegaron hasta el lugar en que estaba Fordington-Lewthwaite, pero entonces Lederer Tourneur se interpuso y dijo:

—Escuche, Fordington-Lewthwaite. Está usted exagerando. No abuse de su poder, que al fin y al cabo no le va a durar mucho. Ya sabe que el capitán Seebohm está prácticamente restablecido, y yo también puedo darle mi versión de los hechos. Está usted obrando de forma ilegal. Tenga por seguro que si arresta al señor Arledge le acusaré de más de un cargo en cuanto estemos en territorio de jurisdicción británica.

Fordington-Lewthwaite, seguramente, recordó sus aspiraciones de llegar a ser capitán propietario algún día y pareció calmarse un poco con las palabras que Tourneur en un aparte -en voz lo suficientemente baja como para que los demás pasajeros sólo oyeran un murmullo- le había dirigido.

—Está bien -respondió-. Pero lo que no me impedirá es que lo tenga bajo vigilancia. Soy el responsable provisional de este barco y ya ha habido demasiadas catástrofes a bordo. No estoy dispuesto a consentir que este individuo pueda cometer ningún otro delito. Es de la misma calaña que Kerrigan. Y por tanto es muy peligroso.

—Creo que se equivoca usted, pero, si así lo desea, puede vigilarlo, que yo no se lo impediré. Lo que no estoy dispuesto a tolerar es que se arreste a un hombre sin tener pruebas de que haya cometido ninguna fechoría. Y le advierto que no aceptaré ninguna prueba que demuestre que el señor Arledge ayudó a escapar a Kerrigan que no sea auténtica.

El rostro de Fordington-Lewthwaite se tomó grave.

—Jamás haría eso, señor Tourneur -dijo ya en un tono contemporizador-. Lamento lo ocurrido. Estaba fuera de mí. Le ruego que me disculpe.

—A quien debería pedir disculpas es al señor Arledge, Fordington-Lewthwaite, y no a mí.

Fordington-Lewthwaite miró a Arledge, que se había sentado en una butaca y había encendido un cigarrillo, y contestó:

—Eso es pedir demasiado.

Y acto seguido dio una orden y Wonham, sus marinos y él se retiraron con paso ligero.

Sin embargo, el mal ya estaba hecho: Lederer Tourneur, a pesar de su buena voluntad, cometió el error de hablar en voz baja con Fordington-Lewthwaite y de no dar posteriormente más explicaciones a sus compañeros de viaje. O tal vez no fue un error. El cuentista inglés era un

hombre que se daba por satisfecho con actuar justamente, pero no tenía ningún interés por que su ecuanimidad fuera reconocida públicamente; su satisfacción era personal, privada, y lo que él consideraba importante era estar en paz consigo mismo y no con los demás. Y fueron estos modestos planteamientos los que hicieron que Lederer Tourneur interviniera en favor de Arledge, y no su aprecio por el novelista. Tourneur se contentó con la retirada de Wonham y sus marinos y con ello dio pie a que los pasajeros, que sólo habían escuchado las acusaciones de Fordington-Lewthwaite y las impertinentes respuestas de Víctor Arledge, retuvieran en sus memorias sólo aquellas palabras. Arledge ni siquiera se había tomado la molestia de defenderse y había mantenido una postura antipática según el criterio de los expedicionarios; y éstos, ya previamente en contra de él, dieron por supuesto que Fordington-Lewthwaite llevaba la razón y consideraron que sus improperios habían estado justificados. Víctor Arledge, una vez más, sufrió las consecuencias del carácter rebelde y aventurero del capitán Kerrigan, quien, sin saberlo, tanto mal le hizo y tan relevante papel desempeñó en los tormentos de los últimos años de la vida del escritor.

Cuando el *Tallahassee* estaba ya surcando aguas marroquíes y aquellos pasajeros que ponían fin a su travesía en la ciudad de Tánger salían de sus escondites y comentaban animados sobre cubierta el inminente término del crucero, Víctor Arledge, después de tres amargos días de enclaustramiento, salió de su camarote y se encaminó hacia las hamacas de popa, desiertas como de costumbre. Se sentó en una de ellas y permaneció durante quince minutos en tensión, contemplando el horizonte y después se levantó y buscó con la mirada a algún miembro de la tripulación. Cuando lo encontró -un muchacho de corta edad que seguramente desempeñaba el cargo de grumete- se llegó hasta él y le entregó una nota ordenándole que se la entregara al señor Hugh Everett Bayham en persona. El grumete prometió hacerlo en el acto y Arledge regresó a las hamacas de popa y volvió a tomar asiento. Allí aguardó ensimismado y consumiendo cantidades ingentes de cigarrillos durante cerca de cuarenta y cinco minutos, hasta que por fin oyó pasos que se aproximaban y se puso en pie. Eran Lederer y Marjorie Tourneur, que, joviales por la idea de que pronto iban a desembarcar en Tánger y con ello a perder definitivamente de vista el *Tallahassee*, estaban dando un paseo por el barco cogidos del brazo. Al ver a Arledge sonrieron, estrecharon su mano con calor y se sentaron junto a él. Arledge, al parecer, se mostró nervioso e intranquilo durante toda la conversación que sostuvo con el matrimonio.

-¿Cómo se encuentra usted? - le preguntó Tourneur-. Hace días que no sale.

-Bueno, señor Tourneur -contestó Arledge-, usted sabe mejor que nadie que mi presencia no es bien acogida en ninguna parte del *Tallahassee*.

Los Tourneur estaban de buen humor y Lederer le dio una impropia palmada en la espalda y repuso:

-No debe usted acobardarse, Arledge. Piense que todavía le queda por pasar en este barco mucho tiempo. Si sigue usted así, no podrá proseguir el viaje.

-Bueno, ya saben ustedes la última noticia acerca de esto, me imagino. Lo más probable es que el *Tallahassee* no continúe hasta la Antártida. Fordington-Lewthwaite se ha reunido con los demás oficiales y les ha dado un detallado informe de la situación. Estamos en unas condiciones irrisorias para acometer tal empresa. Es descabellado.

-No sabía nada -dijo Tourneur-, y lo que me pregunto es cómo usted, que está tan apartado de la vida social del velero, tiene esa información.

-Como sabe, dos gigantones guardan mi maltrecha puerta. Anoche oí sus comentarios. Creí que la noticia era del dominio público y que yo era el último en enterarme. Verá: el capitán

Seebom, aunque prácticamente restablecido, está muy débil para adentrarse por quién sabe cuántos meses en el Atlántico; Kerrigan... todos sabemos qué ha sido del organizador de esta aventura disparatada; Fordington- Lewthwaite no tiene suficiente experiencia para suplantarles durante tanto tiempo y además no posee el grado de capitán; los poneys de Manchuria han muerto en su mayoría y no creo que en Tánger podamos conseguir ni tan siquiera perros adecuados; los pasajeros están cansados, arrepentidos de haber exigido este crucero previo, y algunos de ellos han manifestado ya sus deseos de cancelar la expedición y desembarcar también en Tánger -o bien poner rumbo a Marsella- para regresar desde allí a sus hogares; y la tripulación, tácitamente, también apoya a este grupo. Sólo los investigadores científicos insisten en llegar hasta el polo sur. Alegan que, de ser suspendida la expedición, ellos no habrán hecho más que perder su valioso tiempo y amenazan con exigir una fuerte indemnización si el *Tallahassee* se queda en Tánger. Pero, ya sabe, somos nosotros quienes finalmente financiamos el proyecto y supongo que serán nuestros deseos los que prevalecerán. Es casi seguro que todos desembarcaremos en Tánger.

Lederer Tourneur suspiró, se pasó una mano por su larga cabellera rubia, y preguntó:

—¿Y usted qué opina, Arledge?

—Yo me alegro, señor Tourneur, como podrá usted imaginar. Deseo ardientemente estar de nuevo en mi confortable piso de la rue Buffault o pasar una temporada en el campo. Crea que echo mucho de menos todo eso: la tranquilidad, la vida ordenada, el sosiego. Aunque el capitán Seebom ha de tomar todavía una decisión -por culpa de los investigadores únicamente-, espero con alegría el momento de llegar a Tánger. Estoy convencido de que mi viaje terminará allí.

—¿Aunque, por un azar, se decida proseguir hasta la Antártida? – intervino Marjorie Tourneur.

—Aun así -respondió Arledge-. El único interés que este viaje tenía para mí está a punto de ser satisfecho -e, inquieto, se volvió para mirar hacia atrás.

—Sí, comprendo que el crucero no haya resultado muy agradable para usted. Las cosas se han complicado tontamente y usted ha pagado por ello. El comportamiento de Lambert Littlefield y de la señorita Cook, sobre todo, ha sido exasperante.

—Sí -respondió Arledge agradecido por la simpatía de la señora Tourneur-, pero tampoco importa ya. Tal vez mis gestiones habrían tenido el éxito asegurado de antemano de no haber sido por ellos y por la señorita Bonington, pero el resultado de esas gestiones ahora no depende ya de gente como ellos. Por otra parte -añadió-, creo que cometí un error al aceptar el desafío de Meffre y por ello me temo que parte de la culpa de todo ha sido mía.

Tourneur le interrumpió con calor:

—Usted no tuvo más remedio que aceptar, Arledge. No diga tonterías. El duelo fue legal, y si usted es buen tirador nadie tiene la culpa de ello. Todos lamentamos la muerte de Meffre como habríamos lamentado la suya, pero el error lo cometió él al retarle sabiendo que usted tenía todas las de ganar. ¿Qué otra cosa podía usted haber hecho? Todos somos caballeros, ¿no es así?

Arledge no sólo estaba nervioso e intranquilo; también parecía enormemente fatigado. Guardó silencio durante unos segundos y entonces dijo pausadamente:

—Sí, señor Tourneur, todos somos caballeros, incluido el capitán Kerrigan.

Lederer Tourneur y su esposa, algo confundidos por el extraño estado de Arledge y por las alusiones que había hecho a gestiones e intereses cuyo significado y contenido eran desconocidos para ellos, se pusieron en pie y se despidieron cordialmente de él hasta otro rato y se dispusieron a reanudar su paseo por cubierta.

Lo que ahora sigue lo he logrado saber a través de un sobrino de Lederer Tourneur. Su tío, hoy muerto, se lo contaba como una de las escenas más deplorables que jamás había contemplado.

Censuraba la conducta de Víctor Arledge y la tachaba de verdadero insulto a la dignidad de la persona. Ojalá que Lederer Tourneur no hubiera sido tan estricto ni tan caballero. Ahora podríamos saber con exactitud cuáles fueron las causas decisivas del retiro y muerte de Arledge y no tendríamos que contentarnos con vagas suposiciones y más o menos acertadas conclusiones.

Cuando el matrimonio Tourneur, como digo, se disponía a reanudar su paseo por la cubierta, Hugh Everett Bayham se presentó en las hamacas de popa, saludó con una ligera y apresurada inclinación de cabeza al cuentista y a su esposa -quienes al verle con el rostro enrojecido, preocupados por lo que pudiera suceder, se detuvieron y permanecieron allí durante unos tres minutos hasta que comprobaron a qué se debía su indignación y, violentos, se retiraron precipitadamente- y se encaró con Víctor Arledge. Éste contuvo la respiración como si temiera que Bayham pudiera golpearle y estuviera dispuesto a recibir la agresión sin inmutarse. Pero el pianista se limitó a agitar en el aire la nota que Arledge había entregado al grumete y a preguntar de malos modos:

—¿Qué significa este mensaje, Arledge?

Arledge, sin duda, se sentía cohibido por la presencia del matrimonio Tourneur, y dudó un instante para inmediatamente después hacer un movimiento con la cabeza que indicaba que había tomado una resolución y contestar:

—Significa lo que dice su texto. Supongo que lo habrá leído. Y creo que no hay motivo para alterarse tanto.

Bayham desdobló el papel y lo leyó en voz alta:

—«Estimado señor Bayham: le ruego que se reúna conmigo en las hamacas de popa tan pronto como le sea posible. Deseo conversar con usted acerca de un tema de gran importancia (al menos para mí la tiene): su reciente estancia en tierras escocesas. Espero que no tenga inconveniente en acceder a mi petición. Créame que no la haría si la cuestión no fuera de vital importancia para mí -se lo repito una vez más-. Atentamente, Víctor Arledge.»

El novelista no pudo por menos de sonrojarse y dijo:

—No creo que fuera necesario leer eso en público, señor Bayham, pero, ya que lo ha hecho, me parece que todos estaremos de acuerdo en que la nota es clara aunque el estilo no esté muy cuidado.

—La nota es demasiado clara, señor Arledge, y por eso me choca. Creía que habíamos zanjado este asunto de una vez y para siempre en Alejandría.

—Usted lo zanjó, señor Bayham, no yo. Es una cuestión que me sigue interesando vivamente.

—¿Pero por qué? — No sabría explicárselo, y aunque supiera creo que no podría hacerlo. Usted no lo entendería. Conformémonos con decir que me sugirió una nueva novela. Tal vez esa respuesta le satisfaga, señor Bayham.

—Desde luego que no lo entiendo. No sabía que la curiosidad estuviera tan arraigada en usted y debo decirle que ello me sorprende desagradablemente.

—Tan arraigada está, señor Bayham -le interrumpió Arledge.

—Cuando tuvimos aquel roce en Alejandría -prosiguió el pianista- me extrañó su constancia, pero creí que todo había quedado aclarado mientras veníamos hacia el velero, durante aquella conversación que sostuvimos de camino hacia el puerto. Pero ahora me encuentro con que usted ha estado rumiando esta cuestión desde entonces. Es usted muy tenaz.

En aquellos momentos Arledge todavía conservaba su tibieza y su sentido del humor.

—Aunque su figuración animal no me honra, señor Bayham -dijo-, reconozco que es la más exacta de cuantas podría usted haber empleado y le felicito por ello.

–No es momento de hacer bromas, Arledge. Vuelvo a hacerle mi pregunta: ¿qué significa este mensaje?

–Significa que deseo que me diga la verdad -respondió entonces Arledge algo impacientado- acerca de lo que le sucedió a usted en Escocia tras haber sido secuestrado por tres hombres en un coche al que usted subió por su propia voluntad después de haber interpretado, una noche, un brillante concierto para piano cuyo programa consistía en obras de Brahms y Clementi.

Bayham le miró estupefacto y entonces gritó:

–¡Maldición! Nunca hubo tal coche. El rostro de Víctor Arledge se descompuso definitivamente al oír aquella exclamación. Cogió a Bayham del faldón de su chaqueta y, permaneciendo aún sentado, lo atrajo hacia sí.

–¿No hubo nunca tal coche? – repitió. ¿Qué quiere usted decir con eso?

Hugh Everett Bayham pareció darse cuenta de que había hablado demasiado. Se zafó de Arledge con un violento manotazo y dijo:

–No he querido decir nada. Déjeme en paz. Arledge se levantó y volvió a cogerle, esta vez por las solapas de la chaqueta. Gritó en un tono que era mezcla de ruego y exigencia:

–¡No, ahora tiene que decírmelo! ¡Ahora tiene que contármelo todo!

Bayham volvió a soltarse de la presión de las manos de Arledge y repuso:

–No le contaré nada, señor Arledge. No tengo por qué hacerlo. Mis asuntos son privados y sólo a mí me conciernen. Olvide esa historia de una vez.

Pero Arledge, al parecer, había perdido todo control sobre sí mismo. No me atrevo a transcribir sus vehementes súplicas, pero, según el relato del sobrino de Lederer Tourneur, fueron bochornosas. Imploró incansablemente; una y otra vez agarraba a Bayham y lo zarandeaba hasta que éste se volvía a zafar: incluso lloriqueó. Sin duda Lederer Tourneur, un caballero tan sobrio y contenido, se sintió afectado por aquella escena y la reprobó desde el principio hasta el final. No quiso ver más y, cogiendo del brazo a su esposa, se retiró silenciosamente. Mientras se alejaban aún pudo oír la voz de Hugh Everett Bayham que -seguramente al ver a Arledge en aquel estado de desesperación y más que otra cosa por temor a que hiciera alguna locura- accedía a contarle lo que realmente había sucedido en Escocia: algo que para Lederer Tourneur no tenía el menor significado ni, por supuesto, el menor interés.

Nadie ha logrado averiguar hasta la fecha qué le sucedió realmente a Hugh Everett Bayham en Escocia, pero lo que es indudable es que, fuera lo que fuese, defraudó a Victor Arledge. Si todo era una mentira y no sólo fue el coche lo que nunca existió, si todo fue un invento de Bayham para justificar una ausencia injustificable, si se trató de una simple artimaña para despertar los celos de su esposa Margaret Holloway y provocar la separación, o si sólo fue el coche lo que no existió pero la historia acababa allí donde Esmond Handl en su carta le había puesto punto final, es algo que nunca sabremos o que por lo menos yo he sido incapaz de averiguar. Pero a veces pienso que poco importa y que en verdad, fuera lo que fuese, no merecería ser contado.

A la mañana siguiente Victor Arledge salió de su camarote a hora muy temprana. Su aspecto era más saludable que durante los días anteriores y su semblante rezumaba serenidad.

Se dirigió hacia los comedores y desayunó en compañía de los demás pasajeros, que si bien no se mostraron cordiales con él, sí le saludaron con cortesía -tal vez permitida gracias a la alegría que les invadió durante aquellos últimos días de crucero-. Pasó el día dedicado a las ocupaciones que hasta la muerte de Léonide Meffre habían sido las habituales en él y sólo cruzó algunas palabras con Esmond y Clara Handl; pero no se esforzó, como había venido haciendo hasta entonces, por evitar las miradas de reproche y los cuchicheos de los demás expedicionarios

a su alrededor. Su conducta ya no volvió a experimentar ningún cambio durante el resto de la travesía: se mostró tímidamente amable y parece ser que intentó reconciliarse con algunos pasajeros, en especial con la señorita Cook, con el señor Lambert Littlefield y con el señor Beauvais. E incluso, en un verdadero acto de renuncia, pidió al señor Bayham y al doctor Bonington que le enseñaran a jugar a las cartas y pasó toda una velada en su compañía aprendiendo a distinguir los distintos valores de los naipes.

El capitán Eustace Seebohm se recuperó definitivamente de su herida y se encontró con las fuerzas suficientes para volver a hacerse cargo del barco, y aunque ello reavivó el recuerdo del capitán Joseph Dunhill Kerrigan y del mal que había hecho, los pasajeros del *Tallahassee*, demasiado contentos para sentir de nuevo irritación, no se ensañaron en sus acometidas contra Victor Arledge y simplemente procuraron no sacar aquellos temas de conversación que no eran gratos y no permanecer excesivos minutos en compañía del novelista. Fordington-Lewthwaite retornó a su puesto de oficial sin recibir las felicitaciones de su superior, quien consideró que su subordinado se había inmiscuido en demasía en los asuntos privados de los pasajeros; con su afán por esclarecerlo todo, sólo había conseguido erigirse en causante de disgustos y lograr que el temor y el desasosiego reinaran a bordo del velero.

El destino del *Tallahassee* fue, evidentemente, Tánger, y el capitán Seebohm ni siquiera se vio obligado a tomar una decisión al respecto: los mismos acontecimientos la tomaron. Bordeaba el *Tallahassee* la costa marroquí aún próxima a la que lindaba con Argelia cuando sonaron tiros procedentes de la orilla. Los viajeros y la tripulación, alarmados, se echaron al suelo, pero el fuego siguió arreciando. Las maderas de la embarcación empezaron a saltar hechas añicos y los botes, que, bien visibles, pendían de gruesas cuerdas, fueron agujereados por las balas. El capitán Seebohm, con sus prismáticos, no pudo discernir las indumentarias de los atacantes, que, pensó, se hallaban refugiados tras unas dunas. Durante unos minutos, mientras algunos valientes marinos cumplían sus órdenes de trepar hasta la punta del palo mayor y desde allí tratar de averiguar la identidad de los que disparaban contra el velero, dudó entre dirigirse hacia la orilla y hacerles frente al mando de su inexperta -en cuestiones de lucha y abordaje- tripulación o adentrarse en el mar hasta encontrarse fuera del alcance de las balas. Los marinos descendieron con la información de que desde las alturas no se veía ningún hombre y menos aún ningún hombre que estuviera disparando con un rifle de repetición, como parecían ser las armas de los atacantes a juzgar por la cantidad de balas que llegaban hasta el *Tallahassee*. El pánico empezó a cundir entre los pasajeros -muchos de los cuales se encontraban sobre cubierta en el momento de producirse la agresión y no habían tenido tiempo de esconderse dentro de los camarotes- y Seebohm desechó la idea de enfrentarse al enemigo invisible. Dio las órdenes pertinentes y el barco se alejó de la orilla. Pero cuando dejó de oírse el tiroteo y el peligro pareció haber pasado, y los expedicionarios se levantaron del suelo y, preguntándose extrañados por la misteriosa personalidad de los que habían abierto fuego contra ellos, empezaron a sacudir el polvo de sus trajes y vestidos y a tantear si tenían algún hueso roto, todos pudieron comprobar que los desperfectos que había ocasionado aquel aluvión de proyectiles en el casco del *Tallahassee* eran tan graves que bien podrían darse por satisfechos si conseguían llegar hasta Tánger sin demasiados contratiempos.

Los atacantes -tal vez para que la única pregunta de Clara Handl no se quedara sin respuesta- habían sido Raisuli, el rebelde, y su grupo de insurrectos.»

LIBRO SÉPTIMO

La travesía del horizonte había terminado y el señor Holden Branshaw, con un golpe seco y sonoro, cerró el libro y, sin decir una sola palabra, se levantó del mullido sillón que durante casi tres horas había ocupado, se acercó a uno de los estantes que estaban a su espalda y colocó el ejemplar cuidadosamente junto a un tomo muy bien editado de obras de George Du Maurier. Después se sirvió un vaso de vino italiano, me ofreció a mí, y ante mi negativa en provecho de uno de mis cigarrillos turcos de importación, volvió a sentarse con un suspiro de fatiga y bebió un poco de vino. Al darse cuenta de que yo estaba hurgando en mis bolsillos en busca de fósforos se apresuró a sacar un mechero y darme fuego solícitamente. Entonces fui yo quien me levanté y, mientras daba algunas bocanadas de humo, paseé por la habitación curioseando algunos raros volúmenes de su colección y tocando algunas piezas de cerámica que había sobre la repisa de la chimenea. Parecía como si ninguno de los dos nos atreviéramos a hablar; es decir -puesto que ya Branshaw me había preguntado si deseaba vino o alguna otra bebida y yo había denegado, a mi vez, su ofrecimiento con una frase-, a hacer la menor referencia a la obra cuya lectura acababa de finalizar. Branshaw, tal vez porque era un hombre ordenado simplemente o porque había pensado que el manuscrito llevaba ya demasiado tiempo fuera de su sitio, se había dado mucha prisa en guardar el libro en el lugar que le correspondía y con ello había hecho desaparecer de escena el obligado objeto de nuestros comentarios; y aunque mi mirada se desviaba insistentemente hacia el estante que albergaba las obras ilustradas de George Du Maurier como si me sintiera incómodo por haber perdido de vista la novela del amigo del señor Branshaw, tenía la impresión de que mi lengua se negaría a hacer ninguna alusión a ésta a menos que el ejemplar volviera a formar parte de la figura de Branshaw. Con esta intención, por fin, me atreví a preguntar si podía verlo, pero mi anfitrión contestó, con una ligera sonrisa, que era ya hora de dejarlo reposar tranquilo y que prefería que no lo hiciera si no me importaba demasiado. Por supuesto, respondí que no tenía ninguna importancia, si bien me molestaron aquellos ridículos escrúpulos de Branshaw para con un simple original y volví a guardar silencio. Me dediqué a observar a Branshaw y pude advertir que, mientras daba pequeños sorbos a su vaso de vino italiano, no aguardaba -como había hecho en otra ocasión, cuando dio por terminada la lectura de la primera parte de *La travesía del horizonte*- a que yo emitiera una opinión, sino que, sin hacerme ningún caso, estaba ensimismado en la contemplación de la alfombra y tenía en su rostro cierta expresión de desencanto. También parecía estar cansado, pero esto no me llamó la atención -lo achaqué al esfuerzo de haber estado leyendo en voz alta durante varias horas- tanto como su mohín de disgusto y su aparente desinterés por conocer mi veredicto. Aquello me ofendió, y cuando ya me disponía a decir que la novela de su amigo muerto me parecía excelente y que en verdad era una lástima que tan importante autor hubiera desaparecido prematuramente, Holden Branshaw salió de su ensimismamiento y se me anticipó diciendo con un tono casi conmovedor:

-¿Sabe usted? Acabo de descubrir que la novela de mi amigo no es tan buena como creía.

Aquel comentario me sorprendió y me apresuré a contestar con mi elogiosa opinión, pero Branshaw movió la cabeza de un lado a otro como si con ello estuviera dando a entender que no hacía falta que intentara consolarle con mentiras y dijo:

-Verá: yo había leído y releído esta novela cerca de diez veces en el silencio de mi habitación y siempre me había parecido una pequeña obra maestra que superaba a casi todo lo que hoy en día se escribe. No es que la considerara original o grandiosa, genial o inimitable, pero le profesaba un especial cariño, me interesaba enormemente la historia de Victor Arledge y, dentro de su sobrio estilo, la juzgaba inmejorable. Pero todo esto había sido, como le digo, en el silencio de mi habitación. Aunque siempre, desde la muerte de mi amigo, había pensado que su publicación era

necesaria y que su divulgación colocaría a Edward entre los mejores novelistas actuales, no había asociado *La travesía del horizonte* más que conmigo y con las cuatro paredes de mi despacho, sin calcular el efecto que podría hacer en otras personas, en otros lectores. Sin pensar verdaderamente en ello, estaba convencido de que sólo podrían opinar lo mismo que yo. Pero esta impresión era falsa y ha sido ahora, al leerle a usted la segunda parte del libro, cuando me he dado cuenta de ello. La novela de mi amigo no deja de ser mediocre. Tan sólo revela las pretensiones literarias de un joven entusiasta. Bueno, quizá no deba ser tan duro ahora que probablemente el rencor me domina. Es incluso posible que *La travesía del horizonte* sea una bastante buena novela, pero ¿qué es eso al lado de lo que yo le tenía destinado? Una tremenda desilusión, téngalo por seguro. No, por favor, no me interrumpa. Lo que le digo es cierto. La novela de mi amigo nunca deberá publicarse y nunca debió tener otro lector u oyente que no fuera yo. Tal vez así no habría perdido su encanto y yo seguiría aguardando indefinidamente, lleno de ilusión, a que algún día viera la luz. Pero no ha sido así y tal vez haya sido preferible de esta manera. ¿Sabe? Durante la segunda parte de la novela constantemente me preguntaba cuál sería su opinión y en más de una ocasión estuve tentado de interrumpirme y preguntársela. Ahora, sin embargo, ya no tengo interés en saberla. Me basta con la opinión que yo, a través de imaginarme cuál sería la suya -es decir, cuál sería la de una persona que nunca hubiera leído la novela, que nunca hubiera conocido a Edward Ellis, que nunca hubiera sabido que Víctor Arledge pasó los últimos años de su vida refugiado en la mansión que un lejano pariente escocés tenía en el campo a causa de una curiosidad decepcionada-, me hice. Y según ésta -según, por tanto, la de una persona que nunca hubiera sabido nada de esto-, la novela deja mucho que desear. Pensará usted que mis razonamientos son arbitrarios, que son infantiles, que carecen de perspectiva y que son producto de un mal momento. Pero no es así. Mi opinión está bien meditada y lo único que temo es que, a medida que pase el tiempo y a través de una meditación aún más serena, distante y objetiva de la que ahora puedo llevar a cabo, esta opinión se vaya haciendo cada vez más rigurosa. Por lo pronto creo que usted tenía razón al decir que el relato era premioso -no importa que ahora ya no lo piense: lo dijo y la idea se afincó en mi mente- y que la señorita Bunnage ha hecho muy bien al no acudir hoy a la cita. Sí, la señorita Bunnage, a pesar de lo que haya podido decir de ella en otras ocasiones, siempre me ha parecido una mujer muy inteligente.

El discurso del señor Branshaw, aunque me interesaba, tenía visos de hacerse cada vez más evocador y de resultar interminable. No comprendía muy bien a qué se debía su repentino descrédito hacia la novela de Edward Ellis -por fin había tenido ocasión de saber el nombre del autor-, sobre todo cuando, en efecto, sus razonamientos me parecían un tanto pueriles y caprichosos. Pero lo que sobre todo me obligó a interrumpirle fue la mención de la señorita Bunnage. La había olvidado por completo, y al oír su nombre y acordarme de ella, volví a sentirme intranquilo por su ausencia y a preguntarme qué podía haberle sucedido. Así que pregunté:

-Señor Branshaw, ¿sabe usted cómo el señor Ellis logró averiguar tantos detalles acerca de la travesía del *Tallahassee*? La novela está llena de ellos.

El señor Branshaw pareció despertar de un sueño y me pidió que repitiera la pregunta. Yo así lo hice, añadiendo mis disculpas por haberle interrumpido, y entonces él repuso:

-Bueno, tenga en cuenta que lo que mi amigo escribió fue una novela y no un relato biográfico. Hay muchos diálogos y muchas situaciones, por ejemplo, que inventó. En ningún sitio consta que fueran así exactamente.

-No me refería a eso en concreto, señor Branshaw -dije yo-. Lo que preguntaba es cuál fue su

método de trabajo, aparte de interrogar a un sobrino de Lederer Tourneur, por ejemplo.

–Ah -dijo Branshaw entonces-. Pues verá: interrogó a muchas más personas que al sobrino de Tourneur, entre ellas a Esmond Handl, que murió hace sólo cuatro años, y gracias al cual supo acerca de la carta y otros pormenores. Muchos otros pasajeros del *Tallahassee* están vivos y gozan de buena salud. Pero donde principalmente encontró fuentes de información fue en la mansión del pariente escocés de Arledge, en las cercanías de Perth. Allí había dejado Víctor Arledge algunas notas referentes al viaje: material que no era publicable por ser mínimo, incomprensible, disperso y esquemático, pero que Edward, teniendo ya algunos datos previos y sabiendo a qué aludían muchas de estas notas, sí supo aprovechar.

–Me ha parecido observar -dije- que hay algunos errores técnicos. Por ejemplo, me parece que el *Tallahassee*, según la novela, tardó demasiado en ir de Alejandría a Tánger.

–Sin duda los habrá. Por un lado, Edward Ellis no sabía nada de navegación; por otro, murió sin poder corregir la novela, y, por un tercero, lo que escribía era ficción, y, según su criterio, este tipo de errores sólo son imperdonables en un ensayo.

–Ya comprendo -murmuré, y al hacerlo me puse en pie.

–¿Ya se va? – me preguntó Branshaw levantándose a su vez.

–Sí. Mis obligaciones me reclaman -contesté-. Le agradezco mucho su gentileza, señor Branshaw, y confío en que tendremos oportunidad de volver a hablar sobre *La travesía del horizonte* en otra ocasión, tal vez cuando no esté tan reciente su lectura y usted haya tenido más tiempo para meditar su opinión.

–Como usted guste, pero le advierto que mi decisión ya está tomada y es irrevocable. La novela no se publicará.

Yo sonreí, anduve hasta la puerta, que él abrió, y al estrecharle la mano en señal de despedida dije:

–Espero que podré hacerle cambiar de opinión.

Branshaw volvió a sonreír y respondió: -No puedo impedirle que lo espere, pero será en vano, se lo aseguro. Adiós.

–Hasta pronto, y gracias por todo, señor Branshaw.

Salí y la puerta se cerró tras de mí, silenciosamente.

Tardé más tiempo del previsto en llegar a casa de la señorita Bunnage, en Finsbury Road. Estaba ansioso por verla, por saber qué le había impedido acudir aquella mañana a la mansión de Holden Branshaw -no compartía en absoluto las suposiciones de éste- y por que me revelara -si no se había arrepentido de su promesa o no la consideraba sin validez al no haber ella asistido a la segunda parte de la lectura- los misterios que rodeaban y envolvían a *La travesía del horizonte*. El libro, en verdad, me había entusiasmado y, más que la obra de Edward Ellis en sí, lo que había acabado de despertar mi curiosidad había sido la historia y la personalidad de Víctor Arledge, un autor del que hasta dos noches antes lo había ignorado todo. Por ello, desde el momento en que me había acordado de la existencia de la señorita Bunnage me encontraba en un inusitado estado de excitación, tan impaciente estaba por saber detalles -que al parecer ni Edward Ellis había logrado averiguar- acerca del asunto que entonces ya me obsesionaba. No encontré un coche con facilidad y por este motivo no pude llegar al número cuatro de Finsbury Road hasta tres cuartos de hora después de haber abandonado la casa del señor Branshaw.

Llamé a la puerta, pero nadie respondió, de modo que volví a llamar y aguardé, en vano. Insistí tres veces más sin ningún resultado y entonces pensé en tratar de descubrir algo a través de las ventanas. Fue entonces cuando me di cuenta de que todas las contraventanas menos una del

piso de abajo estaban cerradas. Miré por la ventana que estaba descubierta, pero, obviamente puesto que la luz sólo penetraba por aquel hueco, la oscuridad impedía discernir nada -o casi nada: apenas si logré vislumbrar las cuatro patas de una silla-. Extrañado, me pregunté a qué podrían deberse aquel silencio y aquel abandono, y varias respuestas desfilaron por mi cabeza, entre ellas la acertada.

Mi excitación disminuyó y entonces me invadió una terrible sensación de cansancio que me obligó a tomar otro coche y dirigirme hacia mi casa.

Allí me di un baño y almorcé en compañía de una prima mía de veintiocho años, hermosa e inteligente, recién llegada a Londres, que me había estado esperando pacientemente y a la que yo había invitado a comer una semana antes, habiéndolo luego olvidado por completo. Constance, ese es su nombre, me notó intranquilo y agitado, y, solícita, me preguntó qué me sucedía. Yo, entonces, cada vez más nervioso, me levanté de la mesa y busqué el teléfono de la señorita Bunnage en el listín. Llamé, pero nadie respondió. Estaba ya dispuesto a llamar a la policía cuando Constance, visiblemente alarmada por mi estado y mi comportamiento, repitió su pregunta. Me senté de nuevo a la mesa y le conté, muy por encima, todo lo que había ocurrido en los dos últimos días. Se mostró interesada por el relato y preocupada por la suerte de la señorita Bunnage y me propuso que volviéramos los dos hasta Finsbury Road y preguntáramos a los vecinos o esperáramos sentados en los escalones del portal hasta que la señorita Bunnage o su criada apareciesen. Yo, cómo no -agradecido por que hubiera sido ella y no yo quien hubiera tenido la ocurrencia, impidiendo con ello que yo la considerara ridícula o impropia-, aplaudí su idea e inmediatamente los dos nos pusimos en marcha. Constance había traído su coche y en pocos minutos nos encontramos ante la puerta verde oscuro de la damita.

Constance, mucho más decidida que yo, llamó al timbre de la casa contigua, pero allí tampoco nadie salió a abrir, de modo que nos sentamos en los peldaños de acceso al número cuatro y nos dispusimos a esperar. No tuvimos que hacerlo durante mucho tiempo, porque cuando llevábamos allí no más de diez minutos vimos aparecer tres coches negros seguidos -la calle apenas si tiene tráfico- que se detuvieron a nuestra altura, y de ellos descendieron unas doce personas, entre las que estaba la vieja criada de la señorita Bunnage. Mis sospechas se vieron confirmadas al observar que todos iban vestidos de gris o negro y estaban muy compungidos. La vieja criada, ayudada por dos hombres -sin duda los demás eran los vecinos ausentes-, se encaminó hacia el lugar en que Constance y yo habíamos estado esperando. Nos pusimos en pie y yo, con gravedad, pregunté:

-¿Qué ha ocurrido? ¿Dónde está la señorita Bunnage? - y al ver que la criada no me reconocía, añadí:- ¿No se acuerda usted de mí? Ayer estuve almorzando en esta casa.

La vieja criada me miró y pareció caer en la cuenta de quién era yo. La presencia de Constance debía de haberla desconcertado.

-Acabamos de enterrarla -respondió, y con un ademán pidió paso para entrar en la casa.

Constance y yo nos hicimos a un lado, pero antes de que la vieja criada desapareciera tras la puerta, le pregunté si la señorita Bunnage había dejado algún mensaje para mí y dije mi nombre. Ella se volvió y respondió que no con la cabeza.

Los vecinos me explicaron que la señorita Bunnage estaba muy delicada del corazón y que durante la noche anterior había sufrido un ataque que le había provocado la muerte instantánea. Su testamento había sido en favor de la vieja criada: ahora la casa, los cuadros, los muebles, los libros y algún dinero le pertenecían.

LIBRO OCTAVO

Pasaron dos años, durante los cuales -quién sabe hasta qué punto influyó en ello aquella tarde- me casé con mi prima Constance y me fui a vivir, por cuestiones de trabajo, a los Estados Unidos. Poco a poco fui olvidando a la señorita Bunnage, al señor Holden Branshaw -o Hordern Bragshawe, nunca llegué a saberlo- y a *La travesía del horizonte*. Pero no de manera definitiva; de vez en cuando, mientras mi dulce y encantadora esposa me aguardaba en la cama y yo retrasaba unos minutos la hora de acostarme por culpa de la lectura, me preguntaba por las revelaciones que la señorita Bunnage había prometido hacerme acerca de la novela de Edward Ellis, y también, aunque es un autor poco conocido en América y sus obras no son fáciles de encontrar allí, cayeron en mis manos casualmente algunas novelas de Víctor Arledge, que por lo general me parecieron muy inferiores a *La travesía del horizonte*, de la que no había sido autor sino personaje. Ello, a su vez, me hacía preguntarme por qué el amigo del señor Branshaw había dedicado su vida y su fortuna a averiguar los motivos que habían impulsado a retirarse de la literatura a un autor tan poco excepcional.

Aproximadamente dos años después de aquella tarde, como digo, mi esposa se vio obligada a trasladarse a Inglaterra para visitar a su padre, que estaba agonizando y deseaba verla antes de morir. Cuando regresó, entristecida pero contenta de volver a estar en casa y de reunirse nuevamente conmigo, me trajo un regalo: había estado en el número cuatro de Finsbury Road y había conseguido comprarle a la vieja criada de la señorita Bunnage una carpeta llena de papeles que había pertenecido a esta última y que aquella aún no había vendido a los estudiosos que se interesaban por los trabajos críticos de la damita. Examiné con interés el contenido de aquella carpeta, y entre muchas cartas, apuntes y comentarios de texto, encontré cuatro páginas desgastadas por el tiempo y escritas en primera persona por una letra que parecía masculina y que desde luego no era la de la señorita Bunnage. Saqué mis conclusiones, pero me quedé con la convicción de que ella había sabido mucho más acerca de *La travesía del horizonte* de lo que aquellas cuatro páginas delataban.

Julio de 1971 – Septiembre de 1972

This file was created with BookDesigner program

bookdesigner@the-ebook.org

08/07/2008

LRS to LRF parser v.0.9; Mikhail Sharonov, 2006; msh-tools.com/ebook/